





EL MAUSOLEO

© ABOU EL AAZM, ABDELGHANI, año 2013
© CENTRO MOHAMMED VI
PARA EL DIÁLOGO DE CIVILIZACIONES, de esta edición 2013
Los Granados 500, Villa Dominante
Telefax: (56-51) 310 440
Coquimbo, Chile
centromohammed6@yahoo.es
www.centromohammedsexto.cl

EL MAUSOLEO
ISBN 978-956-8888-20-6

Producción Editorial:
Altazor [ediciones & diseño]
www.altazorediciones.cl

Impreso en:
Gráfhika Copy Center Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

EL MAUSOLEO

ABOU EL AAZM, ABDELGHANI

Traducción de
Francisco Moscoso García



CENTRO MOHAMMED VI
PARA EL DIALOGO DE CIVILIZACIONES
COQUIMBO-CHILE



1

Una gran multitud corre, grita, las mujeres hacen alborotos y yo, entre la algarabía, corro enarbolando una bandera pequeña después de haber podido librarme de mi madre que me tenía cogido de la mano. Grito y repito:

— ¡Viva el rey! ¡Abajo Si¹ Omar!

Esta imagen ha vuelto a mí con claridad después de haber estado enterrada en lo más profundo. No me fue fácil prepararme para hablar con el niño que fui y que él lo hiciera cuando empezó a tener uso de razón. Supe desde el principio que no podría controlar su recuerdo, tampoco aquello que dijera o silenciara. ¿Qué sucesos quiero conservar de él y de mí mismo?

He sentido en más de una ocasión que me conducía hacia los inicios y me confesaba que quería hablar de su visión de las cosas tal como eran, sin retoques. Cuán cierto es que la verdad sale de la boca de los niños. Al pensar en ello, me entusiasmaba sin saber la causa. Después, el entusiasmo se iba desvaneciendo.

Cada vez que deseaba algo, intentaba complacerlo, pero yo observaba constantemente que centraba su atención en hechos concretos que –así lo creía yo– habían sucedido en una etapa y un ambiente de los que no fui responsable ni antes ni ahora. Así

1. Señor (N. del T.)

que me aventuré y me enfrenté a aquello que creí valía la pena superando así los obstáculos que veía en él.

Así y todo, el niño sentía en cada momento, al poner en funcionamiento la cinta de la memoria, que yo saltaba de un suceso a otro y lo empujaba para que presionara el botón de más rápido, y entonces las cosas y las fotos se movían como en una acrobacia que provoca risa.

Una vez, vino a mí el niño y me dijo que yo todavía no había madurado. Me molesté por su apreciación y se lo hice saber. Al sentir mi queja y mi malestar me miró con una mirada llena de desprecio por lo altivo que le parecía bajo su punto de vista. Entretanto, repetía constantemente una expresión que resumía lo que resonaba en mi interior:

— Has cruzado el río y veremos tus pies.

Además, nunca me negué a ser franco con el niño que fui, aunque es cierto que hubiera querido alejarlo de ciertos hechos y realidades. Él sí que se hubiera negado a ello e igualmente también hubiera rechazado cualquier tipo de liberación, lo único que importaba al niño era vaciar aquello que continuaba reprimido en su interior. No puedo disuadirlo de entrar en esta aventura, pero estoy seguro de que reflexionar sobre la niñez es sano, aunque también puede conducirnos a una puerta cerrada, si lo sucedido es común a todo el mundo.

Si las realidades y los hechos tienen este color común entre la gente, ¿por qué entonces esta desconfianza que he descubierto en el otro? Esto es exactamente lo que produce su enfado y su ansiedad.

El niño no ha tenido siempre ni la misma visión ni la misma percepción, ha actuado sin más, sin ataduras y sin rendir cuentas, ya que dependía del entorno en el que vivía.

Es cierto que el niño tiene su manera de ver las cosas y no tiene por qué corresponderse con lo que hay dentro de mí o se ha ido formando a lo largo del tiempo. Pero ello no ha impedido que se formara entre los dos un espacio de entendimiento y complicidad común que sacara a flote aquello que hay en la memoria, sin reservas, y vaciara aquello que el paso de los años ha reprimido.

Así se mueve la consciencia y la inconsciencia al mismo tiempo. He esperado el momento sin saber bien cuándo, he dejado que el tiempo y la casualidad decidieran...

Cuando últimamente me he fijado en aquella imagen bulliciosa con aquellos sucesos presentes en la memoria del niño, allí donde empieza una etapa de su vida, a la que vuelvo de vez en cuando, me resulta imposible separarlo de ellos, se escapa de mis manos corriendo, igual que lo hace de las manos de su madre, e intento atraparlo, como lo haría su madre, para evitar que se mezcle con la multitud, ya que las callejuelas (las casas de los abuelos) del barrio de la Zauia Abbasía² se han llenado al completo.

Así he regresado al pasado, el niño se ha escabullido de mis manos, la cinta de la memoria ha comenzado a dar vueltas y yo me he acomodado en el diván para observar.

Desde un principio, los tonos de las imágenes de la cinta fueron nítidos, incluidas todas las partes traseras de los talleres donde el ambiente era poco acogedor. Las tiendas cerraban, las ventanas se abrían, los gritos de alegría se oían cada vez más

2. Se trata del barrio donde se encuentra la Zauia de Sidi Belabbás Sebti, en la medina, cerca de Bab Taghzut. Es uno de los siete santos de Marrakech y el más venerado de ellos, considerándose el patrón por excelencia. Nació en Ceuta en 1145 y murió en Marrakech en 1205. Su tumba se encuentra en la Zauia (N. del T.)

fuertes al ir acercándome, detrás de ellas y desde las terrazas. Una marea de manifestantes llegaba desde Bab El Jemís pasando por el barrio de Sidi Ghanem.³ Se agolpaban en una explanada de tierra donde el santo Abu l-Abbás El Sebti, más conocido por el pueblo como Sidi Belabbás, reposa bajo una cúpula verde. Los grupos de manifestantes iban creciendo cada vez que las voces se hacían más fuertes, tanto como se podía y con un entusiasmo nunca visto.

Los ciegos golpeaban sus bastones entre ellos como espadas para que hubiera más estruendo. Ellos se sentían gente del barrio, sus moradores, estaban siempre en los alrededores de Sidi Belabbás, aquí tenían su refugio desde tiempos remotos, y así seguía siendo. Estaban ligados a él porque Abu l-Abbás El Sabti era un hombre virtuoso que había asociado su predicación a los pobres e indigentes, invitando a dar limosna y donaciones, era una de las curiosidades más antiguas.

Yo imaginaba que Abu l-Abbás se había erguido como testigo para ver a esta marabunta que gritaba tan fuerte y cuyos ecos se repetían sin parar en la explanada de tierra de la plaza y en los adarves de la Zauia Abbasía.

La presencia de niños, mujeres, hombres, ancianos y pobres se hacía cada vez mayor, los grupos de manifestantes eran cada vez más grandes y se sucedían los lemas que yo repetía con dificultad y espontáneamente. Me dejé llevar por el bullicio y los gritos.

No sé por qué estaba esperando oír gritar ‘abajo Si Omar’ para repetirlo con un ímpetu sin igual. Llevaba la bandera roja en cuyo centro había una estrella de cinco puntas verde que mi ma-

3. O Sidi Ghalem en árabe de Marrakech (N. del T.)

dre había cosido, bordado y rodeado de flecos verdes con tanto tiento. Ella no imaginaba ni por un instante que yo la llevaba en medio de esta turba de gente. Al ver al gentío, entré en la habitación y, en un momento en el que ella estaba distraída, la cogí y salí corriendo para unirme a la manifestación.

Cruzábamos las callejuelas yendo y viniendo y repitiendo:

— ¡Viva el rey!, ¡abajo Si Omar!

Los mayores de entre nosotros cortaban los cables de la luz y los postes de teléfono. Cuando los que rezaban salían de la mezquita, después de la oración de la tarde, los gritos se hacían más intensos:

— ¡Dios es grande!... ¡Dios es grande!...

En un momento preciso, dieron la señal para emprender el camino nuevamente, la gente se dirigía a las callejuelas, salían de las casas y las alórbolas se oían otra vez con fuerza.

Este hecho memorable tuvo lugar un día de noviembre del año 1953. Permaneció marcado en mi recuerdo como también las alórbolas y los gritos mezclados con los tiros que no sé de dónde venían, pero que fueron lanzados para que la multitud se dispersara e infundieran entre ellos el miedo y el pánico. Tan solo unos instantes bastaron para que las callejuelas se vaciaran y reinara un silencio terrible, no había nadie que entrara o saliera. Se nos dijo luego que el barrio había sido cercado en sus cuatro costados por tropas francesas, gumíes,⁴ senegaleses y hombres de El Glauí.⁵

4. Se refiere a los miembros de un contingente de soldados nativos pertenecientes a una tribu (N. del T.)

5. Si Thami El Glauí, pachá de Marrakech, del que los franceses se valieron para subir al trono a Mohammed Ben Arafa y enviar al exilio a Mohammed V durante veintisiete meses (1953-1955) (N. del T.)

En la tarde de aquel día, me senté frente a mi padre después de que fuera víctima de un registro exhaustivo cuando él venía de su trabajo trayendo consigo sus piasstras diarias. Pasado un instante, a mi madre se le ocurrió decir:

— ¡Hombre! Llegas sano y salvo, no sé cómo habrá acabado este día. Que Dios nos traiga la paz. Este niño me ha dado la lata y me ha molestado, se me escapó y salió él también a gritar con la gente mayor.

Mi madre empezó a explicar que estaba atacada de los nervios y que le había faltado poco para tener un infarto, que había intentado separarme del gentío y que cada vez que lo hacía, me escabullía de entre sus manos y me refugiaba en un juego del que recuerdo muy bien cómo lo hacía cada vez mejor.

Después de que mi padre se recuperara y oyera todo lo sucedido durante la manifestación, de la que le habían llegado ecos, también de los hechos sangrientos que tuvieron lugar en ella antes de llegar al barrio, me sermoneó con sus palabras:

— Te cuidado, hijo mío, han disparado al pobre Abdelwahab, ha caído al suelo y no se ha levantado.

Abdelwahab cayó muerto por las balas de los soldados franceses, fue el primer mártir de nuestro barrio.

Todos los habitantes del barrio sabían ahora que este había sido cercado por todos los lados, que habían cerrado las puertas y que nadie que no fuera de él podía entrar.

Fue decretado el estado de sitio. Los soldados franceses, los senegaleses, los gumíes y los hombres del Glauí daban vueltas por las calles con sus armas. Sabían el nombre de cada uno.

Me di cuenta de que mi madre esperaba todavía la reacción de mi padre para que dijera algo sobre mi huida y mi participa-

ción en la manifestación del barrio. Así que volvió a lanzar otra vez la pelota:

— Señor, este niño sigue saliendo.

Reconozco que no sentía ningún tipo de miedo o angustia, veía ante mí imágenes en movimiento de filas de soldados llevando los fusiles y disparando a los que pasaban. Y ante todas estas imágenes que daban miedo, sentía un placer sin igual, deseaba que la manifestación se hiciera más numerosa y durara más para repetir en voz alta:

— Viva el rey, abajo Si Omar.

No comprendía para qué había dado su vida Abdelwahab.

Mi padre estaba preocupado y triste esa tarde. Por un instante, sus ojos se llenaron de lágrimas en medio de los vecinos. Repetía en voz baja:

— Ha sido voluntad de Dios. El señor Abdelwahab era un hombre bueno, educado, que Dios mantenga la casa... los infieles le hicieron enfadar, por el amor de Dios.

Abdelwahab llevaba un fez rojo, era de alto, delgado y con una sonrisa dulce, su padre había sufrido una apoplejía y no había vuelto a poder articular ni una palabra, era un anciano honrado y justo que disfrutaba respetando a todos...

Le cogí cariño, me gastaba bromas siempre que me paraba con mi padre frente a su tienda para comprar fruta, especialmente sandías.

* * *

La conversación entre los vecinos continuó durante la noche. Se hablaba también sobre las circunstancias que rodearon la muerte de Abdelwahab, cómo la bala asesina le alcanzó en medio de la multitud. Eran muchas y variadas las diferentes his-

torias que se oían. Lo único que recuerdo es que el barrio se convirtió en un funeral, en llantos y lamentos que se mezclaban con gritos de alegría. Todo el mundo hablaba de la organización del cortejo fúnebre para despedir al primer mártir del barrio de la Zauia Abbasía que sería enterrado, una flor tierna que había sido cortada fuera de tiempo.

Seguía con un interés especial las conversaciones y los comentarios de los mayores. Lo único que me preocupaba este día, y captó mi atención durante toda la tarde, era este mezquino del que gritábamos que cayera a cada momento y del que repetíamos sin parar su nombre. Así que aproveché la ocasión para preguntar a mi padre:

— ¿Quién es este Si Omar que no quiere al rey, papá?

— ¿Qué es Si Omar?...

— Sí, decíamos ‘abajo Si Omar’...

— Que Dios te guíe por el buen camino, hijo mío. El Protectorado, que caiga el Protectorado...⁶

— ¿Quién es el Protectorado?

— Los franceses, hijo mío, los soldados extranjeros que han ocupado nuestro país, Gog y Magog.⁷

Esta fue la primera lección que aprendí con rapidez, había dado el primer paso participando realmente en la primera mani-

6. En el texto original aparece subrayado. En árabe sería *yasquṭ al-Istiṣamār* ‘que caiga el Protectorado’ que era lo que la gente gritaba en la calle. Lo que nuestro protagonista oía en la barahúnda era *yasquṭ Si Omar* ‘que caiga el señor Omar’. El Protectorado duró desde 1912 a 1956. Los franceses ocuparon la zona Centro y Sur del país y España la Norte (N. del T.)

7. Tribu terrible que encontró Salomón en uno de sus viajes y que aisló construyendo un muro alrededor (Corán, azora de la Caverna 18: 83-98). Véase también Ezequiel 38: 2-3 (N. del T.)

festación contra los franceses y en nuestro barrio. No la busqué ni me había unido antes a una... Lo único que sé es que estuve presente en la explanada de tierra mientras los manifestantes acudían a la plaza y los que rezaban salían de la mezquita. Cuando se izaron las banderas, llegué hasta nuestra casa, entré en la habitación, cogí la bandera roja que mi madre había cosido con sus manos y caminé deprisa en dirección a la multitud.

Intenté dormir aquella noche, pero la concentración de vecinos alrededor de la casa no me dejaba, quería saber más... Quería saber qué decían, de qué hablaban y qué preparaban para el día siguiente... En realidad, me interesaba por el Protectorado, que se había convertido, gracias a mi lengua que balbuceaba y tartamudeaba, en Si Omar.

— Los franceses, hijo mío, los soldados extranjeros que han ocupado nuestro país, Gog y Magog.

Repetía sin parar esta frase, y de repente, en el momento más acalorado del bullicio, recordé una de las imágenes cotidianas de la escuela, cuando el maestro, el señor Jilber se colocaba delante de mí y me amenazaba diciendo:

— Si no te aprendes los poemas seleccionados y la tabla de multiplicar, haré sangrar tu cabeza rapada.

Y antes de que terminara su frase golpeaba sin ningún motivo mi cabeza con su vara gruesa como hacía con todos los alumnos. Le producía un terrible placer golpear nuestras cabezas, ninguno de nosotros se atrevía a girarse hacia ningún lado. Nuestros corazones batían fuerte mientras esperábamos que el palo bajara sobre la primera de las cabezas rapadas.

Era un maestro que daba miedo y pánico. Mientras que se iban sucediendo las imágenes cotidianas que viví en la escuela, volví a oír la frase de mi padre palabra por palabra:

— Los franceses, hijo mío, los soldados extranjeros que han ocupado nuestro país, Gog y Magog.

Automáticamente, relacionaba al señor Jilber con los franceses y encontraba el hilo que los unía, así lo creía desde mi corto entendimiento, había una relación.

Yo no hubiera querido ir a dónde él estaba. ¿Por qué aprendíamos con los franceses en escuelas que velaban por sus intereses y no querían al rey? ¿Por qué se nos prohibió ir a la Escuela Abdalauía, cuyos maestros eran marroquíes, después de que fuera cerrada?

Sin pensármelo más, me propuse dejar de ir para siempre a la escuela y mientras planeaba una huida más que justificada de su entorno, el cansancio, la prisa y la tensión me empujaron como olas hasta abandonarme en una calma apacible, sumergiéndome instantes después en un sueño profundo.

2

Por la mañana temprano, al abrir los ojos y ver lo que me rodeaba en la habitación, las imágenes se mezclaron en mi mente: la manifestación, Abdelwahab, el Protectorado, la escuela, el señor Jilber. La voz de mi madre llamándome me devolvió al presente:

— Levántate, se acabó tanto dormir, venga niño, tu desayuno está listo, desayuna y sal para la escuela.

Me despertaba siempre con la misma cantinela todas las mañanas y, sin dudarle, respondía:

— No quiero ir a la escuela.

— ¿Cómo? ¿Que no quieres ir a la escuela? Eso ya lo veremos.

Esta vez, la voz de mi madre era firme y amenazante, aunque no le di importancia, ya que mi padre se había marchado de casa temprano como de costumbre para preparar el caballo y el coche con el fin de buscar el humilde sustento cotidiano entre los habitantes de los barrios de la ciudad.

Pasé de todo y, por eso, la voz se hizo más firme. Así que me lavé la cara con agua fría y mientras bebía la sopa de sémola matinal, mi madre hacía la oración con recogimiento y me deseaba que tuviera éxito y no me ocurriera nada.

Cogí mi maleta rota, me aseguré de que llevaba el lápiz, la pluma y mis cuadernos deshechos, los cuales no hubiera conservado más limpios en aquellas condiciones. Era todo lo que tenía de material escolar. Abandoné la habitación con mi ropa de siempre, camisa y pantalón con fondillo holgado. No sé a qué se parecían, ni siquiera soñando con estas prendas que eran lavadas una o dos veces por semana. No sentía ningún tipo de angustia por ello, porque la mayoría de la gente con la que me codeaba en el barrio y en el aula era de una clase social baja, como yo, y no digo pobre, ya que la pobreza tiene categorías.

Cuando estaba listo para salir, mi madre se dirigió a mí diciendo:

— Ponte tu chilaba, hace frío esta mañana.

Me coloqué la chilaba y salí sin calzado como solía hacer. Los últimos zapatos que me había puesto, me hacían daño en los pies por los muchos clavos y agujeros que tenían.

Salí arrastrando la chilaba con los pies descalzos en dirección a la escuela Qubur El Chu. Así la llamábamos, ya que se encontraba en el barrio que llevaba este nombre. Con el tiempo, aprendimos que la palabra El Chu era la contracción de la palabra *al-chuhada*.⁸ Todavía lleva este barrio el mismo nombre. Se encontraba en un estado muy lamentable, entrar en él durante el invierno era difícil, solían caerse trozos de muros y las callejuelas se llenaban de charcos de agua estancada e inmundicias.

El perímetro del barrio pequeño en el que se encontraba la escuela era un lugar de encuentro de gente pobre que no tenía nada de nada. Los veíamos dejar sus casas de tierra por la mañana. Iban marchando en orden y regresaban a ellas por la tarde,

8. 'Los mártires'. *Qubur al-chuhada* 'las tumbas de los mártires' (N. del T.)

uno detrás de otro, llevando consigo bolsas de pan seco y aquello que generosamente les daban en los mercados de lo que sobraba. Lo extraño, es que tenían el olor de un plato de comida.

Junto a este barrio había un jardín con árboles. En su extremo más occidental había una cisterna pegada al mausoleo de un santo judío. De vez en cuando, veíamos a algunas mujeres judías que marchaban lentamente en actitud peregrina llevando cestas y cuando rezaban mirando hacia el mausoleo, se ponían en círculo alrededor de él llorando en silencio y como si tuvieran miedo de lo que hacían. Detrás de ellas estaban los judíos y los niños. Nosotros nos sentábamos en uno de los lados de la cisterna a observar a esta gente que venía desde lo más recóndito del *Mellah*.⁹

Lo primero que vi de repente aquella mañana, lo cual no era habitual en el barrio de la Zauia, fue la concentración de soldados a los lados de las callejuelas con sus armas. Cada vez que me acercaba a alguno, lo miraba, escondía la vista y pasaba rápidamente. Cuando llegué a la puerta de la escuela, me reuní con mis compañeros. Cada uno de nosotros empezó a contarle al otro lo ocurrido el día sangriento anterior y su participación en la manifestación.

No habían transcurrido ni unos instantes desde que empezamos a hablar cuando un número indeterminado de hombres se dirigió rápidamente hacia nosotros enfadados y amenazantes:

— Venga, marchaos a vuestras casas, no hay escuela, no hay estudio, hoy vamos a enterrar al mártir Abdelwahab.

Recibí esta invitación con tranquilidad y salté de alegría.

9. Nombre dado en Marruecos al barrio de las ciudades donde residían los judíos (N. del T.)

Fui todo lo deprisa que pude en dirección a El Marah,¹⁰ así se llamaba la plaza en la que jugábamos a la pelota. Era una plaza ancha y larga que se encontraba en la mitad de las callejuelas de la Zauia Abbasía, limitaba al norte con una casa grande con puertas enormes y altas. Era, y todavía lo es, propiedad del señor El Charai. En uno de sus lados, había una escuela coránica¹¹ muy pequeña, lo que se conoce con el nombre de *msid* o *kuttab*, y una casa con una entrada hermosa en la que vivía la familia Belkaziz, la casa Belmaati y el establo de la familia El Meriag. Al Sur, limitaba con la calle Suiqa que venía a salir a la explanada del mausoleo de Sidi Belabbás. Al este con Bab¹² Taghzut y al oeste con el barrio de kaa El Mechraa.

Nuestro barrio estaba cerrado por la noche y abierto durante el día.

La noticia de los hombres que llegaron ante el edificio de la escuela corrió como la pólvora y prohibieron a los alumnos de la escuela Qubur El Chu acudir a las clases.

La noticia cayó como un jarro de agua fría, pero fue bienvenida, no podía estar más contento. Las imágenes del día anterior volvieron a mi imaginación cuando vi a la gente agolparse. Observé delante de la calleja donde vivía a unos hombres que hablaban sobre la ceremonia del entierro y, de lejos, divisé a mi madre que venía hacia mí pronunciando unas palabras que no entendía. Me llamó diciendo:

— Ven, hijo, entra en casa, estos momentos son malos, no salgas, lee tu cuaderno, en casa estás seguro.

Nuestra vecina Dawia, le decía:

10. Significa 'lugar de reposo' (N. del T.)

11. *Hdar* (N. del T.)

12. 'Puerta' (N. d. T.)

— Encierra a tu hijo en la casa. En mi casa también puede descansar.

No pude dejar la casa este día, estaba cercado por todos los lados. Cada vez que intentaba huir, oía la voz de Dawia con un acento beduino repitiendo:

— Señora Fátima, ten cuidado con el niño, quiere salir.

Esta voz era suficiente para dar marcha atrás y volver a la oscuridad de la casa. Presentía que algo iba a suceder al exterior y que no participaría en ello. Mi madre comprendió mi disgusto por los gritos de mi hermano que era un bebé. Me preguntó si deseaba subir a la terraza y mirar las palomas de la señora Mina que estaban dentro de unas jaulas cubiertas. Aquella propuesta fue un alivio para mí y subí a la terraza. La hija de la vecina, que era mayor que yo, vino conmigo y empezamos a divertirnos con las palomas. Como era nuestra costumbre, nos alejábamos de las miradas de la gente y practicábamos el juego del amor libre. Ella me invitaba a abrazarla, nos abrazábamos, y a besarla, yo la besaba y ella me besaba. Lo que más me atraía de ella era que sabía cómo atraer mi atención con sus coqueteos y devaneos. Me pedía que imitara sus movimientos y cuando me invitaba a jugar al escondite detrás de las cestas y las tinajas que había en el almacén de la parte de arriba, sabía de antemano que nos pelearíamos, que habría gritos, carreras, mordiscos y tirones de pelo. Todo esto formaba parte del juego. Aprovechábamos la ocasión para desvelar nuestros secretos. Ella se dedicaba a tirar de mis pantalones hacia abajo para que pareciera desnudo. Le divertía y le regocijaba hacerlo. Se reía a carcajadas. Sus actos me empujaban a hacer lo mismo y, cuando llegaba mi turno, le levantaba la larga falda para verle la pelvis.

Cuando el juego sobrepasaba un límite más o menos permitido, ella gritaba:

— ¡Qué vergüenza, qué vergüenza, qué vergüenza! Que Dios me libre de ti, hombrecillo, este día no llegarás a donde quieres llegar.

Todo transcurría en un clima de inocencia infantil, sin complejos... Solo se hacía el silencio entre nosotros cuando sentíamos curiosidad por los otros... Pasábamos horas refugiados en este amor infantil. Pensé durante mucho tiempo que ella sería mi esposa hasta el día en el que dejó de llamarme la atención, vamos, que dejó de gustarme. Fue cuando me preocupé por otra historia más interesante.

La vida de los vecinos se caracterizaba por una serenidad, un afecto y una amistad sinceros a pesar de que la afeaban las discusiones y las disputas. El denominador común era esta vida sencilla marcada por ese esfuerzo loable por conseguir el sustento de cada día. No teníamos riquezas materiales, solo colchones llenos de esparto, mantas desgarradas, utensilios de cocina casi ennegrecidos, una bandeja, una tetera, unos vasos blancos, una mesa para comer y una máquina de coser, esto era todo lo que poseíamos.

Al hablar de los vecinos, me gustaba hacerlo sobre los que vivían en la casa en la que nos alojábamos. Era una casa grande, con cuatro habitaciones en la parte de abajo y en cada una de ellas vivía un matrimonio con sus niños, a excepción de la hermosa Rauia que era la única mujer sin marido. En la parte de arriba vivía la señora Mina que era viuda. Su marido, el señor Qaddur, el carnicero, había muerto hace años y le había dejado algo de herencia, un trozo de tierra en el campo de El Rahmana, una tienda y la casa en la que vivíamos. Tenía una hija que se llamaba Fátima, vivía con ella y tenía dos hijos, uno de ellos era el señor Abdelkader que estaba aprendiendo el oficio de alfaquí, era un chico de buen ver, muy elegante, que llevaba fez rojo, ca-

misa blanca, túnica, zapatillas amarillas y una bonita chilaba. El señor Abdelkader salía y entraba en silencio, no le gustaba el ruido. El segundo hijo se llamaba Abbás, de mi misma edad, siempre estaba peleando con él, nos teníamos envidia mutuamente, aunque esto no impedía que siguiéramos queriéndonos.

Desde un primer momento, mi preocupación, entre este gran número de vecinos, fue la presencia de Rauia, una mujer sin marido, y el secreto de su interés por mí. Era una mujer hermosa que se preocupaba más de lo normal por su caftán, por su *dfina*¹³ y por estar más guapa. Algo raro que me llamaba la atención eran sus labios, sin rojez, siempre sonrientes. Le encantaba comentarlo todo y contar chistes. Su interés por mí despertó mi atención e hizo que me olvidara de la hija de los vecinos en la que ya no encontraba ningún interés. Rauia sentía a su vez, instintivamente, lo que ocurría entre nosotros, como también aquello que me atraía más de ella, aunque yo no era consciente de todos aquellos cambios repentinos que me estaban sucediendo. Ella sabía cómo avivarlos, cómo ahogar mis sentimientos cuando empezaba a abrazarme y a darme a probar sus dulces. Pero, por encima de todo esto, era una excelente cocinera. Todas las mujeres iban a su casa para saber con precisión la cantidad de especias y las clases de verduras que necesitaban algunos tipos de platos.

Sentía que las mujeres tenían envidia sana de ella, aunque nunca oí ninguna palabra desagradable hacia ella, solo, de vez en cuando, y con simpatía, se oía el comentario:

— Que Dios le dé un hijo legítimo.

Rauia era la inquilina más antigua de esta casa en la que vivíamos todos. Por ello, su presencia se hacía notar, sobre todo

13. 'Vestido de tela fina que suelen ponerse las mujeres encima del caftán' (N. del T.)

cuando la visitaba su hermana Zahia, de la que todos sabían que pertenecía a uno de esos grupos de cantantes y bailarinas folclóricas. Los comentarios de las mujeres sobre ella eran siempre los mismos, yo las veía a todas reunidas hablando en torno a la bandeja.

Zahia se había acostumbrado a fumar cigarrillos a pesar de que a Rauia no le gustaba, tampoco se privaba de fumar kif, y todo esto no provocaba la indignación de nadie. Siempre me he preguntado después por las causas que se escondían detrás de esta tolerancia y lo único que recuerdo son los intentos repetidos de mi madre por alejarme de ella, mientras la miraba en silencio y sin hacer comentarios de sus sospechas. Tampoco me decía nada del cambio de comportamiento entre ella y yo siempre que venía la hermana de Rauia a visitarla.

Entre los vecinos que vivieron en esta casa, recuerdo a la señora Jadduy, una mujer encantadora y tranquila, lo único que hacía a la perfección eran las *taguías*.¹⁴ Me impresionaba la velocidad con la que hacía las *taguías* de Marrakech. Manejaba la aguja de crochet entre sus dedos con una destreza increíble, la metía y la sacaba y el punto se iba formando, y así repetidas veces. Siempre que llamaban a la oración de la tarde, y antes de que rezara, ya había acabado cinco, me causaba tanta admiración que me quedaba clavado junto a ella para conocer el secreto de la confección de las *taguías*. Con el paso del tiempo, conseguí hacerme con el secreto del oficio y fui capaz de hacerlas tan bien que conseguí tener unos ingresos semanales. Esta fue la primera profesión que dominé.

En lo que respecta al marido de la señora Jadduy, el señor

13. Especie de solideo de lana empleado por los hombres (N. del T.)

Hamu, era vendedor de yerbabuena en el mercadillo. Su comercio le proporcionaba unos ingresos diarios honestos y suficientes para salir adelante.

En cuanto al señor Mubarak, el curtidor, y su mujer, la señora Hanía Fahma, eran dos personas que daban risa y producían ira al mismo tiempo. Había en ellos cosas que hacían reír y cosas que hacían llorar. Ante ellos, los vecinos solo tenían dos opciones: o decir siempre sí a todo o irse.

El señor Mubarak no dudaba en llevar algunas de las pieles curtidas a la casa, era algo que nadie soportaba. Quien se atreviera a decir algo sobre el comportamiento de su marido, el mejor hombre del mundo, caía en desgracia para la señora Hanía.

Y en medio de esta fábrica tan variada de cosas, mi madre se sentaba delante de la máquina de coser. Era muy hábil con la confección de la ropa tradicional: faldas, camisas y pantalones. Se distinguía sobre todo por lo bien que hacía el bordado en la piel de los maletines.

Junto a nuestra habitación, Rauia contaba con todo detalle historias bonitas o bordaba encajes de telas que colgaban por todos los lados. De vez en cuando, la señora El Batul, la esposa del porteador, que vivía en la habitación enfrente de la nuestra, alzaba la voz y repetía las canciones populares preferidas para ella con las que expresaba sus sentimientos al mismo tiempo que hacía bandejas con palmito verde y cestas con bordados y, a veces, también se dedicaba a hacer frotadoras para el baño.

En torno a todas estas profesiones tradicionales, nuestra vecina que venía del campo, la señora Dawia, tenía un encanto especial cuando se dedicaba a tejer alfombras con ayuda de la hija de su hermana difunta. Sabía cómo cardar la lana con el peine e hilarla con una rueca. Todos estos oficios artesanales eran la

preocupación diaria de las vecinas y sus continuas discusiones por el pan de cada día.

Contrariamente a todas las vecinas, la señora Mina, que era la propietaria de la casa, vigilaba desde lejos, ella no necesitaba ni oficio ni ocupación, ya que el precio del alquiler de las habitaciones la eximía de cualquier trabajo penoso, aunque esto no le impidió pedir a mi madre que enseñara a su hija Fátima a coser acompañando su petición con estas palabras:

— No sabe qué traer desde hace ya un tiempo.

El centro de la casa era un lugar de reunión idóneo para la artesanía tradicional y la cooperación permanente y continuada entre las vecinas. Cada una de ellas tenía un oficio distinto. La vida de todos los días entre los vecinos del interior iba a veces desde la serenidad y el afecto a los ataques, las peleas y las disputas que, por lo general, terminaban en reproches y suplicando volver a una vida en paz y en armonía, porque era imposible continuar con una situación de enemistad y de diferencias día tras día teniendo que vivir en común. Esto era lo que explicaba los cambios de alianzas entre las mujeres, mientras que raramente los hombres se dejaban influenciar por estos asuntos.

Cada uno de los que formaba este grupo tenía bajo sus espaldas años duros cargados de problemas fruto de acontecimientos familiares, desastres naturales o sucesos increíbles y extraños que les cogieron por sorpresa. Me gustaba oír la conversación de las mujeres cuando cada una de ellas contaba la historia de sus penas, no dudaban ni un segundo en contarla, sin cansarse de repetirla ni olvidar ningún detalle. Así llegué a conocer la vida de cada mujer y cada hombre de la casa, como si todos fueran miembros de una única familia.

3

Era costumbre preparar el té todos los días en común, participábamos todos en el centro de la casa de forma espontánea y desinteresadamente, quien quería venir, venía. Los comentarios sobre su dulzor y sobre quién lo había preparado se sucedían:

— ¡Que te siente bien, vaya vasito!

Rauia repetía:

— ¡Vaya vaso! Quien lo beba, muere, y quien no lo beba, muere también.

No tenía importancia, solo era un comentario con el que, bromeando, expresaba su satisfacción y, de vez en cuando, añadía:

— ¡Vaya! ¡El maestro! Me he retrasado con su costura.

Se hizo el silencio durante un breve instante, todos esperaban alguna palabra, algún comentario o cualquier cosa de Dauia que estaba plantada con su voluminoso cuerpo ante el telar pasando hilos de lana de diferentes colores horizontalmente entre hilos colocados verticalmente e iba nivelándolos con un instrumento de hierro. Junto a ella, estaba su sobrina y la hija de los vecinos que había venido para aprender el oficio. Y entonces, Dauia rompió el corto silencio con estas palabras:

— Vaya por Dios, esta alfombra no se acaba nunca.

Y Rauia apostillaba:

— Bueno, el cuscús de maíz hay que comerlo con calma.

‘Cuscús con maíz’, eran palabras que Dauia conocía muy bien, sentía que detrás de ellas había un perjuicio y un insulto que no soportaba con facilidad, no por nada, sino porque en su comida diaria siempre había ‘cuscús con maíz’. Era una comida fácil de preparar, poco costosa, bastaba con un saquito bien repleto de maíz para subsistir todo un mes. Estaban de más estas palabras:

— Eso, quien come cuscús con maíz, se muere y quien no lo come, se muere igualmente.

Rauia comprendía que sus palabras se habían entendido y que no había motivo para enfadar a Dauia. Veía con qué ahínco se entregaba delante de su mesa al bordado de una nueva tela que había tensado en un bastidor circular de madera. Insertaba la aguja en él con una gran precisión y los hilos de colores se iban sucediendo. Para aliviar el esfuerzo del trabajo realizado, se dirigía a ella en un tono jocoso:

— ¡Cuánto tiempo hace que no hemos oído aquella canción tuya, venga, háznosla oír hoy!

Todos entendían lo que había tras esta petición hecha en un tono tan coqueto y adulador. Inmediatamente después, se callaban y escuchaban atentamente lo que Dauia iba a ofrecer. Empezaba con un tono bajo, tarareaba preparándose para cantar. Pasado un instante, su voz ronca resonaba y repetía:

— Padre mío, ¿a quién me recomendaste?

Padre mío, todavía tienes tiempo.

Padre mío, tú que llenas bien las albardas.

Padre mío, tú que tienes caballos ensillados.

Padre mío, tú que tienes una casa grande.

Ven, padre mío, eres un hombre muy valiente.

Después de acabar con esta letrilla, Dauia suspiraba y proseguía con su conocida frase:

— ¡Ay Dios mío, Dios mío, padre mío! ¿A quién me has dejado?...

Esta repetición no era un simple canto en la boca de una mujer del campo, sino que expresaba una aflicción antigua, un dolor profundo que había dejado en ella algún desastre natural o unos hechos dramáticos. Por eso, no dudaba en contar su historia cada vez que encontraba una ocasión. Tenía un dominio excelente de la palabra que despertaba el interés de quien la escuchaba y el deseo por hacerlo. Todavía guardo el eco de su voz, los sucesos que contaba siguen vivos en mi memoria.

— Yo soy de la tribu Rhamna, de los Ulad Ghanem, que Dios dé la victoria al Caid El Ayadi,¹⁵ aquel que tiene caballos ensillados, hombre de bien, hijo de buena familia, de origen y tiempos nobles.

Dauia afirmaba con orgullo que vivía una vida apacible y que su padre, que Dios lo tenga en su gloria, tenía tierras, caballos, corderos, ovejas, vacas, mulos y burros. Solía llevar a pastar al ganado con su hermano a la aldea El Uadi desde por la mañana hasta por la tarde. Cuando volvía al caer la tarde, se preocupaba por colocar la alfombra, llenar de agua el odre y participar en la preparación de la cena. También aprendió a tejer, como hacían algunas chicas de la aldea. Mientras tanto, su padre, que tenía miedo de que Dauia fuera deshonrada, regresaba tras asegurarse de que estaba bien entre los pastores.

15. Jefe de la tribu de los Rhamnas (1880-1964), nombrado pachá por Mulay Hafid en 1909. Después de apoyar los intereses franceses en su beneficio durante la etapa de Protectorado, apostó por el movimiento nacional y se inclinó hacia las tesis independentistas (N. del T.)

No le faltaba de nada, su vida transcurría de forma natural y sin problemas. Participaba en las fiestas de la *harka*,¹⁶ veía de cerca a los notables de la tribu sobre sus caballos llevando sus rifles o cuando estaban dentro de sus tiendas preparando el té a la espera de que llegaran los *tajines*¹⁷ y la carne asada.

Dauia se paraba siempre en uno de los momentos más hermosos que para ella era el principio de la historia.

— Aquel día, vaya día, cuántos corderos degollamos, a cuántos hombres alimentamos... siete días de sacrificios y mujeres danzando y cantando...

El tiempo transcurría así, Dauia contaba historias que guardaba en su memoria y se paraba en un momento clave que no tenía que ver con su vida:

— Pasaron los días y los días, Dios, ay mi corazón, Dios...

Hasta que llegó la sequía, la carestía y el tifus, se perdió la cosecha y los corderos empezaron a pasar hambre y sed. En poco tiempo, se pusieron raquíticos, no podían marchar y fueron cayendo uno detrás de otro. Su padre levantaba las manos al cielo pidiendo a Dios que trajera la lluvia.

El desánimo se apoderó de los hombres de la tribu que se habían reunido en la mezquita para rezar y suplicar humildemente al Todopoderoso que los aliviara de esta desgracia.

Los ancianos empezaron a recordar las sequías que habían

16. 'Expedición militar'. Se refiere al espectáculo conocido como 'Fantasía' en Marruecos en el que un grupo de hombres montados a caballos disparan salvas con sus fusiles, recordando así la forma que tenían de luchar en las guerras (N. del T.)

17. Se trata de un plato de barro cocido con una tapadera cónica en el que se sirve la comida. Por extensión, se utiliza para referirse a platos de comida: *tajín* de pollo, *tajín* de pescado, etc. (N. del T.)

vivido años anteriores y las calamidades que habían causado, las cosechas perdidas y otras vicisitudes.

Los días de la fuerte sequía siguieron y emigró quien pudo hacerlo.

Dauia decía que su padre se negó a partir, porque sentía que su salud se debilitaba y que la preocupación y la aflicción le impedían moverse. Empezó a verlo todo negro y el horizonte se nubló ante él. Ya no podía moverse y una de esas noches de la sequía, al mismo tiempo que subía la temperatura, le subió la fiebre, empezó a temblar y entregó su alma al Creador como si nada hubiera pasado.

Su padre no fue el único que murió a causa de la aridez, como se llamaba a la sequía, y de la propagación de la epidemia del tifus. Entonces, el cementerio abrió sus puertas para enterrar a los cadáveres. La situación llegó a tal extremo que nadie podía acercarse a un cadáver por miedo a tocar las manchas rojas del cuerpo y que se propagara la infección. La aldea se transformó en un ceremonial fúnebre y la desolación la invadió durante el día. Por la noche, los ladridos de los perros y los lobos aullando asustaban a aquellos que todavía seguían vivos.

Entre los ladridos y los aullidos, el marido se movía y susurraba al oído a Dauia:

— No quiero morir aquí, sin encontrar ni siquiera a nadie que me lave, que Dios te conduzca por el buen camino, mujer. Vayamos a Marrakech.

Dauia no respondía a esta petición repetitiva y habitual del señor Ayad, quien le había dado todo lo que tenía. Sus palabras estaban llenas de agradecimiento hacia él. Solo más tarde empezó a pensar en ello. La vida se hacía insoportable en la aldea después de que muriera este número tan grande de familiares,

gente cercana y lejana, la muerte no perdonaba a nadie, al médico, a los niños, a quien preguntaba.

Cada vez que ella intentaba cerrar los párpados, se lo impedían los ladridos y aullidos no habituales que oía. Entonces, su preocupación se hizo cada vez mayor y suspiraba a quien estaba acostado a su lado, quien a su vez estaba sumergido en sus pensamientos. Y cuando tiró los hilos blancos, mientras descubría la oscuridad de la noche seca y árida, Dauia se levantó decidida a cumplir los deseos del marido.

Tenía que tomar una decisión, el tiempo ya no daba pie a vacilaciones. Muchos eran los que habían emigrado huyendo de una muerte inminente y sin compasión. Había que actuar rápido.

— Venga, Ayad, sé un hombre, muéstrame qué sabes hacer.

El señor Ayad se volvió hacia Dauia para mirarla un momento sin confiar en lo que oía, pero de repente se percató de que iba en serio cuando empezó a sacar sus pocas pertenencias y a juntarlas en un hatillo. Se dirigió al telar, lo desmontó y ató sus partes con una cuerda de palmito.

Él, por su parte, sin dar explicaciones, recogió sus cosas, sin olvidar las chilabas de lana, la capa, el traje del día de su boda, las zapatillas blancas, el turbante y la gumía, es decir, el puñal de plata. En menos de una hora, todo estaba listo para partir hacia lo desconocido.

Dauia echó un vistazo rápido a su alrededor y se dirigió a su marido:

— Venga, señor Ayad, ve, trae la mula que nos queda.

El señor Ayad fue, pidiendo a Dios que la mula estuviera sana y salva y pudiera marchar hasta Marrakech sin cansarse,

y mientras iba hacia el aprisco, llegaron a sus oídos gemidos y llantos. Era la muerte que avanzaba y seguía llevándose a gente. Se tapó los oídos y apresuró el paso hacia la mula, la ensilló, puso sobre la silla las albardas y miró a su alrededor fríamente. No volvería a este infierno. Regresó llevando la mula pacientemente y arrastrando sus zapatos. Mientras los gemidos y los llantos se hacían más intensos y se transformaban en gritos, él decía para sí:

— Que sea lo que Dios quiera, no hay poder ni fuerza sino en Dios.

Era todo lo que podía responder, no podía participar en los preparativos del funeral ni presentar las condolencias. Aquella muerte colectiva no tenía ningún sentido. Lo único que quería era escapar aunque no pudiera hacerlo.

Nada más llegar ante la vieja puerta de su casa, Dauia le entregó un hatillo con sus pertenencias, otro con su ropa y un hato con el telar y los metió en las albardas. Luego, la ayudó a montar sobre los lomos de la mula e hizo él a su vez lo mismo, le pinchó en el vientre y le pidió a ella que se agarrara a él con sus dos manos... La mula se movió mostrando resistencia y en seguida se puso en marcha cuando aparecieron los primeros rayos de sol.

Al alejarse de la aldea, los gemidos y los llantos iban disminuyendo. No se despidieron de nadie, no tenían ganas ni de mirar a los parientes para que no les hicieran cambiar de opinión. Estaban convencidos de no volver atrás en su decisión de marcharse, la cual habían tomado con cautela y sin decir nada a nadie. Seguramente, alguien se había percatado de su salida, una partida deseada y que nadie les reprochaba. Después de haber marchado una milla, el señor Ayad expresó lo que rondaba por su mente y turbaba su viaje:

— No sé quién es este desafortunado que ha muerto hoy.

Dauia respondió:

— ¿Quién va a ser? Es el hijo de AbdelKader, hace tres días que había perdido el conocimiento.

— Vaya por Dios, pobre Abdelkader, pobre hombre, no ha tenido suerte.

De nuevo, el silencio se apoderó de ellos. Solo se oían los cascotes de la mula que chocaban contra las piedras del camino y producían un sonido seco sin más.

La distancia entre la aldea y la ciudad no superaba los cincuenta kilómetros. Esperaban ver las murallas de la ciudad que conocía tan bien el señor Ayad. No le preocupaba nada, tampoco sentía deseos de coger algo o pararse. A veces iba lentamente, otras aceleraba la marcha y la mula cambiaba el paso para ir más rápido. Cuando veía un pozo al lado del camino, no dudaba en pararse, ya que Dauia hacía un tiempo que le decía que tenía la boca seca. Tenían mucha sed, así que paró la mula, se bajó, se puso de pie guardando con gran destreza el equilibrio para que su acompañante no callera de la montura y se dirigió al pozo directamente. Pero su desilusión fue grande, ya que no había agua en él. Una de las niñas que había por allí, que se habían acercado a él rápidamente, le dijo que hacía semanas que se había secado. Volvió a donde estaba Dauia con el rostro desfigurado por la tristeza y le informó de ello:

— Vaya días estos... el pozo se ha secado, señora.

Ella lo miró con una mirada compasiva, tenía más paciencia, más aguante y más serenidad que él, y esto fue lo que le respondió:

— Dios proveerá, ten paciencia y sigue en dirección a Marrakech, allí hay agua.

Reemprendieron el camino bajo un sol abrasador. Todo lo que les rodeaba parecía como si fuera a arder de un momento a otro y el fuego no se apagaría hasta que no ardieran todos los árboles y las yerbas. Pero esto no podría suceder, ya que la tierra estaba yerma, no había nada sino piedras, ni siembra ni nada parecido. El silbido del viento seco era lo único que se oía, soplaba como un río que fluye en un momento que no parecía tener final. Todas las casas estaban abandonadas, algunas en ruinas, la gente ya no se relacionaba entre ella, nadie tenía nada de nada, el ganado había perecido, los perros mordían lo que quedaba de los restos de los corderos. Todos los caminos conducían a la desgracia y la lamentación.

Solo el silencio era el señor de todo, solo él calmaba la desolación. Esta sequedad que se extendía por las colinas estaba acompañada por el temor de morir y por suspiros que sacaban al exterior el fuego interior. No se podía expresar con palabras lo que sentían, no podían más, estaban exhaustos y habían perdido la paciencia. La mula era incapaz de seguir. A lo lejos, se dejó ver una cúpula blanca, el señor Ayad la conocía, era la cúpula de uno de los santos venerados. Decidió esta vez pararse al llegar a ella.

— Nos acercamos, estamos llegando, pero necesitamos descansar un poco.

— Como quieras, estamos en manos de Dios.

Así le respondió Dauia y él continuó:

— Estamos viendo Sidi Hattab, nos estamos acercando a él.

Al aparecer la cúpula blanca, el lamento se calmó y surgió el entusiasmo. Después de un cuarto de hora andando, el señor Ayad llegaba al muro del santo venerado y, al apearse de la mula y ayudar a Dauia a bajar con cuidado, después de haber puesto

los pies en tierra, lo primero que hizo ella fue dirigirse con un paso lento hacia la ermita y tumbarse junto a la tumba de Sidi Hattab y besar sus costados como una amante entregada rogándole con las únicas palabras que podía pronunciar:

— He venido a verte, Sidi Hattab, a implorar tu protección, tú que abres las puertas, haz que nunca pase necesidad y que siempre tenga sustento para vivir.

De los ojos de Dauia caían lágrimas de angustia seguidas de suspiros. El señor Ayad no dijo nada al verla, solo la miraba en silencio. Luego, levantó sus manos para entonar la Fatiha y concluir con estas palabras que sabía de memoria:

— Por el amor de Dios, da de beber a tus siervos y a tu acémila, extiende tu misericordia, da vida a tu tierra, tú que oyes las súplicas.

El señor Ayad miró a Dauia y levantó sus cejas para indicarle que seguían el camino. Pasados unos momentos, decidió que pasarían la noche en las proximidades de Sidi Belabbás.

Reemprendieron la marcha sin mediar palabra. El camino a la ciudad se hacía ahora visible después de haber recorrido muchas millas cruzando colinas, pendientes y sinuosidades. Apareció entonces la aldea de Tamlalet detrás de ellos. Contemplaron el palmeral que estaba cerca gracias al poco tiempo de sol que quedaba. La llegada ya no era una meta sino un objetivo que había que alcanzar.

El señor Ayad y Dauia se vieron aliviados por el cansancio que estaba matándolos, pero la mula ya no podía más, y en muchas ocasiones preferían continuar a pie. Eran conscientes del exceso de peso que soportaba. Esta era una de las virtudes que caracterizaba a la gente del campo. Ella le oía siempre repetir lo mismo:

— Inténtalo con tu burro si quieres que te haga llegar.

Todavía recordaba Dauia con detalles este día y lo traía a su memoria como si hubiera sido ayer a pesar de que habían transcurrido siete años. Recuerda incluso aquel instante excitante del viaje durante el ocaso cuando el señor Ayad le dijo:

— Ahí fluye un río, hemos llegado.

Era el río al que daban las murallas de la ciudad desde donde se veían los huertos del palmeral.

Dauia sintió un gran alivio, el cansancio parecía haber desaparecido, tuviera o no tuviera agua el río, aunque no hubiera ni una gota. El placer de haber llegado a la ciudad había hecho brotar en su alma un aliento especial. Había dicho al señor Ayad, con esa caballerosidad que distingue a la gente del campo, que se negaba a continuar montada a lomos de la mula y que prefería seguir caminando y llevar los pies cubiertos de polvo, aunque se rebajara por ello. Después de pasar por el barrio del Aprisco, señaló con su mano una gran puerta y dijo:

— Esta es Bab El Jemís. Aquí es donde se venden las bestias, Dauia.

Mientras penetraba por la puerta que conocía tan bien y después de haberse parado ante la puerta del santo venerado El Tadli, se dio la vuelta un poco hacia la derecha, dirigió su mirada a Dauia, paró la mula y le pidió que bajara:

— Estamos en la ciudad, Dauia.

Le respondió con una voz llena de satisfacción:

— Ya lo veo, es un día grande.

Lo único que deseaba el señor Ayad era encontrar agua y saciar su sed terrible. Solo ayunaba durante el mes de Ramadán, así que, sin dudarle, preguntó a uno de los que pasaban:

— ¿Se puede beber en algún sitio, señor?

El hombre le respondió:

— Agua es lo único que hay.

Por pura casualidad, el hombre al que había preguntado estaba ante la puerta de su casa. Así que llamó a la puerta y dijo a quien estaba dentro que sacara un botijo de agua. El señor Ayad y Dauia saciaron su sed como nunca antes ni después habían hecho, era como si bebieran agua por primera vez en sus vidas. Miraron por un momento hacia donde estaba la mula con la intención de que el hombre se compadeciera. Este entendió el gesto y pidió un cubo de agua para que bebiera ella también.

— Muchísimas gracias, señor.

— No hay de qué.

El señor Ayad y Dauia sintieron como la vida volvía poco a poco, respiraron profundamente. Entre ellos y Sidi Belabbás solo quedaba una distancia de cinco minutos, el objetivo había sido alcanzado. El santuario ya no era sino un lugar codiciado por extranjeros, pobres, ciegos y por quienes no tenían a nadie, todos ellos iban a él. No quedaba en él ninguna habitación para alquilar. Solían estar disponibles para todo el que venía. Tenía diferentes patios y un porche cubierto enteramente. Era ideal para dormir y pasar el tiempo de forma ociosa y sin esperar nada, aunque no totalmente, era un lugar para recibir limosnas y comer lo que había como dones recibidos de Dios.

El señor Ayad y Dauia se pararon ante las tumbas de los siete varones, las visitaron, tocaron la rejilla cubierta con candados e hilos anudados a ella y, de forma espontánea, Dauia se quitó su cinturón de lana trenzado, lo metió en la rejilla e hizo un primer nudo, un segundo, un tercero y quizás un cuarto a la espera de que todos fueran desanudados. Luego, salieron juntos

de la habitación estrecha en la que estaban las siete tumbas de los varones y ella encendió una vela que dedicó a la visita más importante, a Sidi Belabbás.

El primer problema al que se enfrentaron el señor Ayad y Dauia fue que no dejaban entrar a las acémilas en el mausoleo y esto les puso en un aprieto. Tenían que buscar una solución, ya que querían pasar la noche. Un viandante les vio angustiados y desalentados y les propuso que podían dejar la mula en la fonda de Bab Taghzut que estaba preparada especialmente para ellas. El hombre los acompañó, entró en una de las callejuelas laterales que estaba en el lado opuesto al mausoleo y los condujo directamente a Bab Taghzut después de pasar por las mercerías. Habían encontrado una solución, la mula se quedaría resguardada en un buen sitio en medio de las acémilas, bien alimentada y a un precio razonable. El señor Ayad se quedó satisfecho con esta solución en la que ni había pensado ni se le había pasado por la cabeza. Llegó a un acuerdo con los hombres de la fonda y emprendió el camino de vuelta con Dauia hacia el mausoleo llevando cada uno su hatillo.

Las luces de las velas brillaban por aquí y por allí. Las voces de los que recitaban se oían al unísono, unas veces elevaban el tono y otras lo bajaban durante la lectura de una de las secciones del Corán antes de la última oración del día. Como sin más, el señor Ayad se fijó en la acequia que había delante de la puerta del mausoleo, el agua rebosaba. Se fue hacia ella seguido por Dauia y empezaron a beber y a lavarse los brazos y los pies como si nunca hubieran visto el agua. Luego se dirigieron hacia el porche del mausoleo en cuyo centro había un estanque, es decir, una fuente de mármol de la que brotaba agua fresca. El señor Ayad empezó a hacer las abluciones como los demás, aunque en

realidad él lo hacía por segunda vez, era como si se vengara de la sed que le había hecho sufrir tanto durante todo el día.

Acto seguido, los dos se adentraron en el mausoleo y después de tocar la cubierta verde y besar sus cuatro costados, se sentaron a mirar y a contemplar a los que leían y repetían versos del venerado Corán.

Después de la última oración del día, todos abandonaron el mausoleo y ellos comprendieron que tenían que hacerlo igualmente. Salieron a la explanada de tierra, y luego al porche cubierto buscando un lugar apropiado. Sentían que eran extraños, aunque les consolaba encontrarse en medio de un gran grupo de gente que también lo era. El señor Ayad, por primera vez, empezó a tener hambre después de ese día, sus tripas sonaban. Se volvió a Dauia y le dijo:

— Venga, vamos a cenar, demos gracias a Dios.

Dauia le respondió en un tono tranquilo que reflejaba su astucia y su inteligencia:

— No tengas miedo, señor Ayad, Dios y Dauia están contigo. He traído conmigo *zemmita*.¹⁸

Se volvió a ella y la miró extrañado:

— ¿Qué dices? ¿Has traído contigo *zemmita*? ¿Es verdad? ¿Hay?

Dauia se puso a abrir el hatillo y sacó de dentro una bolsita de tela que estaba cerrada cuidadosamente. El señor Ayad no creyó en sus palabras hasta que no vio con sus propios ojos los granos de la *zemmita*. Sintió, antes de comerla, que su estómago ya estaba lleno. Marchó a pedir una jarra a uno de sus vecinos

18. Más adelante se explica qué tipo de comida es esta (N. del T.).

que no conocía de nada. Eran grupos diferentes de personas, unos cocinaban algo sobre un hornillo que habían encendido, otros comían otra cosa que habían preparado y el resto observaba al recién llegado.

El señor Ayad regresó con una jarra de agua. Su sorpresa fue mayor al ver que Dauia había sacado un plato de madera pequeño y había puesto una parte conveniente de la *zemmita* en él a la espera de mezclarla con agua. Cenaron una comida deliciosa y saciaron el hambre.

Dauia no olvidó nunca aquella cena ni aquella noche. Recuerdo que seguía preparando la *zemmita*, y que todos los vecinos supieron su secreto. Yo observaba que ella ponía primero los granos de cebada o de trigo en agua para remojarlos, los vigilaba atentamente, y luego los extendía sobre un plato de palmito y los dejaba un día completo para que les diera el sol. Después los volcaba en una sartén de cerámica para molerlo concienzudamente en el almirez y cribarlos para que estuvieran listo para comer mezclados con agua o con aceite de oliva. Esta comida, que guardaba todo su sabor de campo, estaba exquisita.

El señor Ayad y Dauia pasaron la noche veraniega en las proximidades de Sidi Belabbás seguros, tranquilos y en paz. Nadie interrumpió su descanso. No sintieron nada de miedo. Esta situación se prolongó por una semana hasta que el responsable de la tumba les mostró la casa de la señora Mina. Una de las habitaciones se había quedado libre. Se trasladaron a ella y se desprendieron de la mula vendiéndola en el mercado de Bab El Jemís.

Dauia no sentía ninguna angustia al contar los detalles de su viaje en aquellos años de sequía desde la aldea de Ulad Ghannem. No dudaba en volver a contarnos lo mismo siempre que

el momento lo permitía y no se olvidaba de terminar con sus famosas palabras:

— Una situación mejor que la de los que escuchan.

El señor Ayad pudo encontrar trabajo siempre en el mercado de la plaza como medidor. Medía los granos a todos los compradores con una medida. Era una profesión que conocía bien y que le daba lo necesario para sobrevivir. Según el momento, y sin sentir por ello humillación, Dauia, por su lado, tejía alfombras con ayuda de la hija de los vecinos y la hija de su hermana que había muerto después de abandonar la aldea. No tuvo más remedio que hacerse cargo de ella después de una visita rápida que hizo a algunos de sus familiares que no se habían marchado de la aldea y continuaban vivos. Pensó que lo mejor para su sobrina era que no se quedara allí.

Dauia no contaba su historia de forma seguida y enlazando los hechos. Por lo general, le bastaba con una parte y dejaba otra parte para una nueva ocasión en la que pudiera ser contada. No le molestaba volver a contar lo mismo. Se paraba cuando observaba falta de interés en los oyentes por lo que contaba o cuando le sorprendía la llamada a la oración de la tarde.

4

Todo estaba en movimiento en medio de la casa. Era como una fábrica especializada en muchas cosas, todos trabajaban sin respiro hasta después de la llamada a la oración de la tarde. Entonces, la mayoría de las mujeres salían al mercado para vender lo que habían hecho o para llevar los artículos que habían confeccionado a los patrones. De esta forma les pagaban los pagos pendientes y futuros tal como habían acordado con anterioridad. Lo hacían en un clima de confianza mutua y de forma educada, la palabra sola bastaba. Cada vez que volvía de la escuela a las cinco, me encontraba la casa vacía, solamente estaba Rauia, bordando con destreza y dedicación, o la señora Mina, sentada en el vestíbulo de la planta superior, vigilando cualquier movimiento tras la balaustrada de hierro sin despertar las sospechas de nadie. Para disimular, solía decir que era una mujer locuaz que sencillamente le gustaba hablar y comentar las cosas.

Rauia me recibía con sonrisas, mimos y afecto. Su preocupación constante por mí era exagerada. Dejaba las cosas a un lado y me llamaba para que me acercara a ella y la saludara. Me preguntaba:

— ¿Te duele, cariño?

— Un poquito.

Entendía muy bien mi respuesta e iba rápidamente a por la bandeja del pan que estaba en una de las esquinas de la habi-

tación, cortaba en dos el pan que le quedaba y le echaba aceite de oliva. Lo ponía cuidadosamente ante mí con un vaso de café con leche y yo me sentaba junto a ella a comérmelo con mucho apetito. Y volvía a preguntarme:

— ¿Qué has estudiado hoy?

— Matemáticas y he hecho un dictado.

— Eso es, estudia mucho para llegar a ser algo en la vida.

Rauia era de las mujeres que más atentas y preocupadas estaban por mí. Exageraba siempre dándome dulces, especialmente las *ghriyba*,¹⁹ nunca me hartaba de comerlas. Mi relación con ella llegó a ser muy íntima. Había algo en ella que me atraía y provocaba mi deseo. Con el tiempo, su relación con mi madre se fue haciendo más estrecha, hasta tal punto que confiaba en ella y no le importaba que pasara muchas noches junto a ella sin que nadie viera nada malo en ello. Se preocupaba por lo que estudiaba y me animaba constantemente. Cada noche que pasaba bajo su protección me solía contar ‘érase una vez hasta que eran la albahaca y la azucena...

Había una chica que se llamaba Haina. Su primo por parte de padre se había comprometido con ella. Un día, sus amigas la llamaron y le dijeron: ‘vamos a coger leña’. Cuando se pusieron a recogerla, encontraron unos husos de madera...’

Cuánto me fascinaban sus historias y la manera de contarlas. Me dormía sumergido en sus aventuras. No me disgustaba que volviera a repetirlas todas las noches que pasaba con ella, e incluso yo también hacía de cuentacuentos y ella escuchaba. Era

19. Dulce típico marroquí hecho con sémola, mantequilla y azúcar y decorado con una almendra en el centro (N. del T.)

como si la buscara para dormirme. Se relajaba oyendo y diciéndome aquello que no recordaba mientras yo soñaba despierto.

Rauia se distinguía por su elegancia, su piel era blanca, tenía un lunar precioso que le hacía más hermosa y atractiva, además de unos labios siempre rojizos. No deseaba nada más, la vida se lo había dado todo. Lo único que la afeaba era cuando se quejaba y se enfadaba o cuando su hermana Zahia, a quien ella ayudaba y le daba de vez en cuando cien riales, se ausentaba. Abandonaba la casa en raras ocasiones. Hasta el patrón tenía que enviar a su aprendiz a recoger los bordados y seleccionar los que quería delante de la puerta de la casa.



5

Todo lo que había en Rauia me atraía y me seducía tanto que llegué a imaginar que era un miembro de la familia. Con el paso del tiempo, supe la historia de su vida, ella la contaba de vez en cuando y su hermana participaba dando algunos detalles.

Rauia era de una familia de Essauira. No recordaba gran cosa de su padre, lo único que sí sabía era que era pescador y que tenía una barca. Una de esas noches de luna llena salió y no regresó. Dijeron que el mar se lo había tragado. Desde entonces, vivió con su hermana Zahia y su madre. Durante mucho tiempo, la madre había estado buscando trabajo. Hizo de sirvienta y luego de lavandera. Tenía una voz hermosa y cantaba en las bodas. Se unió a un grupo de cantantes y bailarinas folclóricas y no volvía a casa sino a altas horas de la noche, a veces llegaba al despuntar la mañana trayendo con ella azúcar, té y algunos reales que venían muy bien. Las peticiones para que asistiera a las fiestas con el grupo fueron en aumento, viajaba a la región de los Aabda, los Haha y los Chiadma y se quedaba allí una semana o más. Volvía para que sus dos hijas no se alarmaran, pero lo hacía exhausta y dormía sin parar. No se despertaba hasta que no oía los golpes en la puerta del director del grupo quien venía a pedirle que asistiera a una boda o a una fiesta en la Casa del Gobernador de los Aabda. En ocasiones, se llevaba a Zahia con ella y dejaba a Rauia en la casa de la vecina. Y este es el secreto del

porqué la hermana mayor había elegido cantar con las cantantes y bailarinas cuando se trasladó a Marrakech en unas circunstancias terribles y difíciles.

La vida de la madre no continuó así por mucho tiempo. Las noches sin dormir, el cansancio, la adición al kif y la bebida –que formaban parte de la vida que llevaban las cantantes y bailarinas–, un ambiente de placer y de destrucción personal, acabaron con ella. Muy pronto, enfermó de tuberculosis y su voz se volvió ronca, ya no pudo seguir entonando aquellas letrillas populares que suscitaban en el alma un deseo desenfrenado, provocación y anhelo por todo aquello que estaba prohibido y que no se podía disfrutar. Se buscaba llegar al límite del deseo sin pensar demasiado, el único placer que había era disfrutar del momento presente.

— Yo, sola, sin nadie
Todos tranquilos en su atalaya
Paso la noche vigilante
Yo, sola, sin nadie
Todos cogen un vaso
Yo, sola, sin nadie
Sin mí, no pasa nada.

Mi madre Hanía, la pobre, solo descansó en una cama para enfermos unos cuantos días –solía contar su hija Zahia–. Su estado empeoró mucho, se asfixiaba y además echaba mocos mezclados con sangre. Estaba tan mal, que entregó su alma al Todopoderoso.

Zahia y Rauia se quedaron de pie aturcidas ante el cuerpo de su madre. Las dos la zarandeaban a derecha e izquierda con la esperanza de que volviera a la vida. Zahia comprendió que su madre había muerto y comenzó a gritar en voz alta para que los

vecinos la oyeran. Rauia, que entonces no tenía más de quince años, la secundó en sus gritos.

La habitación se llenó de mujeres que vivían en la callejuela. La gente buena del barrio se hizo cargo de todo lo necesario para el entierro, de lo que costaba el sudario y de cavar la fosa. Sentían lástima y un dolor grande que se mezclaba con rencor y compasión por aquel pescador, un viejo amigo, que salió aquella noche, que las olas arrastraron a no se sabe dónde y que se había convertido en alimento para los peces. Desde entonces no se había encontrado ni rastro de él. También un gran dolor lleno de rencor por su esposa, quien se había entregado, a sus ojos, a la mala vida, había sido infiel y abandonaba ahora a sus dos hijas al mismo destino. Pero a pesar de este sentimiento tan duro que imperaba, el momento no era el oportuno para pedir cuentas, lo único que les preocupaba era preparar las exequias y darle santa sepultura. Y ello, sabiendo que entre ellos estaban presentes quienes habían disfrutado de la voz de la cantante y bailarina Hanía cuando actuaba en las fiestas nupciales a las que asistían como invitados o porque se invitaban ellos mismos.

Los hombres del barrio se organizaron. Unos fueron a llamar a quien lavaba los cuerpos, otros fueron a comprar el sudario y uno dispuso tres piedras para apoyar en ellas un cubo de bronce lleno de agua y encender debajo el fuego para que estuviera listo.

Las mujeres del barrio encontraron la ocasión para echar fuera sus frustraciones con gritos, llantos y alaridos, como si repitieran ese sentimiento común de solidaridad femenina latente dentro de ella.

Nada más acabar de lavar el cuerpo, la envolvieron en el sudario, vinieron en seguida los que iban a cargar con ella y sa-

lieron algunos hombres de sus casas para ir detrás de la camilla mortuoria repitiendo ‘no hay más dios que Dios, Mohammed es el profeta de Dios’ en dirección al cementerio.

Rauia contaba, mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas, que ella no sintió que su madre hubiera muerto, a pesar de los alaridos y los llantos, hasta que no se colocó sobre la camilla. Fue levantada por los que la llevaban y salieron con ella por la puerta de la casa. Y en ese mismo instante, empezó a gritar con todas sus fuerzas: ‘mi madre, mi madre...’ Zahia la cogió entre sus brazos con toda la fuerza que pudo. Aquellos instantes supusieron el nacimiento de una nueva relación entre ella y su hermana que ha perdurado sin interrupción hasta hoy en día.

Hacía una semana que la madre Hanía había muerto cuando quien dirigía el grupo de cantantes y bailarinas llamó a la puerta y preguntó a Zahia si podía hablar con ella. Hablaron mucho tiempo, él la convenció con muchos argumentos de que aceptara unirse al grupo de cantantes y bailarinas. Le dijo que su talento sería cada vez más bueno con el paso de los días, que podría tener lo necesario para cuidar a su hermana, que los tiempos eran malos, no tenían compasión de nadie, y que él la protegería de cualquiera que quisiera hacerle daño.

Rauia lo entendió todo, pero su opinión no contaba. Detestaba que el director del grupo coqueteara con ella, que intentara besarla y tocara sus pechos. Se divertía con ella como si fuera una niña. Y las dejó a la espera de que Zahia le diera una respuesta en los días venideros, sabía que no tenía elección, que aceptaría sin rechistar. Insistía tanto porque estaba completamente seguro de que ella llevaba el arte en sus venas, era una excelente bailarina y cantaba de maravilla, igual que su madre a quien acompañó en muchos momentos.

Zahia se sentó a pensar en el futuro que tendría, sabía de más cuál sería. Miró a Rauia como si le pidiera consejo y aunque no estaba convencida, lo haría por ella misma, para mantenerse hasta que encontrara al hombre que lo hiciera, que la protegiera y la alejara de las malas compañías masculinas.

Rauia no parecía preocupada, ni para mal ni para bien, le daba igual lo que decidiera su hermana.

Aquí y ahora, ella revivía todos sus malos recuerdos. Al cabo de poco tiempo, cuando Zahia se unió a las cantantes y bailarinas, el director vino con su violín y se estableció en la casa, la convirtió en su domicilio a pesar de que él tenía uno en Aabda y otro en Safi. Tenía mujer y no hacía nada por ocultarlo. Rauia se preguntaba: '¿Querrá Zahia una segunda mujer?' No había duda de que Rauia seguía siendo inocente y no entendía nada. El hombre la deseaba, la quería a ella, no lo ocultaba cuando decía a Zahia que se había convertido en un bocado apetitoso entre sus manos. Ella se había entregado a él, día tras día. El trabajo en común, las largas veladas y los comentarios jocosos entre los dos habían conducido a una relación muy estrecha, sin complejos ni pudor alguno.

Zahia salió a hacer un recado para ella y, aunque había dicho que era por un instante, el director sabía que tardaría. Entonces, llamó a Rauia para que le preparara el té y, como estaba excitado, no la dejó terminar de prepararlo. Se puso a acosarla como hacía siempre. Ella se mantenía apartada porque sentía que la situación iba de mal en peor, había perdido el control. Intentó huir, pero se echó encima de ella como una fiera deseosa de coger a su presa y la violó a lo bestia. Cada vez que intentaba gritar la abofeteaba sin parar, así que ella se entregó contra su voluntad, nunca se hubiera imaginado aquello.

El director se levantó e intentó hablar con Rauia, pero ella había perdido el conocimiento. Entonces sintió miedo y buscó un paño para limpiarle los muslos. El pánico se apoderó de él, sobre todo porque Zahia aparecería de un momento a otro, y esto le hizo darse prisa, ponerse la chilaba y salir huyendo del lugar del crimen.

Rauia no se despertó hasta después de que regresara Zahia a quien le sorprendió que él no estuviera esperándola. Se había dado cuenta perfectamente de que el director se sentía inclinado por su hermana pequeña y comprendió lo que había sucedido. Entonces se puso a llorar amargamente y sus lágrimas se mezclaron con los lamentos y las quejas de Rauia. Y empezó a echar por su boca todo tipo de insultos e improperios, uno detrás de otro, los que se podían y los que no se podían decir, concluyendo con estas palabras:

— Lo juro por Dios, director, hijo de la gran puta, esta no te la dejo pasar, ahora sabrás quién es Zahia.

Zahia no podía controlarse, se puso a dar pataletas a ciegas, se golpeaba los muslos, no podía parar de llorar y se tiraba de los pelos. Entró en un estado como de histeria que la llevaba sin remedio a la locura, mientras que Rauia la miraba sin poder moverse ni articular palabra.

Pensó en llamar a los vecinos, pero le daba vergüenza que descubrieran lo sucedido y hablaran mal de su hermana por haber perdido la virginidad. Era un escándalo para la moral de la gente, la sociedad le prohibía desvelar el crimen por miedo a la deshonra, la víctima temía que se hiciera público o pedir que el agresor fuera juzgado.

Así que Zahia pensó en la venganza, pero no tenía ni medios ni posibilidades de llevarla a cabo. Volvió a llorar y a lamen-

tar su mala suerte desde que muriera su madre y desapareciera su padre. Empezó a pensar en muchas cosas al mismo tiempo sin que tuvieran relación una con la otra hasta que logró centrarse en algo. Tenía que abandonar la ciudad, marcharía a Marrakech donde la gente era normal, esa era la imagen que tenía en esos momentos al menos.

Zahia hizo todo lo que pudo, le cortó el pelo a Rauia, curó sus heridas y le juró que no dejaría descansar al director, que no lo dejaría en paz, que allí donde estuviera, ella se lo haría pasar mal. Pasó toda la noche cuidando de su hermana y dándole aquello que le apetecía. Ella la quería mucho. Rauia estaba conmocionada, no había recuperado totalmente la conciencia y no quería ni comer ni beber.

Los días siguientes, Zahia intentó vengar la honra de su hermana, solo que el director, consciente de lo que le esperaba, abandonó la ciudad en dirección desconocida. Aun así, ella habló mal de él a todo el mundo y a su esposa, a quien hizo saber lo ocurrido.

Essauira se volvió oscura, la vida en ella se hizo insostenible, lo sucedido empezó a circular de boca en boca, lo cual vino a echar más leña en el fuego. Entonces, decidieron marcharse a Marrakech. Conocía a algunas cantantes y bailarinas que había encontrado en numerosas ocasiones y eso fue lo que definitivamente les hizo partir.

Rauia no deseaba seguir los pasos de su hermana, tampoco Zahia lo quería, ni frecuentar los ambientes a los que iba obligada para ganarse la vida. No podía volver atrás, se había acostumbrado a una vida nocturna de diversión que le llenaba, y además se hizo adicta al kif y al alcohol, lo cual causaba el rencor de la gente más cercana a ella.

Zahia era muy consciente de que había perdido el control sobre ella misma, había sido atrapada por la vida nocturna. Había descuidado su cuerpo y no volvió a preocuparse por él. La casualidad quiso que yo la reconociera posteriormente cuando había perdido todo su esplendor, la encontré en el momento idóneo para que me contara todos los detalles de su vida. Me dijo que Rauia había muerto la noche misma en la que trajo al mundo a un niño a consecuencia de una gran pérdida de sangre. La pobre no pudo ni verlo ni cogerlo en sus brazos. Ahora, se había convertido en ‘un hombre’, así lo llamaba su padre, un zapatero que se casó con ella en el año de gracia de... Zahia se paró en esta última frase, empezó a llorar y añadió:

— Le hice daño, ella no quería casarse, odiaba a los hombres y lo que venía de ellos, solo amaba a los niños pequeños.

Zahia sabía hasta dónde llegaba su amor profundo por mí y cómo me lo manifestaba cuando yo solo era un niño.

Después de que Zahia se hubiera instalado en Marrakech, su única preocupación fue encontrar un lugar donde quedarse y que fuera seguro para Rauia para que estuviera así libre de hombres malos. Pudo encontrar a una señora amable que le enseñó a bordar a la antigua usanza, aprendió bien el oficio y fue capaz de valerse por sí misma. Y encontró para ella un marido que vendía hilos, cintas y botones de nácar en el mercado de los herradores.

Rauia solía contar de su marido con amargura:

‘La noche de mi boda fue una noche desdichada, oscura, interminable. La alegría se transformó en duelo y en azotes violentos con el cinturón. Mojtár me dio bofetadas sin parar con sus dos manos. Luego, quiso saber cómo había perdido la virginidad, por qué, cuándo, dónde, quién fue. Yo no podía responder,

porque estaba segura de que no me creería y que no perdonaría este error. Zahia era quien se había ocupado de todo, no sé por qué no había informado a su familia de lo que me había sucedido antes de entrar en esta historia. Ella fue la que se marchó al día siguiente a explicar a su madre todos los detalles de lo sucedido y el asunto permaneció en secreto entre nosotros.

Durante la primera semana, yo le decía a Mojtat una y otra vez:

— Te lo suplico, no me delates, fue contra mi voluntad.

A él no le preocuparon ni mis súplicas ni mis ruegos y la historia acabó en divorcio pasado un mes. Me fui a vivir con Zahia por poco tiempo, ya que no podía soportar su estilo de vida. Ella fue la primera que supo aquello. Cuando pude conseguir un trabajo para ganarme la vida, fui a la Zauia Abbasía, conocí a la señora Mina y me fui a vivir a donde estoy ahora, honestamente, y satisfecha con lo que tenía para salir adelante.

Yo le hablaba a Rauia como lo hace un niño y ella hacía lo mismo. Ella me quería y yo también. El amor que había entre los dos, sincero y bonito, nos unió. Era feliz con todo lo que ella me decía o hacía. Mi madre observaba de lejos y frenaba esta pasión, pero, aún así, nuestra relación continuó su ritmo con total libertad.

Un día cálido de otoño, me comentó que iba a contarme una historia extraña y sorprendente que nunca había contado a nadie, que me sorprendería y llamaría mucho mi atención. Esperé pacientemente a que anocheciera. Todos sabían que yo pasaba la noche oyendo los cuentos más bonitos y que nada despertaba más mi curiosidad. Rauia fue deprisa a cerrar con llave la puerta, algo que no era habitual, me abrazó como hacía siempre y me dijo:

— Bueno, hoy, señorito, señor de los hombres, voy a contarte un cuento maravilloso, vamos, ven y escucha.

Me acomodé sobre un colchón sin forro, me eché en sus brazos esperando oír el cuento maravilloso y ella empezó la narración:

— Érase una vez, éranse la albahaca y la azucena, érase en el regazo del profeta, que Dios le bendiga. Un día, había una mujer sentada en la terraza de su casa, estaba triste y preocupada porque no tenía ni hijo ni hija. Entonces, pasado un tiempo, empezó a llover mucho y ella se puso a decir: ‘Dios mío, dame aunque sea una niña, que me alegre durante un poco de tiempo y luego llévatela si ése es tu deseo’. Pasaron los días y esta mujer se quedó embarazada. Dio a luz a una niña hermosa a la que llamó ‘la que atrapa el viento’. La niña creció un poco y un día, oyó decir a un relámpago que apareció en forma de hombre: ‘dile a tu madre que el acreedor ha venido para llevarse aquello que le confió’.

Rauia paró de hablar de repente, me acercó a ella y empezó a darme besos de forma inhabitual. Esperaba que respondiera, pero yo no sabía qué hacer, sentí un escalofrío que corría por todo mi cuerpo. Mi desconcierto se hizo más grande cuando ella se quitó el único vestido que llevaba puesto y vi por primera vez un cuerpo desnudo y dos pechos levantados que toqué. Y en la parte de abajo, entre los muslos, había bastante pelo, en el lugar por donde la mujer hace pipí y por donde salen los niños pequeños. Parecía que a ella no le preocupaba mi estado cuando me quitó los pantalones y la camisa y se dirigió a mí de esta forma:

— Vamos, sé hombre hoy.

Estaba preocupado por mi pene que parecía como un pellejo sin vida, aunque ella lo movía como quería. De forma na-

tural y sin pensarlo, me fui hacia sus pechos y los chupé. Ella me pidió que siguiera haciéndolo como hace un bebé que tiene hambre. Pasé de chuparlos a morderlos, a ella no le importaba. Cada vez que sentía su alegría y su sorpresa por lo que le hacía, lo repetía más fuerte, no paraba. Me puse luego entre sus muslos y pasé mis manos por su vulva, volví a chupar y a morder sus pechos una y otra vez. Comenzamos a jugar el juego del avión, como solíamos hacer, solo que en esta ocasión lo hacíamos desnudos. Me paraba ante ella mientras estaba tumbada, ella extendía sus piernas y ponía la planta de sus pies sobre mi vientre. Yo extendía las manos para coger las suyas, me levantaba hacia lo alto y luego me bajaba. A veces, me dejaba caer de sopetón sobre su vientre o entre sus muslos. Yo volvía a coger con mis manos sus pechos y los acariciaba sin parar. Repetíamos este juego una y otra vez sin parar. Ella me gustaba desde antes, pero ahora que estábamos desnudos mucho más. Sentía un placer tan grande como nunca antes había experimentado.

Permanecemos así bastante tiempo hasta que me di cuenta de que aquello se había convertido en un pasatiempo en el que yo hacía lo que ella me ordenaba que hiciera.

Después de unas palabras que mejor no decir, volvió a preguntarme:

— Venga, ¿a dónde llegamos en el cuento?

Le respondí:

— Cuando vino el relámpago y dijo a la chica que el acreedor había llegado para llevarse aquello que había confiado.

Aquí retomó Rauia el hilo del cuento:

Bueno, señorito, señor de los hombres, su madre le dijo: ‘si lo ves, dile que lo he olvidado’. Al día siguiente, el relámpago se presentó ante la chica y le preguntó: ‘¿Qué te ha dicho tu madre?’

‘Dice que lo ha olvidado’. Al tercer día, se encontró con ella otra vez y le dijo que lo había olvidado. Tú también, señorito, señor de los hombres, olvídate de lo que hemos hecho esta noche y mañana te acabaré el cuento.

Por la mañana temprano, ella me dirigió una mirada tímida. Yo me frotaba los ojos mientras permanecía en sus brazos con la ropa puesta y ella llevaba su vestido, como si nada hubiera sucedido. Este fue el secreto más grande sobre ella que guardé, a nadie conté los detalles de esta aventura cada vez que revivía aquellos instantes. Recuerdo aquella noche pasada con mucho cariño, fue realmente bonita, como si hubiéramos estado juntos ayer mismo por la noche. ¿Despertamos realmente o fue aquello un simple sueño? Recompuse todas las imágenes que guardaba, una tras otra, con todos los detalles y puedo decir que aquello fue real. Pudo ser un simple sueño efímero, como el de Eva antes de los tiempos trayendo su comida, si no hubiéramos vuelto a repetir lo mismo mucho más tarde. Lo guardé en secreto. En ningún momento, este placer, cada vez más intenso, que esta mujer me provocaba con todo el cariño del mundo, tanto antes como después, supuso un sacrificio para mí.

Llegó la noche esperada. Rauia había preparado y dispuesto todo. Ardía en deseos tanto de verla desnuda como de que terminara el cuento con el estilo que la caracterizaba narrando. Como siempre, me preguntó dónde nos habíamos quedado.

— En el tercer día, cuando el relámpago se encontró con ella.

Rauia siguió narrando y yo escuchaba deseoso, quería saber lo que seguía:

— Érase una vez, éranse la albahaca y la azucena, érase el regazo del profeta. Al tercer día, se encontró con ella y le dijo

nuevamente que había olvidado. Pero esta vez, el relámpago sacó un hilo de lana y lo anudó a un dedo de sus manos para que no lo olvidara. Se fue la chica a donde estaba su madre y le contó lo que le dijo el relámpago. Entonces, su madre le dijo: ‘esta vez, si lo ves, dile que coja aquello que confió’. Al otro día, la chica se encontró con el relámpago que se había transformado en un hombre. Él la vio y se la llevó.

La noticia corrió entre la gente. Se reunieron la luna, el sol y el trueno y fueron a la casa de su colega y le pidieron que devolviera la chica a su madre. Le prometieron que no se quedaría triste si la dejaba marcharse y que aquel no sería el último día de su vida. Decidieron que cada uno de ellos le daría a ella algo personal. La luna le dijo: ‘yo le daré un poco de mi luz’. El sol le dijo: ‘yo le daré diamantes y corales’. El trueno le dijo: ‘yo le daré un perfume que huela bien y que tenga esencia de rosas y de azahar’.

Cuando el relámpago oyó estas palabras, llevó a la chica a la madre.

La madre se alegró mucho al ver que su hija regresaba y que se había convertido en uno de los seres más maravillosos de todos los tiempos. Todo el que pasaba junto a ella, olía el perfume tan agradable que desprendía. Cada vez que se reía, salían de su boca diamantes y corales y cada vez que se movía, parecía como si irradiara la luz de la luna.

La noticia de ‘la que atrapa el viento’ se propagó por todos los pueblos y ciudades y llegó hasta oídos del rey, quien se dijo que esa era la chica con la que quería casarse.

Los emisarios del rey llegaron un día a su casa para anunciárselo. Su madre se alegró. ‘La que atrapa el viento’ aceptó ir al palacio del rey, pero antes, su madre la maquilló, le limpió los

dientes con *suak*,²⁰ le cortó el pelo, la vistió con vestidos de boda y la envió con su tía materna para que la acompañara hasta el palacio del rey.

Pero en el camino, su tía tuvo envidia, una envidia tan grande que iba a matarla. La dejó un momento y comenzó a trajinar. Luego, miró a la chica y le dijo: ‘ven, te diré una cosa’. Al acercarse a ella, la cogió, le sacó los ojos y la metió en una caja que tiró al mar.

La tía se fue, trajo a su propia hija, la maquilló, le limpió los dientes con *suak*, le cortó el pelo, la vistió con los vestidos de la boda y marchó con ella al palacio. El rey la recibió y le preguntó por las cualidades que había oído hablar de ella. La chica no sabía qué responder, pero su madre le dijo al rey: ‘esas cualidades de las que has oído hablar, mi señor el sultán, no se manifiestan en ella sino de vez en cuando’.

Mientras tanto, la pobre chica iba dando tumbos dentro de la caja entre las olas. Un día, la encontró un pescador entre las rocas, se sorprendió al verla allí, la abrió y ‘la que atrapa el viento’ salió de ella. El pescador quedó maravillado del perfume de esencias de rosas y azahar que desprendía.

Una vez que se sintió a salvo junto al pescador, empezó a reír. Cada vez que lo hacía, caían diamantes y corales de su boca. Él los vendía y así se convirtió en una de las personas más ricas del país.

Un día, ‘la que atrapa el viento’ pidió al pescador algo: ‘si estuvieran ante mí, te traerían el bien, tráeme a tu casa una cesta llena de rosas’. El pescador se fue a traerle la cesta de rosas. ‘La

20. Se trata de la corteza del nogal que usan, sobre todo las mujeres, para limpiarse los dientes y para cuidarse las encías (N. del T.)

que atrapa el viento' cogió las rosas y las acercó a su boca para que el perfume fuera más intenso en ellas.

Por la mañana, 'la que atrapa el viento' dijo al pescador: 'coge esta cesta y ve con ella al palacio del rey. Haz como el que vende rosas y si la reina del palacio quiere comprarlas, dile que solo las vendes a cambio de los ojos'.

El pescador marchó y se instaló en uno de los muros del palacio. Las rosas desprendían su aroma y entonces, su tía olió el perfume de 'la que atrapa el viento' y dijo a su hija: '¡Qué desgracia! Estamos perdidas, ¿has olido el perfume de tu prima?' La tía y la prima salieron a mirar desde lo alto, pero no vieron nada, solo al dueño de las rosas. Quisieron comprarle las rosas para que no adquirieran el valor que tenían, pero el pescador no quiso vendérselas y les dijo: 'no vendo las rosas sino que las cambio por los ojos'. No sabemos si la tía entendió o no, pero ya no le quedaban tretas, así que le dio los ojos y él le entregó las rosas.

Al regresar el pescador a donde estaba 'la que atrapa el viento', le dio los ojos, volvió a ver y marchó con él a casa de su madre.

Cuando la madre vio a su hija, 'la que atrapa el viento', se alegró y comprendió las artimañas de su hermana. Esta vez, se dijo: 'voy a hacer que se le caiga la cara de vergüenza delante de la gente'.

Salió de la casa acompañada de su hija, 'la que atrapa el viento', y el pescador en dirección al palacio para pedir que el rey las recibiera.

El rey, así lo hizo. La madre de 'la que atrapa el viento' le contó su historia desde el principio hasta el final. Le dio pruebas y argumentos y cuando 'la que atrapa el viento' empezó a reír,

cayeron diamantes y corales de su boca, su perfume de esencia de rosas y azahares llenó el ambiente del palacio y su luz iluminó el lugar igual que la luna.

El rey, al ver aquello con sus propios ojos, se enfadó y montó en cólera. Llamó a su esposa y a su madre, cavó una fosa que llenó con leña, le prendió fuego y las tiró dentro.

Por la tarde, la alegría se apoderó del palacio, porque el rey se casaba con 'la que atrapa el viento'. Su fragancia se extendió entre la gente y nada más reír, cayeron de su boca diamantes y corales.

6

No me fastidiaba casi nunca ir a la escuela. Lo ocurrido la pasada semana, los sucesos sangrientos, la muerte de Abdelwahab, cambiaron mi manera de ver las cosas. Ya no volví a tener miedo ni a temblar cuando estaba ante el señor Jilber. Comencé a pensar en cómo librarme de él. No me atrevía a contradecir los deseos de mis padres, ya que su preocupación por todo lo relacionado con la escuela estaba por encima de cualquier cosa. ¡Cuánta era su impotencia porque solo podían comprarme un solo cuaderno! Y por otro lado, estaba Rauia, quien observaba y controlaba todos mis movimientos, sabía todo lo que se traían entre manos los niños de la callejuela y de los alrededores.

El barrio de la Zauia Abbasía se transformó en un cuartel militar, los militares ocuparon todos los adarves y se dedicaron a inspeccionar hasta los rincones más recónditos. Quien entraba y quien salía era registrado y se les pedía que se identificaran uno por uno.

Al principio, nosotros los niños, nos alejamos de los lugares que estaban acordonados por el ejército, pero con el paso del tiempo nos poníamos en grupos alrededor de ellos. Les dirigíamos la palabra, hablábamos con ellos, nos reíamos de los senegaleses, evitábamos a los gumíes y gastábamos bromas al guardia real que de vez en cuando les acompañaba, ya fuera cuando íbamos a la escuela, ya cuándo regresábamos de ella.

Aquella mañana soplaba un viento frío. Nos disponíamos a entrar todos juntos por la puerta de la escuela después de más de una semana sin ir a ella. En las mentes de algunos padres, aquello era como una huelga de la enseñanza, igual que pensaba la mayor parte de la gente que protestaba contra los ocupantes y sus esbirros por las injusticias que habían cometido y por haber matado a inocentes. Esto era lo que decía Mulay Omar, un joven que nos envalentonaba bastante. Hablaba con arrojo, y esto fue lo que lo convirtió después en un jugador excelente en el equipo de fútbol de *El Aalam*.

Lo que más nos preocupaba y nos causaba miedo aquella mañana era cómo justificar nuestra ausencia. Hablábamos y nos preparábamos para el castigo que íbamos a recibir de manos del director, el señor Blachir, y del maestro, el señor Jilber. Cada uno de ellos tenía su manera de azotar. Con el paso del tiempo, cuando estudié que entre los principios de la enseñanza moderna no se contempla ni pegar ni emplear la violencia en las escuelas, fui consciente de la maldad de sus actos.

No nos producía ningún placer, éramos llevados a la carnicería de Qubur El Chu, bajo presión y por la fuerza. Esto pasaba después de que el representante del barrio hubiera pasado horas y horas dando vueltas por las callejuelas hablando con los padres y animando a los niños a que fueran a la escuela. Empleaba todos los recursos habidos y por haber, promesas y amenazas al mismo tiempo, y les repetía para que oyeran bien:

— Calmaos, pensad un poco, el minarete ha caído, han colgado al barbero, la escuela les pertenece, enviad a vuestros hijos a estudiar, criaturas de Dios. La Justicia de Dios está con vosotros.

La campana sonó y, de repente, recordé la advertencia del señor Jilber para que trajera uno nuevo. Fue el día en el que las

páginas del cuaderno se acabaron. Si no lo hacía, tendría que prepararme para recibir unos golpes, sí, este señor empleaba el palo. Mis pies se quedaron clavados a tierra, no era capaz de moverme, temblaba de verdad de pies a cabeza. El primer grupo de alumnos iba entrando por la puerta de la escuela hasta el patio. Miré a derecha e izquierda, dudaba si entrar, tenía miedo, mi corazón latía como nunca antes lo había hecho, me puse a correr como un loco, había regresado allí donde no quería volver, ni siquiera me preocupé de mis compañeros que formaban filas en el patio del colegio. Aquel día habían venido pocos, algo que no era habitual.

No sé muy bien si la historia del cuaderno fue un pretexto, lo que motivó mi decisión, o una simple excusa que ocultaba unas causas cuyas consecuencias todavía llevo dentro. Sea como sea, lo decidí así, que me negaría a entrar en esta escuela maldita. Había encontrado una ocasión propicia... Todo lo que recuerdo ahora es que me paré en una de las callejuelas oscuras sin poder respirar y me quedé allí inmóvil bastante tiempo hasta que estuve seguro de que las clases habían comenzado.

Salí de la callejuela y miré alrededor, observé atentamente a los que me miraban y luego entré en otra callejuela, me giré, di media vuelta y salí de ella. Tenía pánico de encontrarme con alguien que conociera.

Esta mañana no se parecía a ninguna otra, el tiempo pasaba y pasaba, se me hacía interminable. Estaba absorto pensando en los argumentos que presentaría a mi madre cuando supiera que no había ido a la escuela. Sus palabras volvieron a resonar en mi cabeza:

— ¿Cómo? ¿Qué no quieres ir a la escuela? Eso ya lo veremos.

La respuesta a la pregunta anterior era siempre la misma:

— No quiero ir a la escuela.

Estaba en un aprieto, necesitaba un lugar donde refugiarme, buscaba algo para salir de esta situación en la que me había metido. Mientras iba de callejuela en callejuela, encontré el mejor sitio donde esconderme, una mezquita pequeña. Me paré en ella. Estaba delante de la puerta de la familia El Meriag. Entré y me quedé allí un rato pensando en qué trabajaría después de todo aquello.

Fue pura casualidad que el muro exterior de esta mezquita estuviera justo enfrente del patio del colegio. Después de unos cuantos minutos, sonó la campana que anunciaba el recreo como era habitual y mi corazón se puso a palpar rápidamente. Sentí nuevamente miedo. Se oían las voces de los alumnos que saltaban y corrían unos detrás de otros. Se gritaban y se llamaban por sus nombres. Me quedé con los de aquellos que conocía.

De nuevo, sonó la campana anunciando el final del recreo y mi corazón volvió a batir otra vez aceleradamente. Me vino a la mente mi imagen formando fila esperando la señal para entrar en la clase.

Sin quererlo, encontré la solución muy cerca de mí, tenía que dar el paso y aventurarme sin más. Me puse de pie con mi maletín roto en dirección a la callejuela de la familia de El Meriag, aceleré el paso hasta que llegué allí donde hay una escuela coránica conocida que estaba destinada a los hijos de El Meriag. Penetré en ella con mucho miedo, yo conocía al alfaquí perfectamente, ya que había pasado las vacaciones del verano con él. Al verme, se dibujó sobre su rostro una sonrisa amable y se dirigió a mí con estas palabras:

— ¿Qué te trae aquí, hijo mío?

Le respondí seguro de mis palabras:

— He venido a estudiar.

Me miró durante un momento y me respondió:

— Venga, coge una tablilla de esas. ¿A dónde has llegado?

Le respondí con calma:

- ‘Di, se me ha inspirado.’²¹

Me dijo lo siguiente:

— Vamos, tráela, voy a trazarte unas líneas.

Cogí la tablilla y se la di al alfaquí, besé su mano y él empezó a escribir. Yo miraba fijamente sus dedos mientras iba dándole forma a las palabras con la parte posterior de la pluma de caña con el fin de que fueran legibles en la tablilla que había sido cubierta con arcilla blanca. Tenía que volver a escribir en ella con la pluma empapada en tinta y aprendérmelo de memoria después. Una vez aprendido, la lavaba y volvía a escribir sobre ella y así sucesivamente. Este era su método magistral para que los versículos del Corán se quedaran grabados en la mente, me había acostumbrado a él el verano pasado.

Las miradas de los chicos, cuyo número no sobrepasaba los diez, se dirigieron hacia mí. No les hice caso, estaba preocupado por este cambio que había elegido, de estar sentado en el pupitre a hacerlo sobre una esterilla agujereada, trazando letras sobre la tablilla, lavándola y volviendo a escribir sobre ella por el otro lado. Sentía en mí una gran satisfacción a pesar de lo duro que estaba el suelo y de mi preocupación al pensar cómo abordaría a mi madre después del mediodía y a mi padre por la tarde. Sabía

21. Azora 72 del Corán, versículo 1.

de antemano que hacerme alfaquí no entraba dentro de sus esquemas, porque mi tío materno se mofaba de los alfaquíes, quienes no aprendían sino el Corán y no sabían escribir ni una carta. También decía otras cosas como que el país necesitaba gente con estudios y hombres que hicieran frente a los franceses en su lengua. Supe más tarde que formaba parte de la organización del partido del Istiqlal. Era un secreto que mis padres guardaban celosamente en la escuela, además de otras actividades personales que descubrí luego. Mis padres estaban contentos de que pasara las vacaciones de verano en la escuela coránica para que supiera cuáles eran los preceptos religiosos, aprendiera el Corán y luego, a principios de octubre, me fuera a la escuela. Querían que aprendiera siguiendo las indicaciones de mi tío, como hacía la mayoría de mis compañeros del barrio que estudiaban en una escuela francesa moderna. Después pensó que no sería posible que siguiera mis estudios en la Escuela Abdalauia, la escuela de los marroquíes, cuando nos trasladamos a la Zauia.

Tuve cuidado en volver a casa a la hora de costumbre. Regresé en silencio, sin mediar palabra con nadie. Estaba angustiado y dudaba si contar lo sucedido sinceramente o callarme. Opté por sincerarme y enfrentarme al castigo, el de la casa, porque ya había recibido los palos en las palmas de las manos y los golpes que me había dado el calvo del señor Jilber sobre la cabeza con el palo grueso y las terribles patadas que me propinó el señor Blachir. Fue para mí una humillación que se quedó clavada en mi mente para siempre. ¿Acaso no eran lo mismo un soldado francés disparando y el señor Jilber golpeándome con el palo grueso e insultándome a más no poder de forma violenta?

El maestro y el director estaban cortados por el mismo patrón, daban miedo y pánico. Estaban siempre vigilantes en todos los rincones del colegio. El primero utilizaba la mano o el palo

antes de hablar y el segundo la pierna antes de llamar a alguien. Éramos como una pelota entre sus piernas. Ni nos planteábamos el porqué de su conducta. Muchos de nosotros pensábamos que aquel comportamiento formaba parte de la educación y era incuestionable. El miedo a que nos pegaran había roto nuestros lazos. Nadie sabía que mis padres no me pegaban nunca, bastaba con asustarme para que yo desistiera y volviera al camino recto si hacía algo malo.

Con el paso del tiempo y la distancia, comprendí que la conducta de los dos hombres formaba parte de la hostilidad hacia el movimiento nacional que ellos practicaban a través de los niños marroquíes. Una hostilidad llena de agresividad y racismo. De todo esto, se me quedó grabada, en mi mente y en mi imaginario, la presencia de un estudiante francés que estaba con nosotros en la clase, se trataba del hijo del jardinero de la escuela. Era un imbécil a más no poder. Nos resultaba un tanto extraño que un francés no supiera leer bien frases simples, que cometiera además tantas faltas en el dictado y que, a pesar de ello, el señor Jilber no hiciera ni intentos de enseñarle el palo, aunque sí se burlaba sin piedad de él.

Todo este ambiente caldeado de palos y hostilidades me hicieron odiar la escuela y la lengua francesa. Esto, unido a los sucesos sangrientos acaecidos la semana pasada, hizo que me decidiera a huir de ella.

Me puse a pensar y a pensar, como lo hace un niño, me venían dudas y me invadía la angustia. Tenía miedo que alguno de mis colegas del barrio fuera a revelar el secreto, que se apuntara un tanto y no lo castigaran. Intentaba aparentar normalidad, solo que no tuve éxito, ya que mi madre interrumpió mis meditaciones preguntándome:

— ¿No os han pegado en el colegio por no haber estudiado estos días pasados?

Le respondí sin pensarlo:

— No nos han pegado, pero necesito un cuaderno.

Su respuesta fue la de siempre:

— Cuando venga tu padre, díselo, te dará para que lo compres.

Saqué mi viejo cuaderno, me quedé mirando sus páginas como si le echara el último vistazo y rápidamente lo volví a poner en su sitio. Rauia me sorprendió mientras decía a mi madre:

— El señorito me ha dejado perpleja hoy, tiene algo entre manos.

No terminó de hablar y se puso a llorar, luego prosiguió:

— Te lo dije, el niño está tramando algo, ¿qué te pasa?

Y encontré la respuesta oportuna para salir de aquel apuro:

— Estoy malo, me duele la cabeza, no puedo concentrarme en nada.

Con esta respuesta, desperté los sentimientos de mi madre buscando su afecto. Me acarició, puso su mano sobre mi frente y dijo:

— Puede que tenga fiebre.

Rauia le respondió:

— Que Dios lo proteja, poco podemos hacer por la enfermedad del señorito.

Y continuó:

— Dale de comer y déjalo dormir, ahora le traigo una aspirina.

Y respondí con la voz de un enfermo abatido que ha perdido todo el apetito:

— No quiero comer, solo quiero dormir.

Mi madre me llevó a la habitación y allí pude respirar tranquilo porque había salido exitoso del primer asalto. La pesadilla acabó después del mediodía, pero no podía dormir, pensaba en lo que diría al alfaquí para justificarme por no volver a la escuela coránica. No vería con buenos ojos que faltara el primer día después de estar contento con mi regreso. Se había acostumbrado a recibir a los niños de la escuela fuera del horario de esta y los domingos, no ponía pega a ninguno que deseara estar más tiempo. Y así me encontraba, esperando el momento y decidido por lo que quería hacer.

Después de largo rato, estando todavía en la cama, llegó mi madre, tocó mi frente y me miró con ojos tristes y sin hablar. Luego me preguntó:

— ¿Estás un poquito mejor?

— Un poquito mejor, sí.

— Levántate y come.

— Bueno, ponme solo un poco de comer.

Me trajo en seguida un plato de patatas cocidas con su guarnición y empecé a comer. Tenía tanto apetito del hambre que tenía que rebañé hasta el plato. Y le pregunté:

— ¿Qué hora es?

— No son más que las dos, hice la oración del mediodía hace ya un rato.

— Ya no queda tiempo para ir a la escuela, mamá.

— Sí, eso parece.

— Bueno, entonces voy a ir a la escuela coránica.

— ¿Cómo te encuentras?, ¿estás bien?

— Un poco.

Mi madre se mostró muy cariñosa. Me di cuenta de que mi jugada había salido bien. Me levanté y salí como una bala hacia la escuela coránica, quería terminar ya con esta historia y esperar a que el día siguiente fuera mejor.

Llegué a la escuela coránica, saludé al alfaquí, cogí la tablilla del sitio en el que la había dejado por la mañana y comencé a leer en voz alta haciendo ver que tenía ganas de memorizar. Fue fácil aprender de memoria los primeros versículos desde ‘di, se me ha inspirado’, ya que lo recordaba de antes. Después de la oración de la tarde, ya me sabía mi tablilla a la perfección, así que me puse a cubrir con arcilla blanca la primera cara y volví a escribir sobre ella con mucha facilidad. Al leerla el alfaquí, corrigió algunos errores, me miró y me dijo:

— Que Dios te bendiga, hijo mío, así hay que hacerlo.

Le di la vuelta y empecé a memorizar la segunda cara en voz alta. Mi voz se mezclaba con la de los demás mientras que el alfaquí me miraba de vez en cuando. No tardó en llamarme para que me acercara a él, quería saber algo:

— ¿Estudias en la escuela Qubur El Chu? ¿No es así?

— Sí señor.

— ¿Y por qué no has ido a ella?

Me cogió desprevenido, no sabía qué responder, me quedé completamente mudo. Bajé la cabeza y me puse a mirar los trazos torcidos de la tablilla que estaban dispuestos en líneas con longitudes diferentes. Y continuó diciendo:

— En cualquier caso, Dios sigue velando por ti aunque no

hayas ido, vamos, dile a tu padre que te dé el dinero de la *arbaaiyya*.²²

Le respondí al momento:

— Sí, señor.

En seguida, una nueva preocupación se apoderó de mí. Pensaba en el dinero de la *arbaaiyya*, en cómo lo conseguiría, en que esto me obligaría a persistir en mi decisión y que entonces todos sabrían que quería ser alfaquí.

Pasaron unos instantes y el alfaquí me indicó con su largo y delgado palo que continuara leyendo en voz alta y me uní a los demás. Parecía una orquesta con un ritmo particular, los tonos subían algunas veces y otras bajaban, dependía de la intensidad que le diéramos a nuestras voces y de los momentos del día.

Era feliz mientras leía el texto de la tablilla con ayuda del bastoncillo,²³ repitiendo una y otra vez sin parar el versículo para terminar de aprendérmelo de memoria al completo y que no se me olvidara.

Valga decir que la costumbre de emplear el bastoncillo es antiquísima, se servían de él mientras memorizaban. Se trataba como de un recurso psicológico, así que era importante en el proceso de aprendizaje. Era como un instrumento de madera que nosotros cogíamos con las manos y lo frotábamos sobre la tablilla, y que no dudábamos en grabar y pintar con diferentes colores.

22. Se refiere al dinero que se le debe al maestro de la escuela coránica después de que el alumno haya memorizado una cuarta parte del Corán. El Libro Sagrado está dividido en sesenta partes y estas a su vez en cuatro (N. del T.)

23. Se trata de un bastoncillo, que tiene una de las extremidades tallada en bisel, con el que los alumnos de la escuela coránica frota las letras de la tablilla como ayuda para memorizar el texto (N. del T.)

La oscuridad envolvió toda la sala. Un tragaluz era lo único que tenía en el techo. Con los últimos rayos de sol que entraban por él, nos preparábamos para irnos. Salíamos de uno en uno, el alfaquí era quien decía el que salía, tenía su propio ritual, sabía muy bien quién estaba preparado para salir, y aún así, dejaba elegir quien quería ser el primero en hacerlo. Entonces, tenía que mostrar su tablilla entera y, pobre del que tardara un poco más de la cuenta, porque sabía de antemano que saldría el último. Este era el juego al que nos entregábamos libremente. Soportábamos sus castigos, aunque todo dependía de la experiencia y la práctica que tuviera el que se ponía delante para mostrar la tablilla. El señor Mohammed El Meriag y su hermano Ibrahim eran los primeros que la enseñaban, siempre era así. Los dos habían terminado de memorizar las sesenta secciones del Corán de arriba a abajo y de abajo a arriba y se habían paseado, montados uno detrás del otro sobre un bonito corcel por las callejuelas de la Zauia.

Deseábamos que llegara el día en el que conseguiríamos memorizar una sección del Corán, éramos felices, nos arreglábamos para la ocasión y nos preparábamos para comer. Por lo general, la ceremonia se llevaba a cabo en su momento. Se empezaba primero disponiendo un tintero lleno de agujeros que el alfaquí reservaba para el interesado. Cada uno de ellos tenía un tipo de tinta, roja, azul, amarilla, también la tinta empleada para la tablilla, que servía para decorarla. El alumno que acababa la escuela tenía que inventar un dibujo con el que mostrar su talento. Dejábamos nuestras tablillas a un lado para mirarlo y, al acabar de decorar la suya, empezaban los preparativos y el paseíllo por el barrio.

El aspecto del alumno que había conseguido terminar, mientras iba montado sobre su bonito corcel blanco, hacía que

nuestro interés fuera mayor y tuviéramos más ganas por memorizar los versículos. Todos preguntaban a sus colegas cuándo terminarían la serie de sesenta secciones del Corán, sobre todo cuando oíamos decir: ‘has acabado’.

El alumno que iba montado sobre el corcel parecía un novio con sus zapatillas amarillas nuevas y su chilaba blanca. Le colocaban la capucha cubriéndole un poco el rostro para que su actitud fuera modesta y humilde, llevaba en sus manos la tablilla decorada y cubierta con una tela bordada, mientras que uno de sus familiares sostenía las riendas del corcel. Durante el paseíllo, los espectadores competían entre ellos por poner unos reales sobre la tablilla cubierta y extendida. Todos los reales –según era costumbre– iban al final a parar al alfaquí. El paseíllo continuó hasta que llegamos a la puerta de Sidi Belabbás, entonces el alumno entraba, llevaba a cabo la visita y recibía la bendición del santo. Nosotros íbamos detrás de él haciendo lo que él hacía. Luego, volvía al patio del mausoleo y de aquí, al segundo patio que estaba pegado a la mezquita. Iba rodeado de un tropel de niños que se habían agolpado alrededor de él, los miembros de la familia y mucha más gente que le ayudaban otra vez a montar sobre el corcel que le esperaba.

La confusión y el bullicio eran más intensos que antes, las albórbolas eran más fuertes en medio de las voces que gritaban ‘Dios es su Creador’ y los pasos se dirigían entonces rápidamente hacia el riad en donde nos esperaba una comida a base de grasa, dátiles y leche.

Y como era lo habitual, el día en el que se acababa de aprender la sección era festivo, comíamos, jugábamos, saltábamos, nos movíamos de un sitio a otro, era un día para aventuras, engaños, altercados y batallitas entre nosotros. En el riad de El Meriag, que tenía un precioso jardín, había mucho sitio para ju-

gar, pelearnos y movernos de un sitio a otro, allí nos retirábamos y hacíamos lo que queríamos.

Entre aquellas aventuras que nunca olvidaré y que tuvieron lugar durante la fiesta en honor al señor Mohammed por haber acabado la memorización de la sección, uno de nosotros, que conspiró con otro, nos reveló al día siguiente lo que cuento a continuación. Nos puso una planta trompeta –cuya flor se parece a este instrumento y exhala un buen olor– en una tetera y cuando tomamos un vaso de té a la menta mezclado con ella, las mejillas y los ojos enrojecieron y todos perdimos el control de nuestros miembros, nos movíamos de un lado al otro, parecíamos animales de presa, íbamos rompiendo todo lo que había a nuestro alrededor, le dimos la vuelta a las alfombras, rompimos árboles y comenzamos a darnos puñetazos, arañarnos y golpear-nos con palos. El más violento de todos nosotros aquel día fue Abdelatif El Meriag. En aquel tiempo, estábamos muy unidos, yo siempre sabía cómo preparar con él todo tipo de travesuras sin que nadie se enterara, luego hacíamos sufrir a los demás y cuando los ánimos se caldeaban mucho, salíamos corriendo sin rumbo fijo, sin que nada nos detuviera, y dejábamos tras nosotros todo destrozado. Era como los restos de un combate encarnizado. Más tarde, comprendimos que aquella planta trompeta era realmente una droga.

A la mañana siguiente, después de que se desvelara lo sucedido y haber descubierto a los dos culpables de ello, cómplices los dos, el alfaquí no tuvo piedad de ninguno y vimos como la emprendió a palos contra sus cuerpos sin parar. Nosotros también, a nuestro turno, recibimos nuestro merecido, a pesar de que éramos simples víctimas y no fuimos consciente de nuestros actos.

Volví a casa recitando en silencio los primeros versículos

de 'di, se me ha inspirado' y rememorando los sucesos y las aventuras del verano y lo que ocurrió en el riad El Meriag. Deseaba que llegara el día en el que me montaría sobre un bonito corcel vestido con una chilaba blanca y seguido de un gran cortejo de niños. Pero este deseo no se realizaría nunca. Recuerdo que cada vez que expresaba mis ganas de conseguir memorizar todos los versículos de la sección, mi madre se alarmaba. Nunca entendí el sentido de sus palabras:

— Jamás veremos ese día, no puede traer sino mala suerte y mal de ojo de la parte de todos.

Mi madre supo por Rauia que había ido de verdad a la escuela coránica después del mediodía, ya que ella había entrado al porche y me había visto de lejos sin que yo me percatara de su presencia porque estaba absorto en la lectura de la tablilla. Vio que estaba perfectamente a pesar del ruido. Esto pasó después de que yo hubiera dicho que me dolía la cabeza. Cuál fue mi alegría cuando algunos de mis compañeros me dijeron por la tarde que la mayoría de los alumnos habían faltado a la escuela después del mediodía. Aquello me produjo una sensación de indiferencia, de seguridad y de tranquilidad, como si me hubiera librado de una carga pesada. Tal como iban desarrollándose los acontecimientos en la ciudad, todo apuntaba a que la escuela de los franceses sería cerrada, lo cual se llevó a cabo transcurridos unos días. Por consiguiente, dejó de ser obligatorio acudir a la escuela.



7

La gente del barrio se reunía habitualmente delante de la puerta de sus casas todas las tardes al volver de sus trabajos. Hablaban y hablaban hasta medianoche. Se intercambiaban noticias sobre los nacionales, comentaban el número de muertos y los combates, lo nuevo y lo que habían visto. Nosotros los niños intentábamos poner el oído y empaparnos de lo que decían y comentarlo a nuestra manera como quienes se interesaban por las cosas de los mayores.

Entre esas noches en las que todos los vecinos del barrio estaban excitados, noches de luna llena, se extendió entre la gente la idea de que la imagen del rey Mohammed V²⁴ se veía claramente sobre la luna, bastaba con mirar para verla. Todos, niños, mujeres y hombres, subíamos a la terraza de la casa y la buscábamos con nuestra mirada. Uno de los mayores dijo:

— Mirad, mirad, la he visto, es inconfundible, lleva puesto el sombrero nacional.

24. 1909-1961. Sultán marroquí, perteneciente a la dinastía alauí, gobernó con ese título desde el año 1927 a 1953 y con posterioridad adoptó el de rey. El 20 de agosto de 1953 fue obligado a partir al exilio junto a su familia por los franceses a causa de su apoyo al movimiento independentista. Primero fueron llevados a Córcega y en enero del año siguiente a Madagascar. El 16 de noviembre de 1955 regresó del exilio. Durante su ausencia, las fuerzas del Protectorado pusieron como rey a su pariente Mohammed Ben Arafa. Marruecos se independizó finalmente en 1956.

La señora Mina añadió:

— Dios todopoderoso, es él, alabado sea Dios, Dios es grande y todopoderoso, Dios lo quiere y vela por él.

Mientras tanto, yo miraba fijamente y no apartaba mi vista de la luna, no veía nada de nada, ni una mínima semblanza de la imagen, y eso que miraba bien. Aquello fue un fracaso para mí, me llevé una gran desilusión, no podía ver al rey. Entonces, dije a mi padre:

— Yo, por mi parte, no veo nada.

Y seguí diciendo:

— ¿Cómo va el rey, qué lleva puesto?

Me respondió:

— Lleva chilaba y fez.

Mientras todos miraban a la luna y afirmaban ver la figura del rey, todo su cuerpo, se empezaron a oír ráfagas de tiros que brillaban a lo lejos. Entre nosotros se oía perfectamente el ruido, así que nos dirigimos rápidamente hacia las escaleras de la terraza para bajar, uno detrás del otro.

Pasaron unos cuantos minutos y se oyeron golpes repetidos y fuertes en la puerta de la casa. Al abrirla, se colaron unos soldados armados hasta los dientes y algunos de ellos entraron en las habitaciones y se pusieron a removerlo todo buscando no sé qué y a pedir a todos los que estaban allí que se identificaran. Permanecí clavado al suelo detrás de mi madre hasta que me pidió que me fuera a la cama y cerrara los ojos. Apoyé mi cabeza sobre la almohada tranquilamente mientras la oía repetir para que quien quisiera oírla, lo hiciera:

— Solo eres un niño pequeño, no tienes qué temer, vete a dormir.

El pánico se apoderó de todo el que estaba en la casa, Dauia gritaba de pie delante de su telar, apartada por miedo al soldado que se encontraba delante de su habitación, mientras que el señor Aiad la tranquilizaba. La señora Hanía, que había colocado a uno de sus pequeños sobre su espalda y al otro entre sus manos, y además estaba embarazada de ocho meses, repetía sin parar:

— Dios, Dios, ¿qué hemos hecho?, ¿qué hemos hecho mal? Esto no puede traer nada bueno a los siervos de Dios.

Su marido, el señor Mubarak, el curtidor, había cogido por la mano a su hijo mayor y con la otra levantada, indicaba que se entregaba. Al mismo tiempo, Rauia, tranquila, esperaba delante de su habitación, a la que había entrado un soldado para registrarla. Durante el tiempo que duró la inspección en la planta de abajo, otros soldados lo hacían en la parte de arriba.

Un silencio sepulcral se apoderó del lugar, tan solo se oían las conversaciones de los soldados entre ellos, pedían que se les abrieran las cajas que solo contenían ropa vieja y objetos sin valor. Después de poner patas arriba las camas y no encontrar nada, comenzaron a retirarse, nunca supe qué buscaban ni qué había provocado su cólera.

Cuando salieron, los vecinos se reunieron en el centro de la casa conversando y preguntándose entre ellos por lo que había ocurrido y qué andaban buscando. Mi padre, que tenía bastante valor, les respondió:

— Buscan armas o a algún nacional que se les habrá escapado.

Siguieron hablando todos mientras que las mujeres se ocupaban de poner en orden las cosas que habían descolocado o roto por todas partes. Mi padre volvió a la habitación y mi madre, insistente, se dirigió a él en estos términos:

— De la que nos hemos librado gracias a Dios. Si hubieran visto la bandera que hay debajo de la almohada del niño y la foto del rey que está debajo de la máquina de coser, ¿qué hubieran hecho, qué hubiera pasado?, te hubieran llevado con ellos, imbecil.

Él, que estaba pensativo, le respondió:

— Gracias a Dios, no han visto nada.

Al oír que la foto del rey estaba en la habitación debajo de la máquina, me fui directo a ella para verla y mi madre me prohibió que la volviera a guardar. No me quedé tranquilo hasta que no la miré bien. Era la primera vez que lo hacía. Después de esto, mi madre dijo dirigiéndose a mi padre:

— Llévate lejos de mí esto, pártela en trocitos, también esta bandera, y deja mi casa en paz.

— Deja la foto en donde estaba y pon la bandera debajo de la almohada, tranquilízate, mujer.

Por lo que hablaron y comentaron, comprendí que la bandera y la foto eran las armas destructivas que temían los franceses _quienes estaban dispuestos a castigar a quien las tuviera_ y que eran suyas. Recuerdo que la tarde del día siguiente, vi con los vecinos, sobre la terraza, la foto del rey con claridad en la luna. Estaba seguro, la foto se había quedado grabada perfectamente en mi imaginación y la veía realmente mientras miraba la luna.

No podía conciliar el sueño, estaba pendiente de la conversación de mis padres, que sin duda, esperaban a que me durmiera. Se cansaron de esperar, así que al instante, mi padre me dijo:

— Vete con Rauia si no puedes dormir.

Pero mi madre le interrumpió:

— ¿Acaso Rauia es su madre?, ¿qué pasa, que no tiene donde dormir?

Al final, mi madre cedió a los deseos de mi padre y me fui corriendo a abrazar a Rauia, quien estaba seguro esperándome. Solo llamé una vez y ella se incorporó y abrió en seguida. Luego cerró la puerta con cuidado y me abrazó:

— ¿Por qué hace tanto tiempo que no vienes a dormir conmigo?

Le respondí:

— Mi madre no me deja.

En un minuto, Rauia se desnudó y se puso a mi lado, me quitó la camisa y los pantalones y le dije con insistencia:

— Anda, cuéntame un cuento nuevo.

Ella me respondió con mimos y coqueteos:

— De acuerdo, gran señor, de acuerdo, señorito, con muchísimo gusto.

— Hoy voy a contarte un cuento que nunca he contado a nadie.

— ¿Cómo se llama?

— El príncipe pequeño y el árbol cuyas manzanas eran de oro.

Y Rauia comenzó a contarlo:

— Érase una vez, éranse la albahaca y la azucena en el regazo del profeta, que Dios lo bendiga y lo salve. En el palacio de un rey, había un árbol cuyas manzanas eran de oro. Un día, observó que había menos manzanas en el árbol y se dijo: ‘esto es porque hay alguien que viene a robar las manzanas de vez en cuando, quiero saber quién es.’

Cuando anocheció, se escondió tras el árbol del palacio y allí pasó la noche hasta que llegó el alba. Entonces vio a un pájaro llegar cuyos ojos estaban iluminados y lo deslumbraba, sus alas batían y sus plumas eran de oro. Se posó en el árbol, cogió una manzana y salió volando. Mientras se alejaba en el cielo, su luz se iba perdiendo.

Por la mañana, el rey llamó a sus tres hijos y les contó lo que había visto con sus propios ojos al alba. Ahora, él les pedía a ellos que le trajeran a este pájaro. Les dijo que a quien lo trajera, le daría la mitad de su reino y que sería rey cuando él muriera.

Al anochecer, el príncipe de mayor edad permaneció escondido detrás del árbol de las manzanas vigilando. Esperó pacientemente a que viniera el pájaro y atraparlo, pero le venció el sueño y entonces, llegó el pájaro y cogió la manzana de oro.

Al día siguiente, le tocó el turno al segundo príncipe en edad y le pasó lo mismo que a su hermano mayor. Llegó entonces el turno del príncipe más pequeño y este se escondió, pero no se quedó dormido. Cuando amaneció, vio la luz ante él y trepó al árbol poco a poco mientras que el pájaro se posaba sobre él para coger una manzana. El príncipe extendió sus brazos para atraparlo, pero se le escabulló de las manos, solo cogió una de sus plumas.

El príncipe se fue a donde estaba su padre por la mañana y le dio la pluma del pájaro. Cuando el rey vio la pluma, se quedó maravillado, la cogió con sus manos y la puso en una caja.

Pasaron muchos días y entonces, el rey quiso ofrecer un regalo a un rey como él que gobernaba en un país lejano. Al abrir la caja, encontró la pluma que brillaba entre los diamantes y los corales. El rey estaba maravillado. Llamó a sus tres hijos y les dijo: ‘quiero que me traigáis al pájaro de oro. ¿Cómo lo veis?’

Los hermanos mayores tuvieron envidia de su hermano pequeño cuando este le dio a su padre la pluma de oro y al salir del palacio, los dos emprendieron juntos el camino y el hermano pequeño por separado. El príncipe pequeño empezó a buscar y a remover cielo y tierra hasta que llegó a un camino en el que había una trifurcación. No sabía por dónde seguir, pero pronto, se decidió por el segundo camino. Al cabo de un rato, empezó a sentir que su caballo tropezaba.

Bajó del caballo y este se tumbó en el suelo de repente. Le dio un puntapie a ver si se levantaba, pero estaba muerto.

El príncipe pequeño se puso triste por su caballo. De repente, sintió que alguien venía por detrás y cuando se dio la vuelta, se encontró con un lobo que le decía: ‘no tengas miedo, alégrate porque se te haya muerto el caballo, sé todo sobre ti, tus hermanos te han precedido en el camino que se trifurca. Cada uno de los tres caminos llevaba una señal en la que hay escritas unas palabras. En el primer camino, había escrito ‘pasarás hambre y sed’, en el segundo, la señal ponía ‘tú vivirás y tu caballo morirá’, y en el tercero, ‘tú morirás y tu caballo vivirá’. Los dos quitaron las indicaciones para que tú no llegaras hasta el pájaro de oro y ahora, yo soy tu servidor.

El príncipe pequeño se alegró y le dijo que lo llevara hasta el lugar en donde estaba el pájaro. Entonces, el lobo le dijo: ‘este pájaro está en una jaula hecha de perlas y oro que está colgada en el jardín de un rey’.

Mis párpados se cerraban, tenía sueño, pero siempre que oía la palabra ‘rey’, me despertaba. Rauia se percató de ello y prefirió parar de narrar el cuento para no perder el tiempo. Los sucesos acaecidos en la casa nos habían consternado bastante, así que lo dejó para el día siguiente, eso fue lo que prometió.

Volvimos a jugar al juego cuyas normas conocía muy bien. A pesar de que, como la primera vez, sentía también miedo y temblaba, comencé en seguida a sentir una tranquilidad y un calor en todo mi cuerpo que me calmaron, llegando a sentir un gozo inmenso.

Rauia tenía un cuerpo grande, su piel era blanca y su pelo largo le cubría su espalda. Cuando se lo echaba hacia adelante, llegaba casi hasta sus muslos y cubría sus pechos y su vientre. Siempre que me paraba ante sus muslos, cogía su pelo y tiraba de él con fuerza. Ella inclinaba su cabeza hacia mí y no se quejaba del daño que le hacía al tirar de él mientras disfrutábamos del juego.

Y cuando repetimos el juego del avión, me caí con ímpetu y adrede sobre su vientre para coger sus pechos con toda la fuerza que pude. A pesar de ello, encontraba en todo lo que hacía un placer sin igual y eso me hacía feliz. Cada vez que veía una sonrisa de satisfacción en sus labios, continuaba jugando, me echaba como quería sobre su delicado cuerpo y yo me movía por él mirando sus ojos del color de la miel en los que todo era hermoso y atractivo. Sentía sus curvas sobre mí mientras ella me seducía y me besaba por todas partes, unas veces con delicadeza y otras con brusquedad. Mi cariño y mi pasión por ella se hacían más intensos.

Esta era la Rauia de los sueños, la de las noches en vela y la de las bromas.

No sé cuando me quedé dormido, solo supe que por la mañana me desperté sobre los pechos de Rauia y la vi dándome besos y acariciándome. Me di cuenta de que estaba vestido y ella desnuda. No tardó en ponerse su vestido y salió a recibir el nuevo día. Era como si tuviéramos miedo a ser descubiertos, y eso que los niños no suelen tenerlo.

8

Transcurrió un mes desde que tuvo lugar el violento registro por la noche en la casa. La presión del control al interior del barrio había ido en aumento, los soldados franceses volvieron a hacer inspecciones, lo cual provocó otra vez el pánico entre la gente. Era el mismo miedo y temor que se apoderó de ellos la primera vez, aunque ahora era peor, ponían más celo en los registros. Hablaban con el representante del barrio en el centro de la casa, quien había subido a la planta superior con tres soldados. Era evidente que no estaban preocupados por el registro, sino que habían venido para otra cosa, arrestar al señor Abdelkader, el hijo de la señora Mina. Lo habían sacado de su habitación, lo habían bajado custodiado por ellos y, en la parte de abajo, le habían atado las manos a la espalda y lo habían empujado hacia adelante. En un instante, la voz de la señora Mina sobrecogió la casa, gemía y mostraba su dolor delante de la balaustrada, repetía sin cesar yendo y viniendo:

— ¡Dios, hijo mío, Dios!, ¿qué has hecho?

Todos los vecinos rodearon a la señora Mina intentando tranquilizarla mientras ella golpeaba sus muslos y seguía gritando de dolor.

El señor Abdelkader era uno de los jóvenes del barrio que había sido arrestado, era alguien muy educado _esto era lo que yo oí decir_, no perdía el tiempo con nadie, tampoco trasno-

chaba, iba siempre callado y mirando al frente, salía en silencio, nunca se le oía hablar, era raro que mediara alguna palabra con los vecinos, huía del ruido de los niños pequeños, también de las constantes disputas que tenían lugar entre las mujeres, tanto dentro de la casa como fuera de ella. Le gustaba leer libros y, de vez en cuando, le oía recitando versículos del santo Corán. No sabía en qué trabajaba, pasaba la mayor parte del día en su habitación y no salía hasta que llamaban a la oración de la tarde. Las mujeres se dirigían a él con educación y admiración y cada vez que se preguntaban entre ellas por su oficio, la más seria de ellas respondía orgullosamente levantando las cejas:

— No tiene trabajo, se ocupa del cuidado de las tierras y las posesiones de su padre que en paz descanse.

Lo veía siempre comportándose de forma muy educada, ensimismado, preocupado por vestir bien, cambiaba su chilaba de vez en cuando y llevaba un fez, un chaleco y una túnica con botones hasta la cintura que eran de una gran elegancia. Despertaba mi curiosidad y esto hacía que le preguntara a mi madre cuándo me haría una ropa como la suya. Ella me respondía:

— Cuando crezcas y seas como él.

Yo le decía todo orgulloso:

— Pero si ya he crecido, mira.

Al mismo tiempo, alargaba mis manos y cerraba el puño para que viera mis músculos y lo fuerte que era. Así le mostraba que había crecido. Luego, seguía:

— Seré tan fuerte como Mulay Hassan Kuminu.

No encontré otro al que pareciera más que a Mulay Hassan Kuminu, el héroe legendario del barrio de la Zauia Abbasía al que nos gustaba rememorar gritando su nombre cada vez que pasaba alguien subido en su vieja bicicleta por medio de la calle

de Suiqa. Sobre él se contaban historias y leyendas increíbles que describían su gran valor enfrentándose a los peligros y la fuerza que le caracterizaba. Se decía que se había expuesto a una muerte segura cuando actuó con coraje y rescató a un grupo grande de colegas al caer una bomba terrible que le hizo perder su pierna derecha. Pero también podía arrojarse con su pierna ortopédica, encontrarse con los soldados y matarlos a todos juntos.

Cuando enseñaba los músculos de mis brazos, Rauia me miraba y sonreía, ella también deseaba que fuera mayor de verdad.

Todo lo que rodeaba al señor Abdelkader era misterioso, pero excitante. Daba pie a comentarios de todo tipo y también supuso para los habitantes del barrio un tema de conversación que daba para mucho rato. En realidad, su detención fue una de las mayores cosas que les había sucedido.

El ambiente se calmó cuando todos dejaron de hablar y la gente supo a ciencia cierta que el señor Abdelkader formaba parte del grupo de los nacionales. Mi padre insistía una y otra vez en que pertenecía a la resistencia y que por eso buscaban armas. En cuanto a la señora Mina, juraba por Dios que su hijo no tenía ninguna relación con los nacionales ni con la resistencia, y afirmaba:

— Mi hijo va a lo suyo, no sale nunca de casa.

Ella sabía de más lo que se traían entre manos él y algunos de sus amigos cuando venían a verlo, ya que prestaba atención de vez en cuando a lo que hablaban.

Pasaron algunas semanas y nadie sabía dónde se encontraba el señor Abdelkader, su madre siempre estaba a las puertas de la comisaría central, luego se trasladó a las puertas de la cárcel de Bulemrahez, pero nadie le informaba del paradero de su hijo.

Se extendió la noticia de que había sido transferido a un lugar desconocido, lejos, en el Sáhara, y allí –decían– sería juzgado pronto y condenado a muerte. Todos los detalles, las noticias y el tipo de fuentes que circulaban apuntaban a ello. Las habladurías y los cuchicheos que se oían por aquí y por allí sobre el asunto parecían ciertos.

El señor Abdelkader se convirtió en una leyenda en el barrio, todos se enorgullecían de su nombre, en torno a su figura se fue formando un halo de admiración y de grandeza. Se decía que a veces se valía de un hombre ciego para llevar una cesta en la que había una pistola y que nada más emplearla, la volvía a poner en su sitio y emprendía el camino con toda tranquilidad. Otras que se valía de un niño y otras que una anciana le ayudaba. En todos los ataques que había conocido la ciudad desde que empezaron los sucesos, había intervenido el señor Abdelkader. Todas las circulares que se distribuían eran escritas por él durante la noche y aprovechaba el momento de ir al baño público, a donde iban muchos hombres, para ir y encontrarse con aquellos que estaban preocupados por el tema. Además de todo esto, sabía muy bien cómo pasar desapercibido. Podía disfrazarse de mujer, anciano, policía, soldado o agricultor.

Algunas de estas cualidades que le caracterizaban eran realmente ciertas y por eso la gente se preguntaba cómo fue posible que los franceses dieran con él y lo atraparan tan fácilmente. Una persona decía:

— Lo han sorprendido mientras dormía y no ha podido coger su arma.

Esto significaba que cuando fue arrestado, dieron con las armas escondidas.

Otro asentía seguro de lo que decía:

— Claro que sí, cajas y cajas.

La noticia corrió como la pólvora y dio pie a que se crearan historias nuevas que daban rienda suelta a la imaginación.

Por mi parte, solo me preocupaba la señora Mina al regresar de su ir y venir buscando a su hijo en las estafetas de la policía o en los centros de detención. Nada más volver, se ponía a contar lo que le había sucedido, sus temores y sus angustias. Contaba que un hombre la había tranquilizado diciéndole que el señor Abdelkader todavía estaba con vida, que estaban a punto de saber donde se encontraba y que entrarían en contacto con él. Y añadía:

— El que me ha dicho esto es uno de esos que ya sabes.

Ella quería decir ‘los nacionales’.

Los vecinos, la gente cercana y la familia expresaban su afecto a la señora Mina, mucho más la gente de dentro que de fuera de la casa, todos traían alguna noticia y ponían ante el umbral de la puerta de su habitación uno o dos panes de azúcar para mostrarle su solidaridad.

El arresto del señor Abdelkader, además del registro de la primera noche y la visión de la figura del rey, abrieron mis ojos a la realidad. No podía asimilar todas estas cosas, los hechos pasaban y seguían pasando muy rápido. Intentaba que todo lo que empezaba a vivir y las noticias que oía relacionadas con los sucesos no se me olvidaran, las repetía queriendo saber lo que significaban palabras como ‘destierro, Madagascar, junio, combatiente, Rabat, París, Francia, Residente General, amor’. Quería saber también cómo nacían los niños y qué ocurría cuando un hombre y una mujer se acostaban juntos en la misma cama.

Rauia se acostumbró a que durmiera a su lado, lo cual no despertaba los recelos de nadie, ya que la relación era natural

y se iba consolidando con el consentimiento de mi madre que hacía ver a todos que yo era su niño mimado a quien cuidaba, le daba todo el cariño del mundo, le prestaba toda su atención y le daba todo lo que quería, más y mejor de lo que ella tenía.

9

La habitación de la señora Hanía se llenó de mujeres que venían acompañadas de la esposa del curtidor. Esto fue la primera noche después del arresto del señor Abdelkader. Todos repetían ‘tú nos librarás de las dificultades’ cuando empezaron los gritos. Ella sentía cada vez más dolor, eran dolores de parto, estaba a punto de tener su cuarto hijo. El tono de su voz subía y bajaba por momentos:

— ¡Santo Belabbás, consuelo de las almas!

— Tú, que estás cerca de Dios, cuida de esta sierva buena.

Un grupo de niños saltaba y jugaba en el centro de la casa, se cogían unos a otros. Los hijos del curtidor eran los más traviosos, los que más alboroto y ruido hacían.

Observé que a Rauia no le preocupaba la situación de la señora Hanía, que aquello no le incumbía ni de cerca ni de lejos, a causa de la mala relación que mantenía con ella. Discreta y tímidamente, le dijo a mi madre que se encargaría de mi cena y de lo que hiciera falta mientras que ella iba a donde estaba la señora Hanía para ofrecerle su ayuda en el parto y en los preparativos necesarios para recibir al recién nacido.

Después de cenar fideos gordos, una especie de macarrones pero más pequeños, con su guarnición y con azúcar, Rauia cerró la puerta para que así no llegaran los gritos de la señora Hanía a nuestros oídos y, acto seguido, me preguntó para probarme:

— La señora Hanía va a dar a luz ya. ¿Sabes por dónde saldrá el niño o la niña?

Le respondí sin pensármelo dos veces señalando el sitio y con la misma espontaneidad de mi respuesta, ella se quitó el vestido, se abrió de piernas ante mí y luego se sentó a la turca:

— Vamos, ven y mira de verdad por dónde sale el niño.

La miraba fijamente a los ojos más que a cualquier lugar y ella me explicaba aquello que entre la gente era tabú. En realidad, todo lo que decía o mostraba, lo hacía de forma natural y sin tapujos aunque había algo en su interior que le hacía sentir que estaba prohibido hablar de ello, así que llegó un momento en el que ya no podía ir más lejos y entonces, intentó salir del apuro. Esto fue lo que yo comprendí más tarde.

Me llevó hacia ella y me estrechó en sus brazos.

Volvió a bromear conmigo, cogió mi pene que no era sino carne, empezó a frotarlo con su mano y a tirar de él. Me preguntó:

— ¿Te acuerdas cuándo te circuncidaron?

Me puse a recordar el momento como si lo estuviera viendo y le respondí:

— Ya hace tiempo.

No olvidaré aquel día, tenía entre cuatro y cinco años, esos son los primeros momentos de mi historia que recuerdo con claridad. Levanté mi cabeza para mirar al pájaro que volaba y se escondía, pero no logré verlo. Yo estaba sujeto por las manos de un hombre que descubrió mis partes íntimas y, entonces, el barbero cortó con unas tijeras el prepucio y me puse a pegar gritos pidiendo auxilio. Intentaban calmarme con todo tipo de tretas y me decían de todo para consolarme. Más tarde comprendí que no eran de verdad.

Era el día del Aid, así que me puse el fez, la chilaba y las zapatillas. La capucha de la chilaba se fue llenando con muchos reales que guardé mientras tuve cubierto el pene con una venda blanca que quitaban de vez en cuando y volvían a poner otra vez.

Todavía guardo la imagen de cada uno de los que estaban en el sitio, veo sus movimientos y oigo sus comentarios, mi tío y mi tía maternos con sus hijas, las esposas de mis tíos paternos y sus maridos respectivos.

Cada vez que uno de ellos me llamaba, me daba un real y me decía:

— Toma un real, ya eres un hombre.

Los tamboriles retumbaban y se mezclaban con la voz de mi tía materna que repetía:

— No circuncidaré a mi hijo hasta que su tío venga aquí donde estoy, lo mime con su dinero y lo coja entre sus brazos. Ten cuidado con él, barbero, que tienes a mi hijo entre tus brazos. Que Dios te bendiga y te salve, profeta de Dios, mi hijito está bajo tu protección, profeta de Dios.

No había duda, todo giraba en torno a mí en esta fiesta, ser el centro de todas las atenciones es lo que me hizo recordar los detalles de aquel día, incluso los más insignificantes, hasta el día de hoy. Después de contar a Rauia el día de la circuncisión, volvió a frotar mi pichita, pero yo le dije que no quería ni bromas ni juegos y entonces ella, que esta vez no me contó ningún cuento nuevo sino que terminó el que había empezado, me preguntó sin más:

— Dime, ¿dónde llegamos en el cuento? Recuérdamelo.

Le respondí:

— Cuando él le dijo: ‘ese pájaro está en una jaula hecha con perlas que está colgada en el jardín de un rey’.

Se dirigió a mí sin ganas:

— Vale, vale, ya está.

Después de haberse acomodado otra vez sobre la cama conmigo a su lado, cogió mis manos, las puso en sus pechos y mi hermosa cuentacuentos terminó de contar el cuento:

— Ahí vamos, señor. Érase una vez, éranse la albahaca y la azucena en el regazo del profeta, que Dios le bendiga y le salve. Esta jaula estaba custodiada por unos guardianes que permanecían siempre vigilantes.

El lobo le llevó hasta el palacio y le dijo: ‘aquí tienes el palacio en el que está el pájaro, pero ten cuidado con los guardianes, vigilan noche y día, presta mucha atención cuando vayas a coger la jaula’.

Cuando el príncipe pequeño llegó al sitio a donde estaba el pájaro, lo cogió de la jaula, pero la belleza de esta lo sedujo y no pudo coger al pájaro sin dejarla.

Al coger la jaula del árbol, los guardianes se percataron de que estaba allí, le atraparon al instante y le llevaron ante el rey, quien le dijo: ‘¡eres un ladrón!’.

Entonces, el príncipe pequeño le contó su historia y el rey le dijo: ‘si hubieras venido ante mí, te lo hubiera dado, no hubieras tenido que venir a robarlo. Ahora, si quieres que te lo dé, tráeme un caballo que tenga los dientes de oro y que sea único en el mundo’.

Los guardianes soltaron al príncipe pequeño en un santiamén y este fue a donde estaba el lobo y le contó lo sucedido con el rey y los guardianes. Como el lobo sabía el lugar en donde estaba el caballo, le condujo a él.

El caballo estaba en un lugar del palacio hecho de hierro y con muchos guardianes. El lobo le dijo: 'No tengas miedo, tienes que entrar ahora en el palacio. Los guardianes están durmiendo, encontrarás las cosas del caballo colgadas a su lado, son de oro también, ten cuidado al cogerlas no vaya a ser que los guardianes te atrapen.'

El príncipe pequeño se fue directamente a la habitación en la que estaba el caballo, lo cogió y salió con él. Cuando vio las cosas de oro colgadas, se las llevó igualmente.

En ese instante, se levantaron los guardianes, le atraparon y le condujeron ante el rey. Le contó lo ocurrido y el rey le dijo: 'Ahora te daré el caballo a condición de que me traigas a la princesa Ghalia, la mujer más hermosa del mundo, no tiene parangón, aquella cuya belleza irradia tanta luz como la luna.'

El príncipe pequeño salió y volvió angustiado junto al lobo. Le contó lo que le había pasado con el rey y el lobo le dijo: 'La princesa Ghalia está muy lejos de aquí, si queremos llegar allí, tenemos que atravesar siete mares, siete montañas y siete desiertos.' Y continuó: 'Venga, basta de angustias, voy a ayudarte.'

El lobo se transformó en un gran pájaro, subió al príncipe pequeño sobre sus alas y cruzó siete mares.

Cuando se acercaron a las montañas, el lobo se transformó en un caballo para poder atravesar las siete montañas.

Y cuando habían atravesado las montañas y estaban cerca del desierto, el lobo se transformó en un camello para poder cruzar los siete desiertos.

Al terminar de cruzarlos, encontraron un palacio que estaba rodeado de árboles de todas clases.

En el centro del palacio, estaba la princesa sentada disfru-

tando de aquel día. Llegaron a donde ella estaba, la raptaron y regresaron sanos y salvos.

Marcharon a donde estaba el rey que quería a Ghalia, pero al príncipe pequeño le había gustado Ghalia y pidió al lobo que le ayudara a mantener escondida a la princesa.

Y en un abrir y cerrar de ojos, el lobo cogió a Ghalia y puso en su lugar a otra con su mismo rostro. Se presentaron ante el rey y cuando él les vio trayendo a la princesa Ghalia, les entregó el caballo y tomó a Ghalia como primera esposa.

El principito cogió el caballo y se fue al lugar en el que había escondido a la verdadera Ghalia. Emprendieron el camino y, al darse la vuelta para mirar, vio al lobo que iba caminando a su lado hacia la corte del segundo rey, el dueño del pájaro de oro. El príncipe pequeño no quería darle el caballo, así que pidió al lobo que le ayudara.

Entonces, el lobo escondió a Ghalia y al caballo y él mismo se convirtió en caballo. El rey se alegró al verlos, le dio el pájaro y cogió el caballo. El príncipe pequeño salió del palacio con el pájaro y se fue al lugar al que estaban el caballo y Ghalia y subieron sobre el caballo con el pájaro.

Antes de emprender el camino, se dio la vuelta y vio al lobo que se reía y decía:

— Que Dios te proteja, señor, siempre estaré a tu servicio.

El príncipe pequeño se marchó hacia su país y cuando llegó a la trifurcación, encontró a sus hermanos, se paró y bajó.

Cuando los hermanos vieron el pájaro, sintieron odio hacia su hermano, porque ocuparía un lugar privilegiado junto al padre y eso a ellos no les gustaba nada de nada. Así que decidieron atacar a su hermano pequeño. Lo llevaron a un árbol y le ataron allí, cogieron a la princesa, al caballo y al pájaro y se presentaron

ante su padre como si ellos hubieran hecho todo. El padre se alegró al verlos y cuando les preguntó por su hijo pequeño, le dijeron:

— Ha muerto.

Pasaron tres días y el príncipe pequeño continuaba atado al árbol, pero finalmente, el lobo se presentó allí y se puso a pensar. Lo encontró extenuado y cansado, le trajo agua para que bebiera y le llevó comida. En definitiva, cuidó de él hasta que recuperó las fuerzas y luego se puso en camino hacia el palacio de su padre.

Al llegar, vio luz y oyó cantos en el palacio. Nada más entrar, su padre lo reconoció, se levantó, fue hacia él y le abrazó. Sus hermanos, al verlo, de la sorpresa, cayeron a tierra.

Cuando la princesa vio al príncipe pequeño, se puso en pie y se fue corriendo para abrazarlo.

El príncipe pequeño contó todo a su padre, le dijo todo lo que había ocurrido. El rey se levantó y ordenó que degollaran a sus hijos mayores, pero el príncipe pequeño pidió a su padre que les perdonara y el padre les metió en prisión.

Le dio a su hijo el caballo y él se quedó con el pájaro de oro. Le entregó la mitad de su reino y le prometió que se convertiría en el rey después de su muerte.

Así fue como el príncipe pequeño se casó con la princesa Ghalia y él le abrazó y ella le abrazó.

Rauia pronunció la última frase, se giró hacia mí y me zarrandé para que no me quedara dormido porque mis párpados se habían desplomado. Y ella dale que te pego, pero nada, el único remedio que encontró fue hacerme cosquillas, lo cual hizo que me enfadara y levantara el tono de voz. Cuando la cosa se calmó un poco, ella misma me animó a que yo le hiciera cos-

quillas por todas las partes sensibles de su cuerpo, en las axilas, sobre las plantas de los pies. Me percaté que al tocar su cintura, saltaba y se retorció, sentía lo mismo que cuando le hacía cosquillas en los sobacos y sobre las plantas de los pies, así que me centré ahí.

Rauia ideó muy bien este juego que nos hacía movernos, nos juntaba y nos separaba, y también otras bromas. Siempre he pensado que era como una niña porque no se comportaba con la misma seriedad que las otras mujeres del barrio. Estas no se reían ni a la de tres, estaban reprimidas, siempre riñendo y todo el tiempo de cháchara. Era una niña joven, así era realmente, muy elegante, amable y sociable. Tenía un buen gusto a la hora de vestir y creaba cosas preciosas bordando. Recuerdo que era capaz de atender a todas las peticiones de los vecinos que querían que ella les bordara alguna cosa bonita.

Y estando así, se oyó una albórbola muy alta fuera de la habitación. Rauia saltó de un brinco y se puso el vestido, me puso la camisa y los pantalones y de un suspiro dijo:

- Eso es por la señora Hanía, ya la ha librado Dios de sus angustias.

Me pidió que siguiera durmiendo o que fingiera hacerlo y salió. Aunque había movimientos y agitación en la casa, me quedé dormido hasta la mañana del día siguiente. Habíamos dormido abrazados como la princesa y el príncipe.

10

El señor Mubarak, el curtidor, era una de las personalidades más sobresalientes del barrio, era, al mismo tiempo, chistoso y serio, hacía siempre comentarios jocosos, pero también tenía un carácter bastante fuerte, especialmente cuando hablaba con su mujer, la señora Hanía. La trataba mal y era violento con ella, lo cual hacía que le tuviera miedo y evitara todo lo que pudiera provocarle rencor o enfado, porque él no toleraba nada. Ella solía decir:

— Se ha convertido en fuego.

La señora Hanía no estaba de acuerdo con todas sus órdenes ni sus continuos enfados, pero cumplía lo que le decía que hiciera, aunque se volviera loca por ello. Las escenas violentas disminuyeron cuando su vientre empezó a hacerse más grande, es decir, mientras el embarazo. Cuántas veces acudieron los vecinos a salvarla de los palos que le propinaba el señor Mubarak el curtidor, no por nada, sino porque ella se atrevía a plantarle cara o porque no quería cumplir alguno de sus deseos. Él iba por la calle bamboleándose con su chilaba, su manera normal de marchar era mostrarse con orgullo delante de la gente, era cortés y serio cuando hablaba con los conocidos, pero también gracioso, estaba siempre contando chistes, hacía comentarios burlescos que producían risa, pero nada más entrar en casa, era otro, fruncía el ceño y ponía una cara de enfadado que no podía con ella,

se ponía a maldecir y a amenazar, descargaba entonces todas las desavenencias que traía con él de la curtiduría. Y cuando venía cargado, la enviaba a buscar algunas pieles que no se habían secado todavía. Mi madre se quejó más de una vez por las pieles que estaban extendidas en el centro de la casa, insistía a mi padre para que fuera y le pidiera explicaciones, pero sin éxito.

Él solía decir sobre eso:

— A quien no le guste, que se vaya a buscar otro sitio, que se vaya a vivir a otra parte, señora.

La respuesta no tardaba en llegar:

— ¿Cómo? ¿Esta casa, te la dejó tu difunto padre?

Entonces, él se levantaba y se ponía como una fiera y dirigía la palabra a quien le respondía:

— Así que vas a empezar a tocarme los cojones, te vas a enterar bien. No os paséis y manteneos distantes.

El ambiente de la casa no estaba siempre en calma, a veces discutían y otras veces eran todos amigos. Siempre había quejas e insultos que parecían que no terminaban nunca, pero también había reconciliaciones. Y cuando llegaba el momento de las alegrías y los júbilos, las aguas volvían a su cauce, como ocurrió cuando tuvo lugar la ceremonia en la que se le daba el nombre al recién nacido, al séptimo día de su nacimiento. En ella estaba presente el señor Mubarak, quien le puso al niño Ayub para que se mantuviera firme soportando las adversidades y las enfermedades de la vida. Conocía el nombre de nuestro profeta Ayub por un hadiz. Era uno de esos relatos que le había contado el narrador que se ponía en Bab Taghzut a quien escuchaba atentamente para luego volver a contar lo mismo pero a su manera.

Los preparativos para festejar la imposición del nombre al niño duraron bastante tiempo, de hecho, empezaron antes de

que la señora Hanía diera a luz, es decir, cuando llegó el cordero, el día en el que su marido vino cargado con él sobre sus hombros sudando a chorros. El zaguán, la larga entrada que había entre la puerta y el centro de la casa, se convirtió en un establo especial lleno de paja y cebada para el animal. Todo el mundo, y entre ellos el señor Mubarak, esperaba nervioso la mañana en la que sería degollado y se libraría de aquel estorbo que ningún vecino soportaba ya.

La familia del señor Mubarak y la de la señora Hanía se habían movilizado para preparar la comida de los invitados, colocar los colchones, los canapés y las alfombras que se habían pedido prestado y poner todo lo necesario en las bandejas para oír al grupo que tocaba y cantaba canciones tradicionales. Lo hacían con un talento excepcional, después de la oración de la tarde. La pasión que sentía el señor Mubarak por este tipo de música y de cantos era conocida entre todos. Él solía repetir este estribillo:

— Vamos, vela, te he preguntado,
responde a mi pregunta.
¿Qué te pasa por las noches que lloras
lo que llevas dentro mientras estás encendida?
¿Por qué lloras toda la noche?
¿Qué te ocurre, tú que preparas tu llanto
para toda la noche?

Estos momentos eran para el señor Mubarak de los mejores de su vida, eran los primeros balbuceos de su cuarto hijo, todo el mundo le llamaba para desearle que al niño le fuera todo bien en la vida y no le faltara de nada, y a él, en su alegría, solo le preocupaba su pobre situación económica y su miserable vida, por lo menos en aquellos momentos. Intentaba siempre que nadie se percatara de ello, se contentaba con lo que ganaba. No le

molestaba –aunque por dentro sí– el no tener una casa, así que vivía con los vecinos, tampoco el tener tantos hijos, estaba resuelto a tener al menos once, Dios ya proveería para cada uno.

La tarde de la celebración acabó como tuvo que acabar, eso era lo que repetían algunas mujeres. Fuera como fuese, cada uno de los inquilinos de la casa había puesto de su parte, con su amistad, con buenos deseos, con cariño o contribuyendo a los gastos, y eso que el señor Mubarak, aunque era chistoso con sus amigos, era un hombre que no transigía, tenía un carácter fuerte y solía decir palabras muy groseras que mejor no oír.

Cuando todos los invitados se retiraron, los que quedaban en la casa se pusieron manos a la obra, devolvieron las cosas prestadas a sus dueños y comenzaron a lavar los platos y el resto de recipientes. La voz del recién nacido retumbaba por momentos en el interior de la habitación. Estaba en los brazos de su madre, la señora Hanía, que no decía que no a quien quisiera cogerlo por unos instantes para que dijera lo bonito y lo afortunado que sería y luego le diera besos y le dijera palabras dulces. La madre del señor Mubarak era una mujer muy despierta, lo había organizado y supervisado todo y, sin duda alguna, el cansancio había acabado con ella, ya no era capaz de seguir trabajando. Al ver que Ayub seguía y seguía llorando, todavía tuvo tiempo para cogerlo entre sus brazos, apartarse a una esquina de la habitación y cantarle una nana:

— Ea mi niño, aquí tienes el chupete
Déjame, señor Ayub, mecerte
Te he mecido y las palomas han volado
Se han posado en la cúpula de Sidi Belabbás
Este señor Ayub
Es como la miel en el vaso
Duérmelo

Hacía más de nueve meses que arrestaron al señor Abdelkader y no había noticias suyas. Las esperanzas de su madre, que pasaba todo el tiempo llorando, se desvanecían, pedía a Dios que le protegiera, le diera fuerzas y le devolviera sano y salvo.

El barrio de la Zauia Abbasía se convirtió en un cuartel militar, más fortificado que nunca. Todos sus rincones fueron tomados por los gumías, los soldados senegaleses y los hombres de El Glaui, lo mismo ocurría en todos los barrios de la ciudad. Se dedicaban a registrar minuciosamente a la gente que pasaba por la calle buscando armas. Por la tarde, cuando volvían del trabajo los hombres, empezaban a circular noticias de asesinatos, arrestos y explosiones de bombas por aquí y por allí. El número de víctimas era muy elevado. Este tipo de noticias, dadas todas juntas –y de forma habitual desde hacía ya tiempo–, dejaron de circular, porque llegaron a un extremo tal que se convirtieron en algo casi ofensivo. Solo con oírlas, provocaba en nosotros, los niños, curiosidad, no había duda de que los combatientes que las protagonizaban se parecían al señor Abdelkader, y quizás él mismo los estuviera apoyando desde el campo de concentración en el que estaba. Además, se había corrido el rumor de que era probable que hubiera huido de la prisión y se hubiera unido al Ejército de Liberación en el Sáhara.

Empecé a descubrir otros lugares fuera del barrio. Salía de

él con un grupo de amigos en dirección a diferentes sitios, alejaba de mí los fantasmas del miedo que me tenían paralizado. Cuando caminaba solo, me daba pánico hasta de mi sombra, pero al ir con ellos, me envalentonaba. Las noticias de crímenes y otros sucesos acaecidos en la ciudad, alimentaban mi temor. Nuestra primera aventura fue bajar y descubrir las canalizaciones subterráneas de agua que están en Bab Dukkala y nadar en sus aguas claras en compañía de un montón de niños y de jóvenes del barrio. Aquello me fascinaba y me producía tanto placer que esta primera aventura fue como si hubiera nacido de nuevo. Le siguieron otras salidas para nadar, pero al río Tansift.

En el verano, hacía mucho calor en Marrakech, y por eso, íbamos a sumergirnos en los canales o al río Tansift. Por el contrario, el frío intenso del invierno hacía que estuviéramos encerrados. Esperábamos que lloviera para ponernos junto a las brasas. Al llegar las primeras lluvias torrenciales, corríamos a quitarnos la ropa y nos quedábamos en calzoncillos, salíamos a correr desnudos como lobos con el deseo de empaparnos con la lluvia. Esto de correr bajo un torrencial de agua cuando era niño, me producía mucho placer, y luego, ¡me sentía tan bien! Lo curioso es que nunca nos acatarrábamos.

De forma espontánea, se iba formando un grupo grande que afrontaba las hostilidades del tiempo. A su vez, se iba dividiendo en otros más pequeños dentro del barrio, dependía de la situación de las callejuelas, los lazos familiares a veces, el equipo de fútbol del que uno era o, sencillamente, la forma de organizarse.

Cada vez que abandonábamos el barrio, lo hacíamos solidariamente y bien organizados, resueltos a hacer frente a cualquier hostilidad. Defendíamos a aquel de nosotros que sufriera algún tipo de agresión, guardando así el honor del barrio.

Aclararé qué entendíamos por guardar el honor del barrio cuando alguno era agredido. Se trataba nada más y nada menos que de agresiones sexuales premeditadas. Seré más claro, me refiero a la violación que sufría algún niño por parte de un grupo, lo que se conocía en los barrios de la ciudad como ‘la vacunación’, era la humillación más grande que alguien del barrio podía sufrir, porque la desagradable noticia corría como una bala por todas partes y se decían cosas bastante feas y deshonestas. Por eso era por lo que la solidaridad entre los niños del barrio era normal y casi se hacía por instinto natural. Era algo que había que asumir si se quería pertenecer y participar en las cosas que hacíamos juntos.

Esto es lo que explica el porqué salíamos del barrio en grupos y bien organizados para hacer frente a todo tipo de agresiones.

Las peleas entre los niños y los jóvenes del barrio no tenían parangón. La mayor parte de las veces, acababan muy mal, se daban palos y se tiraban piedras o se enfrentaban con las manos. Estos combates llegaban a su punto más álgido el día de la Achora²⁵ en el que se producían combates entre los diferentes grupos sin ningún motivo aparente, a no ser por la ocasión del momento. No entendía por qué teníamos que preparar trancas cuando se acercaba esta fiesta.

Además de preparar las terribles trancas, mi padre se obstinaba en comprarme un tamborcillo para que participara en el grupo de música del barrio con la intención de imitar los ritmos

25. Se trata de una fiesta que se celebra el día diez del mes lunar de Muharram, el primero del calendario musulmán. En Marruecos, se recuerda la obligación de dar limosna, aunque los protagonistas son sobre todo los niños a los que se les pone ropa nueva y se les ofrecen regalos (N. del T.)

de la música tradicional de Marrakech. Lo más importante y significativo del ambiente de estos días era el bullicio y el ruido. El número de prestidigitadores con sus largos sombreros, hechos de cartón y pintados de muchos colores, se duplicaba. Iban por todas las tiendas, una a una, y sus propietarios les agasajaban con unos cuantos reales. Nosotros hacíamos lo mismo y lo que sacábamos en un día, después de dar vueltas y vueltas en grupo, nos hacía ricos por algún tiempo.

Por la noche, encendíamos fogatas por aquí y por allí y veíamos cómo llegaban los jóvenes con tamborcillos, castañuelas y panderetas. Delante de ellos, iba Krinba el tendero, a quien nadie podía igualar tocando. Todos le obedecían, y cuidado con quien osara llevarle la contraria, lo primero que hacía era romperle el tamborcillo y luego, prohibirle que participara en el acto.

Las reglas eran bien claras, se empezaba haciendo un círculo a modo de cinturón con los músicos en medio de la primera plaza de Sidi Belabbás. En el centro se ponía Krinba, quien se movía y se dirigía al resto de los músicos con castañuelas. Controlaba a la perfección el ritmo africano. Entonces, empezaban los ensayos que duraban bastante tiempo y a medianoche, acudían los habitantes de la ciudad a Sidi Belabbás e iban colocándose en torno al gran círculo en donde estaban los músicos. Algunos preferían trepar al muro del cementerio y subir por la puerta lateral a la terraza del porche que cubría una parte del patio. Desde lo alto, había una vista magnífica que permitía distinguir perfectamente a los que participaban en el redoble de los tamborcillos.

La gente se movía al ritmo regular de los tamborcillos, eran unos toques que se sucedían a intervalos largos al principio, luego se intercalaban armoniosamente con toques de panderetas y

de castañuelas. Esto duraba un rato grande, y luego se le quedaba a uno una melodía como retumbando en sus oídos por largo tiempo, tatatá, tatatá, tatatá... Entre medias, se entonaban cantos:

— Empezamos en nombre del Misericordioso,
el Altísimo, lo más hermoso entre lo hermoso...
Gente de la Zauia, vengo a hacer la visita,
a encontrar a alguien eficiente
La entrada a su escuela coránica
Que Dios nos libre, que muestre sus dones, vamos
Estoy bajo la protección de la Zauia,
la Zauia de los creyentes
Venga, venid, venga, venid
¿Qué me pasa? Que Dios nos proteja.

Conforme la actuación iba avanzando, los toques de los tamborcillos, de panderetas y de castañuelas se hacían más intensos, se sucedía sin parar e iban en aumento. Y de repente, se levantaban los que estaban sentados sin dejar de tocar y la ceremonia entraba en su fase final con las palabras ‘venga, venga...’ Se veían a los participantes sudar y sudar, moviéndose como locos. Tenían miedo de perder el ritmo y de que el barrio perdiera así su buena fama entre los demás barrios.

Entre las costumbres más vistosas que se podían contemplar en esta última fase de la ceremonia estaba la armonía del final, se paraban todos en seco, no quedaba bien que ningún tamborcillo, pandereta o castañuela quedara tocando solo, lo cual significaba infringir las reglas y, por consiguiente, todos los esfuerzos que se habían hecho desde el principio quedaban invalidados. Si hubiera ocurrido esto, hubieran tirado al suelo sus tamborcillos con fuerza para que se hicieran trizas, mostrando de esta forma su enfado por perder el combate, y, en menos que

canta un gallo, la noticia se hubiera difundido como un rayo y hubiera supuesto una humillación. Por eso, entre los músicos y los espectadores, se solían decir previamente estas frases hechas:

— Cuidado con tirarlos – un poquitín más y... – gente noble de la Zauia – Si oigo que a los hijos de Bensalah y El Muasin se le han caído... etc.’

Todo esto se decía aunque no ocurriera, el propósito era que los chicos de la Zauia mostraran sus cualidades y se sintieran importantes.

Naturalmente, yo no estaba solo mientras veía el espectáculo por primera vez. Rauia me había llevado allí cogido de la mano para que no me alejara de ella y me perdiera entre la multitud o que alguien me agobiara. Ella siempre estaba dispuesta a acompañarme si había algo que me gustaba. Mi tiempo libre era un problema para mis padres. Traerme aquí era lo último en lo que pensaban y, además, a mi madre no le interesaban este tipo de espectáculos, por lo que no le molestaba en absoluto que Rauia se ocupara de mí cuando no estaba en la escuela en lugar de ella.

Los días de la Achora, el barrio se convertía en una batalla campal, se oían explosiones y disparos de mentira que salían de pistolas que adquiríamos para la ocasión. También encendíamos fogatas en muchos sitios y jugábamos a pelearnos con los niños de los barrios vecinos, especialmente con los de Sidi Bensliman, Sidi Ahmed El Susi y el huerto de Tihiri.

Todo lo que ocurría y vivía, aunque fuera insignificante, dejaba huellas en mí, me preocupaba que me sobrepasara. Sentía que día a día iba creciendo, que mis pasos eran más largos. Sin lugar a dudas, los tres días de Ramadán que ayuné hizo que mi relación con Rauia cambiara radicalmente, dejé de disfrutar de

aquellos momentos. ¿Cómo fue eso? ¿Por qué? No hallé respuesta. Después comprendí que me hacía mayor y que no estaba bien visto para una mujer el que un hombre adulto, que no estaba casado con ella, durmiera a su lado.

No me fue fácil aceptar esta prohibición que llegó tan de repente y sin pensarlo. Tuve que soportarla en silencio y guardar en secreto todo lo que había vivido con Rauia. Fui, y estoy seguro de ello, como un baúl en el que se guardan las intimidades.

La casa ya no volvió a ser lo mismo, dejó de tener aquel encanto de antes. Había cosas como las continuas disputas entre Dauia, la del campo, y la señora Hanía, la de la ciudad, que hacían del ambiente un infierno, no toleraba los cambios de alianza entre esta y aquella. Lo que me preocupaba más era el parecer de mi madre que había dicho a mi padre que no podía seguir viviendo con los vecinos. Ya no podía soportar más los quebraderos de cabeza que le daban, así que lo puso entre la espada y la pared, o buscaba una vivienda independiente o cogía a sus hijos y se iba a vivir con su hermana a Bab Aylen.

Ella se preguntaba en más de una ocasión por qué vivíamos en una casa compartida, mientras que otros tenían casas grandes, y por qué había pobres y ricos. Así fue como empezó mi madre a quejarse por las condiciones deplorables e indecentes en las que vivíamos. Hasta entonces, yo no había caído en la cuenta de ello, al menos no tan claramente, porque ella me alejaba de todo lo que pudiera perturbar mi inocencia.

Observé que mi madre, mientras enumeraba las desgracias de la vida en común con los vecinos, se iba acalorando, llegando a un estado de tensión que le sobrepasó, ya no podía más. Su enfado, sus quejas y sus disgustos le estaban matando. Nunca la había visto antes en este estado. Lo decía muy claro:

— Todas gritan y gritan, no quieren darte la razón, terminas cansada, ¿vivimos en una casa o en una curtiduría?, pieles que apestan a más no poder, la basura de la lana, no podemos cocinar ni comer tranquilos, el día no nos pertenece, la noche tampoco, vaya situación, los olores del wáter, dan ganas de vomitar, no puedo más, ¡qué paciencia, Dios santo!

Mi padre oía cabizbajo todo lo que le contaba mi madre, palabra tras palabra, él no decía ni mu, le daba la vuelta a un vaso vacío de té que tenía entre las manos, era como si le hablara o le invitara a hacerlo para que participara en la decisión que iba a tomar. Nunca vi a mi padre tan pensativo como aquella noche y, mientras tanto, mi madre iba y venía de un extremo al otro de la habitación, llevando entre sus manos a mi hermano que no tenía más de tres años y lloraba desesperado. Esperaba una respuesta afirmativa y mi padre sabía de más que cuando estaba así, no había nada que la calmara, solo complacerla. Era una mujer muy obstinada y cabezota que solía decir ‘aunque vuele la cabra’. Esta expresión, ‘si vuela, entonces es una cabra’, tenía su historia que ella contaba siempre. Se trataba de un hombre de Tafilalt que estaba sentado junto a su amigo y este último vio a un cuervo que se posó en medio del río, entonces el de Tafilalt se dio cuenta del cuervo negro, pero no quiso ver lo que veían sus ojos. Así que le respondió, como buen conocedor del río, que se había llenado de cabras cuando estaba seco, decía ‘eso es una cabra’ y el otro le replicaba ‘es un cuervo’.

Y después de discutir largo y tendido, el hombre estalló en cólera, no soportaba la obstinación de su amigo, cogió una piedra y se la tiró al cuervo. El de Tafilalt lo miró y le respondió furioso ‘y si vuela, entonces es una cabra’.

Esta historia mostraba muy bien lo obstinada que era mi madre en situaciones excepcionales como esta. Mi padre no

tuvo más remedio que hacer lo que ella quería y para que no se preocupara tanto, ella le dijo así:

— Señor, estoy dispuesta a coser durante la noche y el día para pagar el alquiler si es caro para ti.

Para acabar con esta historia, él la miró con cara de cansado y le dijo:

— Mañana, señora, iré a ver al corredor inmobiliario.

Mi padre estaba convencido de que la vida entre vecinos que tenían diferentes gustos y formas de vivir se había hecho insoportable. Lo único que les unían eran las disputas y los insultos diarios y, además de todo eso, vivíamos hacinados dentro de una sola habitación, aunque fuera espaciosa. Ya no era ni apropiada ni conveniente para que un niño de once años estuviera en ella.



12

La vida de la pequeña familia cambió repentinamente cuando nos mudamos a una casita que tenía dos habitaciones estrechas situadas en la parte alta a las que se subía por unas escaleras. Cada una de ellas tenía una ventana por la que entraba bastante luz. En la parte de abajo, había un vestíbulo oscuro que daba directamente a la puerta de la casa y desde ella a la calle principal en el barrio de Sidi Ghanem. No estábamos tan lejos, solo a unos pasos del mausoleo de Sidi Belabbás y de las tumbas de los siete santos.

El primer día que pasamos en aquella casa, puede decirse que fue un día feliz, mi madre estaba mejor que nunca, limpiaba, fregaba y lo arreglaba todo. Gracias a Dios, sus quebraderos de cabeza habían desaparecido y, al cabo de tres días, comenzaron las visitas de las vecinas que traían consigo panes de azúcar. Entre ellas, naturalmente, estaba Rauia. Venían para felicitarnos por la nueva vivienda. La verdad sea dicha, las relaciones con ellas, sus maridos y sus hijos, continuaron siendo tan cordiales y amigables como hasta ahora.

Comenzamos a vivir de verdad con tranquilidad, a pesar de que la jornada estaba repleta de trabajos duros y de faenas constantes. No se paraba ni un momento, desde por la mañana temprano, se oía el traqueteo de la máquina de coser que a veces no paraba hasta medianoche. Mi madre no sabía qué significaba

el cansancio o la fatiga. Yo no dudaba en ayudarle, me ponía a darle vueltas a la manivela que la ponía en movimiento para que ella no se cansara tanto y también llevaba las cosas que ella cosía al vendedor en el mercado advirtiéndome de que tuviera cuidado.

Seguí aprendiendo el Corán, pero no con tanto ahínco, leía también las historias de los profetas. Mi libro preferido, que leía una y otra vez, era la historia de nuestro profeta José, fue la que más me impactó junto a la de nuestro profeta Salomón, contenía hechos sorprendentes. Recuerdo que una vez le dije a mi padre que si tuviera el anillo de nuestro profeta Salomón, pediría al genio que pusiera al rey Mohammed V en su palacio ahora mismo y que echara a todos los franceses. Al terminar la frase, me miró con sorpresa y me dijo:

— Perfecto, lo que piensas, bien está, así quiero que seas, pero no tengas miedo, vendrá, no lo dudes. El tiempo pasa y no tenemos rey, la gente sigue ocupada en sus asuntos.

Nuestras veladas se convirtieron en algo especial, mi madre las pasaba contando historias y Rauia traía noticias. Contaba todo aquello que le había sucedido, cómo perdió a mi hermana Halima siendo pequeña el año de los tickets de racionamiento²⁶ a causa de la fiebre y, pasado un año, le tocó el turno a mi hermano más pequeño Mohammed, el año de las langostas, por culpa del sarampión y la diarrea que lo dejaron sequito, y seguía diciendo:

— Ni siquiera sé cómo estás vivo todavía y no perdiste tus ojitos.

26. 1939-1940 (N.del T.)

Con ella, los recuerdos de más de una década pasada volvían a revivirse, hablaba de ellos como si hubieran tenido lugar ayer:

— Cuántas dificultades y malos momentos pasé contigo, desde el día en que naciste ya te llevaba al hospital.

Contó también un incidente digno de contar el día en el que volvió la matrona tres días después de mi nacimiento para poner alcohol²⁷ en mis ojos. Lo preparó todo, sacó la alcoholera y el sombreador de ojos y se puso a untármelo sobre los párpados. No pudo terminar porque no había suficientes polvos ni tampoco lo había hecho correctamente. Aquello se convirtió en una auténtica calamidad, se oyeron gritos violentos. Mi madre vivió aquellos instantes al milímetro y de tanto como los repetía, los contaba como si los hubiera vivido hacía unas pocas horas:

— Tus gritos me rompían el corazón, estabas enmorecido, yo me daba golpes en los muslos, ‘que Dios venga en ayuda de mi niño’, miraba a la matrona y le decía ‘por Dios, señora, ¿qué has hecho a este niño? ¿qué le pasa que le has puesto el alcohol hasta en los ojos?’ Seguiste gritando y yo te mecía hasta que llegó tu tío materno, el señor Mojtar y te vio en ese estado. Al verte y contarle lo que había sucedido, dijo ‘venga, ponte el jaique y ven conmigo ahora, vamos al hospital de Bab El Jemís (ahora hospital de Abu Daud El Antaki), conozco al señor Taibi y al señor Mohammed que trabajan en él, suelen pasar por mi tienda de vez en cuando.’

27. Aquí se refiere, en palabras del Diccionario de la Real Academia Española al “polvo finísimo usado como afeite por las mujeres para ennegrecerse los bordes de los párpados, las pestañas, las cejas o el pelo, que se hacía con antimonio o con galena, y después con negro de humo perfumado.” (N. del T.).

Nada más entrar por la puerta del hospital, mientras tus gritos se oían hasta en el cielo, nos fuimos directamente a donde estaba el señor Taibi, tu tío le saludó y le dijo ‘esta es mi hija y este su hijo que acaba de nacer, no puede abrir los ojos, la matrona ha puesto en ellos alcohol’.

El señor Taibi te reconoció y me preguntó ‘¿cuánto tiempo hace que ha nacido?’ Yo le dije ‘tres días, señor’.

Te dejó sobre la mesa y se fue a llamar a un médico francés. Cuando este vino y te vio en aquel estado, juntó las manos y empezó a decir cosas que no se entendían, estaba enfadado. En fin, me llevaron a una sala, te quitaron de mis brazos, te pusieron sobre la mesa, abrió tus párpados con unas pinzas y se puso a lavar los ojos con un medicamento. Así se llevaron toda la tarde, uno le daba las pinzas al otro y te ponían medicamento. Cuando acabaron, te cubrieron los ojos y me dijeron que volviera al día siguiente. Estuve así cuarenta días, una vez por la mañana y otra por la tarde, hasta que te curaron los ojos. Si tu tío no hubiera conocido al señor Taibi, hubieras perdido tus ojitos.

Mi madre terminó de contar su historia con estas palabras:

— Mira que me las hiciste pasar canutas.

Me toqué los ojos con las manos, ahora estaban perfectamente, miraba a lo lejos y distinguía todos los detalles. Comprendí el valor que tenían la luz y la claridad. Mi madre hizo que los admirara aún más, que les tuviera más respeto, consideración, amor y cariño. Me faltó poquísimo para perder la vista.

Cada vez que mi madre me contaba las circunstancias de este hecho, que ponía la piel de gallina, se me venían a la memoria todas las enfermedades que había sufrido hasta entonces. Entre ellas, recordaba una otitis que me hizo rabiar a más no poder

y que solo se me curó con lavados, limpiezas y con gotas que el médico del hospital Abu Dauad El Antaqui me echaba. Cuando el dolor era intenso, mi madre no dudaba en echarme gotas de aceite de oliva caliente en los dos oídos. Tenía una gran confianza en la medicina tradicional, la experiencia le había hecho conocer muy bien los tipos de plantas, de las que estaba convencida que eran efectivas para curar enfermedades repentinas, no las de larga duración, porque estas solo las podía tratar el médico.

Mi madre creía firmemente en la bendición que otorgaban los santos y por ello, no dudaba en visitarlos si era necesario. Cuando yo tenía anginas, hacía por levantar las dos almendras colgantes que había en mi garganta, ya abriendo mi boca a más no poder, ya alzando mi barbilla hacia arriba con ayuda de un pañuelo. Y cuando el dolor era más intenso, me cogía de la mano y me llevaba al mausoleo de Sidi Abdelaziz, uno de los siete santos. Nada más llegar al patio interior, mi madre cortaba una tira de estera y la liaba en mi cuello como si fuera un nudo esperando que me curara rápidamente, vamos, hasta que los microbios fueran perdiendo fuerza.

Recuerdo que cuando mi hermano pequeño tuvo una enfermedad, ‘de cuyo nombre mejor no acordarse’ –eso es lo que decía mi madre–, no dudó en ir con él en brazos hasta el santo de los santos a quien llamaban ‘el señor del turno’. Por consejo de una de las vecinas, llevó consigo una herradura para clavarla con una puntilla en la tumba. Junto a este santo, está el mausoleo de Sidi Ahmed El Rayrayi, fuera de la ciudad. Mi madre estaba convencida de que aquella visita le curaría.

Me acostumbré a las conversaciones de mi madre, me gustaba tanto escucharla que nunca estaba contento con lo que contaba, siempre quería más, deseaba saber por qué éramos tan pobres y por qué habíamos sido privados del bienestar y la tran-

quilidad, por qué todo este trabajo tan penoso y tanto esfuerzo, por qué mi padre no tenía un comercio grande al que fuera a parar mucho dinero para comprarme una bicicleta como la que tenía nuestro vecino Abbás, por qué era un simple conductor de coche que contaba sus reales y volvía a hacerlo varias veces por la tarde porque pensaba que se equivocaba al hacer las cuentas. Todo lo que ganaba en un día no era suficiente para preparar un almuerzo en condiciones.

No volví a pensar en otra cosa sino en lo difícil que era vivir el día a día, en lo simple que era nuestra comida, la bebida y el vestido y en cómo sería posible que nuestra pobreza se convirtiera en riqueza. Volví a pensar en el anillo de nuestro profeta Salomón, en cómo podría llegar hasta él para pedirle al genio, cuando lo hiciera aparecer, que pusiera ante mí todo aquello que deseaba: una bicicleta nueva y una casa grande en cuyo centro hubiera una fuente y estuviera rodeada por árboles, una casa que se pareciera al paraíso. Solía repetir de forma automática y con espontaneidad ‘en un paraíso elevado, todos hablan correctamente, hay una criada que cuida de todo, camas altas, copas bien dispuestas, cojines en fila y alfombras extendidas’, los versículos coránicos me ayudaban a estar más feliz y soñaba aún más.

Absorto en mis sueños y en mis preguntas, de repente, encontré maravillado ante mí un ‘burrero’ con el que se vendían dulces. Me lo había dado uno de nuestros vecinos que se preparaba para salir de viaje al campo. El ‘burrero’ era una caja de madera que tenía cuatro patas, estaba abierta por arriba, de tal forma que se vieran los dulces que había en ella. Se abría y se cerraba para evitar que robaran. Mi madre me había dado cien reales (el equivalente de cinco dirhams hoy en día) como capital respetable para que empezara a vender dulces a los niños del barrio de Sidi Ghanem.

Encontré ayuda en un vecino nuestro, quien tenía muy buenas relaciones con mi padre, y a quien él pidió que me condujera al barrio judío que estaba bastante alejado del nuestro. Allí, podía comprar al por mayor todo tipo de dulces que hacían los judíos. Así que empecé a comprar y a vender sin ganar ni perder nada. Siempre que había dulces ya viejos, me los comía sin más y me hartaba disfrutando con sus sabores. Lo más importante que aprendí en este tiempo, que no duró más de tres meses, fue que conocí la mayor parte de los barrios de la ciudad, en especial los que estaban entre la Zauia Abbasía y el barrio judío. Evitaba pasar delante de la Casa del Gobernador por miedo a los guardias –había oído que El Glai era alguien cruel, violento y malvado que inspiraba pánico y miedo– y por ello me veía obligado a coger unas callejuelas que iban a parar al mercado de los artesanos del cobre. Desde aquí, me dirigía a la plaza de Yemaa El Fna, luego a la callejuela de Riad Zitun Ydid –allí cerca estaba el palacio del Badii– en donde entraba por una puerta pequeña que daba a lo que era el barrio judío. Aquí hacía mis compras con sumo cuidado por miedo a algún ataque violento por parte de algún depravado o gamberro.

Cuando regresaba, repetía el cuento de la lechera, que ganaría mucho dinero y me convertiría en un gran comerciante, en una persona rica que tendría casas, tiendas y comercios.

La pobreza era una pesadilla que me producía pánico. Empezó a angustiarme tremendamente a causa del sufrimiento que me producían sus privaciones y lo difícil que era el día a día. Y llegó a tal punto que me preguntaba constantemente por qué no había gente, rica o pobre, todos por igual, por qué unos tenían y otros no, y aquellos que tenían, cómo habían conseguido su fortuna.

Todas estas preguntas me venían una detrás de otra, ardía en deseos de saber el secreto de esta situación que no se entendía, no sabía qué era lo que dirigía su marcha y la hacía así. ¿Acaso la pobreza era hereditaria? ¿El mundo daba y quitaba? ¿Quería Dios que sus siervos vieran lo que a Él le preocupaba? ¿Por qué prefería a unos y a otros no? ¿Por qué no los había hecho a todos iguales?... Me rompía la cabeza con todas estas preguntas que me venían constantemente a la cabeza y no encontraba respuestas. Dejé de ausentarme por aquel entonces de la oración colectiva en la mezquita de Sidi Belabbás –cumplía a su debido tiempo cada una de las oraciones–, y ello despertó la curiosidad de la gente. El primero fue mi padre, al que no vi nunca prosternarse o arrodillarse, aunque yo estaba seguro de que me miraba rezar en lugar de hacerlo él. Mi madre, en cualquier momento, lo llamaba para que rezara y le insistía en ello con estas palabras:

— Ahí está el musulmán, su Islam ha bajado la guardia, no será completo sin la oración, que Dios esté contigo, hombre, pon tu frente sobre el suelo.

A mi padre no le preocupaban ni los sermones ni las indicaciones de mi madre, sino salir por la mañana temprano y las vueltas que daba todos los días, las dificultades que atravesaba y lo que sufría con el sol de Marrakech, que quemaba todo el día, para conseguir unos cuantos reales. Todo ello lo hacía alejarse cuanto podía de dónde estaba la dirección a la Meca, las obligaciones religiosas, las abluciones y las horas del rezo.

No había la menor duda de que mi madre había encontrado en mi devoción, mis oraciones y en la sección del Corán que diariamente leía en el mausoleo de Sidi Belabbás el consuelo necesario que no le daba mi padre. Bastaba con que rezáramos juntos para que a ella le brillaran los ojos, se le desvanecieran

los fantasmas, dejara de estar angustiada y desaparecieran sus preocupaciones y sus aflicciones. Dios no frustra las esperanzas de sus creyentes...

Mi madre siempre invocaba a Dios, sus plegarias se prolongaban a veces después de terminar con el azalá. Cada vez que llamaban a la oración, paraba su trabajo para hacer las abluciones y rezar. Todos los días, sin faltar ninguno, hacía lo mismo.

Cuando dejé de rezar alguna vez, me llamaba la atención diciéndome:

— Cuidado, hijo mío, quien reza y lo deja, del infierno no sube.

Y volvía a la oración por miedo al fuego del infierno. Otra vez me quedé absorto pensando en las diferencias entre mi padre y mi madre y en nuestra vida cotidiana. Comencé a desenterrar los secretos de su encuentro, los momentos del pasado que les unieron, la pobreza que compartían, cómo se desarrolló su relación, la naturaleza de un amor pasional que quizás hubiera entre ellos y cómo su relación se había hecho tan intensa que era como sagrada, nada podía separarles.

Puedo decir, por experiencia y porque viví con ella, que mi madre siempre salía victoriosa de las dificultades de la vida y del cansancio y el esfuerzo que esta suponía. Siempre estaba hablando de la fe, de que vencía cualquier desgracia, que la esperanza aparecería muy pronto, que estaba al alcance de la mano, pero que para conseguirla había que armarse de paciencia.

Entre los sucesos sencillos que ocurrieron de repente, hay uno que pasó y que no tendría importancia si no hubiera dejado huella en mí. Fue cuando Abbás, el hijo de nuestra vecina, me mintió. Señaló hacia una imagen que estaba colgada sobre

el muro diciendo que era su bisabuelo, lo cual provocó en mí muchas preguntas, quería saber a toda costa quienes habían sido mis antepasados.

13

Abbás era el hijo de la señora Mina, tenía tres años más que yo. Cada vez que entraba en su habitación, en la que tenía colgada la foto de un anciano junto a dos niños, me decía que era su abuelo y sus dos hijos.

Lo cierto es que descubrí que aquella foto no era sino la de nuestro califa Alí con Hasan y Huseyn, era una de esas fotos populares que se vendía bastante en Yemaa El Fna. Desde entonces, le cogí en sus mentiras, aunque se aprovechó de mi ignorancia contándome quienes eran los personajes de la foto, y eso me hizo pensar. Este episodio despertó en mí un fuerte deseo por conocer quién era el abuelo de mi madre y el de mi padre a los que nunca había visto en mi vida, al contrario que algunos de mis compañeros.

Después de contarle mi historia con Abbás, mi madre buscó la ocasión más propicia para hablarme de mi abuelo y de cómo su negocio se vino abajo.

Cuando mi madre hablaba de su familia, no la invadía ningún tipo de amargura ni se avergonzaba. Pasaron de tener a no tener, Dios es el que da y el que quita, en sus manos está la riqueza, él es Todopoderoso.

Dicen que la fe alarga la vida, y mi madre había tenido fe en Dios toda su vida, una fe firme, sin titubeos, como el amor de un sufí por el poder y la generosidad de Dios, fuera esta mucha

o poca. Su amor por Dios era grande y nunca frustró sus esperanzas, tenía lo necesario para vivir gracias a Él, esto era lo que ella se repetía constantemente.

Creía en el destino y en los milagros que obraba la fe, así se dejaba ver de forma clara y evidente en todas las cosas que contaba. Ahora, dejaré a mi madre que siga ella misma contando su vida, tal como solía hacer, con todo lujo de detalles. Así descubriremos mejor el secreto de su fe y su devoción, aunque antes es preciso aclarar que había cosas –decía– que oyó contar a su madre.

— Yo era de una familia devota y religiosa, de gente culta, alfaquíes. Mi querido padre –que Dios lo tenga en su gloria, que tenga misericordia de él y le conceda el perdón, que Él lo bendiga– había hecho la Peregrinación a la Meca²⁸ y siempre estaba vigilante a la llamada a la oración. Al orto, estaba ya despierto haciendo las abluciones para ir a la mezquita. Se casó con mi madre, la señora Zineb –que Dios la tenga en su gloria y le acorde su misericordia– cuando todavía era pequeña. Supe después cómo se había casado con ella. Su padre, Ahmed El Dukkali, mi abuelo, quiso peregrinar a la Meca –que Dios no nos prive de ir–, pero no quería irse y dejar a su hija soltera, ya que su regreso no estaba garantizado. Él conocía a la madre de mi padre, así que fue a donde estaba y le dijo: ‘quiero peregrinar y no puedo dejar a Zineb sola, ya he casado a Habiba y también a Zohra, las dos viven con sus respectivos maridos, estoy preocupado, ya conoces lo que es la Peregrinación y las sorpresas que puede deparar’. Entonces, ella le respondió en seguida: ‘si te pasa algo, ella no se quedará sola, la pequeña Zineb no encontrará a nadie mejor que

28. La gente suele dirigirse a quien ha hecho la Peregrinación a la Meca con este apelativo: al-____ “el peregrino” (N. del T.)

mi querido hijo y él tampoco encontrará a alguien como ella.' Él le respondió que le parecía muy bien y antes de viajar, llamaron a los adules y celebraron la boda.

Pasado un año, los peregrinos regresaron, pero Ahmed El Dukkali no venía con ellos. Había muerto en la Meca, en un lugar santo, como si ése hubiera sido su destino.

Mi padre –que Dios lo tenga en su gloria y le acorde su misericordia– era un gran comerciante de jaiques en el mercado. Sus orígenes remontan a la región de Tafilalt. Su padre, el padre de su padre y el padre de este, todos, habían nacido en Marrakech. Vivíamos en el riad Zitun Ydid, era un riad muy grande, que hoy en día es un restaurante turístico, no necesitaba más. Todos sus hijos habían estudiado, todos habían aprendido las sesenta secciones del Corán de memoria y todas sus hijas habían aprendido a rezar. Los había apuntado en una pequeña escuela coránica que había en el riad, él mismo era el que pagaba al alfaquí el desayuno, el almuerzo, la cena y la ropa, y todos los niños del adarve estudiaban allí a su cuenta.

Un viernes, mi hermano Mohammed, que entonces tenía quince años, estaba en el taller de un tejedor jugando con una escopeta cargada junto a su amigo. Mientras que este la tenía en sus manos, y sin saber que estaba cargada, le disparó al pecho y cayó fulminante al suelo dejando un reguero de sangre.

Cuando mi padre se enteró, no quería creerlo, pero al ver a la gente que se agolpaba ante él y que lloraba, les dijo: 'somos de Dios y a él volvemos'. Se puso a llorar como un niño pequeño y le dijo a su hermano: 've y prepáralo todo, llama a la gente, compra el sudario, prepara la tumba y entierra a mi hijo. Yo estaré en la mezquita, no puedo verlo muerto, él ya no podrá mirarme'.

Aquella mañana –me contó mi madre–, antes de que mi

hermano Mohammed muriera, fue a donde estaba ella y le dijo: ‘mamá, ayer soñé que llevaba puesto una chilaba blanca y que mi prima Raqia estaba también vestida con un caftán blanco, los dos aparecíamos con las manos atadas por una cuerda que colgaba de un árbol’.

Mi madre comprendió el sueño y le respondió al instante: ‘Raqia sola es la que está cogida por la cuerda’ (Raqia era su prima por parte de padre, quien padecía una enfermedad incurable).

Nada más enterrar a mi hermano, tuvieron que volver al cementerio porque Raqia había muerto también, su destino estaba ligado al de él. Después de rezar la oración del mediodía por su alma, hicieron lo mismo por ella en la oración de la tarde.

Desde aquel día, mi padre no hablaba con nadie, respondía únicamente con sus ojos –que Dios los proteja–, eran su única expresión. Todos los vecinos solían decir: ‘quien no tiene lo que Mohammed, belleza, honestidad, devoción, conocimiento del Corán, no tiene un hijo’.

Mi padre hablaba consigo mismo, estaba triste y apesadumbrado, el mundo se le había vuelto gris. Un día, fue a donde estaba mi madre y le dijo: ‘me voy para estar cerca de nuestro profeta, no tengo nada que hacer en Marrakech’.

Vendió la tienda, el telar y la mercancía, dejó el riad al cuidado del representante del barrio y sacó los luises que tenía ahorrados en su casa. Al ver a su mujer que callaba y con aire enfadado, le dijo: ‘escúchame, mujer, no voy a dejarte sola, todos vosotros vendréis conmigo’. Y así fue. Se llevó con él a sus hijos, el peregrino Emhammed, el peregrino Ahmed y sus hijas, la peregrina Hachuma, quien murió en la ciudad iluminada de

Medina a causa de la viruela, la peregrina El Batul, la peregrina Aicha, y también el aprendiz Buyemaa a quien su madre le había confiado algo que colgó de su cuello y que llevó con él. Todo el mundo se maravillaba al verlo y le decía: ‘eso le da valor al chico, es difícil viajar solo, menos mal que lo hace con seis personas más y él es el séptimo’. En aquel tiempo, decían que la guerra había estallado entre las potencias europeas y estaba a punto de terminar (la primera guerra mundial).

Así marchó mi padre a peregrinar, pero la Peregrinación de antes era auténtica, no como la de ahora, que se va uno ayer, regresa hoy y ya se hace llamar Peregrino, nada más que van para hacer negocios, ya no es como antes, que Dios nos proteja, ya no hay fe.

Mi madre –que Dios la tenga en su gloria– me contó muchas cosas. Antes de salir, todos se ceñían con un cinturón de tela para la ocasión y, antes de hacerlo, lo llenaban de luises y lo cosían. Emprendían el camino e iban de ciudad en ciudad, de una región a otra, a veces montados y otras a pie. Estaban trece días subidos sobre los camellos y luego embarcaban. Después del viaje en camello, sus traseros llegaban machacados.

Un día, tuvieron muchísima sed, todos sus hijos lloraban, estaban sentados, el uno miraba al otro, como si fueran a morir. Pero Dios es grande, cuidó de ellos, les envió a un hombre con una barba larga y blanca que llevaba un odre. Llegó a donde estaban y empezó a darles agua. Bebieron y llenaron las cantimploras. Les dijo: ‘llenad, llenad, coged lo que queráis’. Mi padre le decía: ‘Que Dios te lleve siempre por buen camino’. Al acabar de echarles el agua, salió apresurando el paso. Quisieron darle algo, pero ya se había ido, se lo había tragado la tierra.

Al llegar a la Meca –que Dios la honre–, les dijo: ‘he venido

para estar junto a la tumba del profeta y vivir cerca de ella, ya no tengo nada que hacer en Marrakech, allí dejé a mi hijo querido, mi consuelo.

Estuvieron un año comiendo y bebiendo, hasta que un día, se le apareció nuestro profeta en sueños mientras dormía en la tumba del venerado Hamza y le dijo: 'levántate, vete a tu país, la vuelta está garantizada'. Fueron dos años los que pasó con sus hijos e hijas. El mayor de ellos, el peregrino Emhammed, tenía doce años, mi hermana El Batul ocho, mi hermana Aicha siete, el peregrino Ahmed seis y Hachuma, la que murió, tenía cuatro.

Cuando regresó, vendió el riad para salir adelante y volvió a empezar de cero. Compró una casa más humilde en el barrio de Sidi Sulaimán en el adarve Ahmed El Bory, alquiló una tienda en el mercado de los jaiques y un telar que no era el de antes, pero le valía.

Y entonces nació mi hermano Mojtar y yo después de él. En cuanto a mi hermano, el peregrino Emhammed –que Dios lo tenga en su gloria– cuando leía el Corán, hasta lloraban los pájaros, todos se estremecían al oírlo, lo sabía muy bien, nada le hacía más feliz que recitarlo, salía y entraba hablando consigo mismo. Y mi hermano, el peregrino Ahmed, era calígrafo, tenía una letra preciosa, todos los jueces le pedían que les escribiera sus actas o que les copiara algún libro. El Peregrino Thami El Glai lo buscaba por todos lados para que le escribiera sus cartas. Pero a él también le echaron el mal de ojo. Se ponía nervioso y se iba de casa, ya no quería pasar la noche allí, se echó a la mala vida, empezó a beber, aunque esto no era lo peor, sino que hablaba sin parar y se hizo amigo de un poeta que fue quien le empicó a la bebida –que Dios te salve de las malas compañías–.

A mi padre –que Dios le tenga en su gloria y tenga misericordia de él– no le gustaba la vida que llevaban sus hijos, habían sido presa del mal de ojo que les había echado todo el mundo. Había que verlo cuando acabaron en la escuela coránica. Todos hablaban sobre ellos el día en el que terminaron de memorizar las sesenta secciones del Corán y subieron sobre el corcel, así fue como fueron presa del mal de ojo. Cuando el señor Mojtar creció, mi padre juró por su fe que no le enseñaría ni una profesión hasta que no lo librara del mal de ojo: ‘¿Has visto, hijo mío?, aprender el Corán, la *Mujtasar* de El Jalil, el tratado en versos sobre los nombres de Dios de El Demiati y los principios gramaticales de la *Yurumia* no tiene por qué hacer mal a nadie’.

Así fue, pasaron los años, crecí un poco, y llegó una mujer que era la esposa de un amigo de mi padre. Habló con mi madre –que Dios la tenga en su gloria– y me comprometió con un hombre honesto e inteligente de la tribu de los Chiadma cuyo padre venía de año en año a Marrakech. Ella le dijo: ‘si le da a mi hija todo lo necesario para vivir, nadie podrá apartarla de él’.

Entonces, yo solo tenía trece años. Celebramos la boda como era costumbre y después mi padre cambió, empezó a estar siempre enfermo e iba al mercado raras veces. Volvió a vender otra vez la casa que estaba en el barrio de Sidi Sulaimán y compró otra más pequeña en la Zauia Abbasía, en donde había unas nuevas. Allí permaneció hasta que murió –que Dios lo tenga en su gloria–. Al poco de morir, le siguió mi madre –que Dios la tenga en su gloria–, no podía vivir sin él. Yo fui la que estuve junto a ellos hasta que murieron. Lavaba, hacía la colada y cocinaba sin decir nada. Mi padre y mi madre pedían a Dios que cuidara de mí, me decían: ‘Fátima, sabes desenvolverte muy bien, seas buena o mala persona, siempre habrá algo en el cielo que baje y en la tierra algo que suba para ti’.

Mira, hijo mío, nunca irá por mal camino aquel cuyos padres estén satisfechos de él. Lo único que nos queda es la tierra de los padres, en ella vivimos, tenemos lo necesario para vivir, aunque haya angustias y preocupaciones, vivimos gracias a Dios, a su infinita bondad y a su maravillosa bendición.

14

Mi madre no dudaba ni un momento en repetir una y otra vez esta historia sin parar. Estoy convencido de que ella creía que lo contaba siempre por primera vez. Su memoria la traicionaba, ya que no recordaba que lo que decía era otra vez lo mismo. La única explicación que encuentro a esto es el cariño que sentía por aquellos días pasados que estaban muy presentes en ella. Contemplaba su presente como si lo bonito de su pasado hubiera vuelto, el cariño, las comodidades, el lujo, la vida, todo era hermoso entonces, a pesar de los años duros que vivió en los últimos días de la vida de sus padres.

Cuando hablaba (de los paseos y los jardines) de los viernes, se transformaba en una mujer joven y despierta, buscaba hasta los detalles más insignificantes que quedaban en su recuerdo, los cogía y despertaba en ellos un sentimiento claro que le daba sentido a un presente pobre en el que vivía. Todo lo que decía de él, tenía un aroma especial y sin igual al recordarlo en una época carente de placer por las cosas. Para calmar mi asombro y responder a las preguntas sobre el pasado, ella me solía decir:

— Para quien se asombra, todo es nuevo, lo de ahora y lo de antes, no dejes de maravillarte.

Y en ocasiones, añadía:

— Si los días pasan, acéptalos, confía en Dios.

Con el paso del tiempo y gracias a sus relatos, comprendí por qué mi madre detestaba que yo me convirtiera en un alfaquí que sabe de memoria el Corán y por qué temblaba y se asustaba cuando le expresaba mi deseo y mis ganas por montar en un corcel, darme una vuelta por el barrio e ir a visitar a Abu El Abbás El Sebti cuando terminara de memorizar la serie de sesenta secciones del Corán. Era porque despertaba en ella el recuerdo de unos hechos dolorosos del pasado, la muerte violenta de su hermano Mohammed el viernes, él que se preparaba para ir a la mezquita y participar en la recitación del Corán con los demás con tanto entusiasmo. Gracias a ello, pudo conseguir memorizarlo. Y de cómo la muerte de su hermano Mohammed, el almocrí, había trastornado y llevado por mal camino a su hermano Ahmed, el aprendiz de alfaquí, el calígrafo diestro, quien se había entregado a la bebida y a la mala vida, perdiendo el control de él mismo... Todos estos hechos, además de la decisión de su padre de que su hijo pequeño aprendiera un oficio, le hicieron pensar que la ciencia y el conocimiento transmitían el mal de ojo, y eso que ella era una creyente perseverante y siempre estaba alabando a Dios, pero esto no le impedía pensar que el mal de ojo fuera real. Me decía convencida que el profeta rogaba a Dios que le protegiera del mal de ojo, tanto de los genios como de los seres humanos. Y añadía: 'creo en todas y cada una de las palabras de Dios y en todos los males de ojo', 'el único hechizo que hay es el mal de ojo' y 'no hay cosa peor que un mal de ojo o una disputa'. Ella había aprendido de memoria estas frases a fuerza de oírlas repetir a su padre cuando le ocurrían desgracias y adversidades una detrás de otra. Se le quedó grabado todo aquello en su cabeza, lo aprendió bien y no quería que a su hijo le ocurriera lo que a sus hermanos. Para protegerlo del mal de ojo, tenía que evitar lo que lo transmitía. Y esto explica su visión de las cosas, el porqué que-

ría evitar a todo costa que completara la memorización de todas las secciones del Corán y mi dedicación a otros trabajos como la compraventa. Yo, por mi parte, odiaba la escuela y aunque esta permanecía cerrada como consecuencia de los muchos sucesos que la ciudad y el barrio en particular vivían desde hace meses, ella me amenazaba con castigarme si seguía con esa actitud.

El cariño y la bondad de mi madre siempre estuvieron presentes en todas las cosas que hacía de niño, ya fuera cuando terminaba de dar una vuelta, ya cuando me empeñaba en ir a la escuela coránica o cuando regresaba tranquilamente para comer después de pasar el tiempo haciendo lo que quería. Así fue como conocí todos los recovecos del barrio y de los barrios vecinos, Bab El Jemís y El Kemra y sus alrededores, la calle Kaa El Mechraa y sus alrededores, el jardín de Tihiri, Bab Taghzut, el huerto de Alí Asalah, el huerto de Mulay Abdesalam, cada uno de estos lugares tenía un encanto y un ambiente que les hacía únicos.

Practiqué todo tipo de juegos infantiles, el de las canicas, el de la pelota hecha con trapos, el seis y el aro, además de muchos deportes. El juego que me gustaba más era 'el de llenar' que consistía en hacer montoncitos con piedrecitas, una encima de la otra, dentro de un círculo. Me ponía enfrente de quien quería jugar conmigo, cada uno tenía en sus manos una piedrecita, a quien le tocaba, tiraba una al aire y antes de que cayera sobre la palma de la mano, tenía que coger un montón de piedrecitas del interior del círculo y sacarlas. Después de esto la tiraba otra vez al aire, reunía aquellas que había sacado y tenía que atraparla sin que se escabullera de la mano y así sucesivamente... Todavía recuerdo el rostro de mi amigo Budaal, con sus ojos bien abiertos, claros y brillantes, controlando los movimientos estratégicos que yo llevaba a cabo mientras jugábamos a la espera de que llegara su turno para hacerlo él mejor.

El ambiente de Sidi Belabbás se desarrollaba en las dos grandes plazas, la del santuario y la del refugio. Cada vez que me retrasaba en casa, me buscaban por allí. Conocía bien la cara de todos los ciegos y los que vivían bajo la protección del santo, les conocía por sus nombres. Sabía cuáles eran sus costumbres, sus deseos, lo que comían y bebían y en cuanto a lo que vestían, siempre llevaban puesto lo mismo. Se ayudaban entre ellos, pero también se peleaban cada vez que venía una multitud de peregrinos y peregrinas al mausoleo, a ver quién de ellos se llevaba la mejor tajada, y ay de aquel que viniera de afuera a quitarles la limosna, que generosamente daban los visitantes, y no perteneciera al grupo de pobres que allí siempre estaba. Lo tenían claro, su permanencia en el lugar, día tras día, les había hecho pensar que solo ellos tenían derecho a percibirla. Algunos esperaban también su parte del cepillo a final de mes.

El viernes era un día de fiesta que todo el mundo esperaba con ganas, todos tenían un deseo. Los que vivían bajo la protección de Sidi Belabbás no solo esperaban a los que venían a rezar sino que trajeran los platos grandes de cuscús que las almas caritativas dejaban allí como dones que Dios les ofrecía como sustento. Esta costumbre continúa hoy en día.

Al salir la gente que rezaba, algunos de ellos, y yo entre ellos, se iba todo recto al lugar en donde ponían los platos de cuscús en donde la gente comía deprisa, de forma descortés y sin educación. Había verdaderas batallas, comían rápidamente, aunque estuviera caliente. Nadie quería perder bocado. Los granos de cuscús con trozos de verduras, zanahorias, nabos, garbanzos, berenjenas, calabaza, volaban por todos los lados. No puedo dejar de olvidar a aquel hombre que se puso de rodillas, abrió la capucha de su chilaba hacia la izquierda e iba metiendo un bocado de cuscús en la boca y otro iba a parar directamente

a la capucha. Todo esto pasaba muy deprisa y, aún así, esta imagen se me ha quedado grabada y también la de los niños de este hombre que esperaban la llegada de su padre para que les vaciara lo que había conseguido meter del cuscús en la capucha.

Los habitantes de Sidi Belabbás se quejaban de los que venían a rezar porque se agolpaban sobre los platos y había menos para ellos. Pero el que estuvieran justo enfrente de la puerta de la mezquita y después de que saliera la gente de rezar, daba a entender que era para ellos y así lo creían. En fin, todo el mundo se iba bien servido.

Todos los días, después de la oración de la tarde, la explanada de Sidi Belabbás se llenaba de gente, cada uno traía una preocupación, un deseo o un algo, había quien venía a visitar al santo, quien venía a que le cortaran el pelo o quien venía a que le extrajeran sangre de la nuca con ayuda de ventosas. Esto me producía repelús, pero no me impedía ponerme de pie y quedarme mirando al barbero que absorbía por la boca del tubo de la ventosa mientras que su rostro se volvía pálido y de vez en cuando echaba lo que había absorbido en una vasija alta.

También la noche en la explanada de Sidi Belabbás tenía un encanto especial, las luces se encendían en todos los rincones de las dos plazas al terminar la oración del ocaso. Los olores a comida cocinada se sentían por todos lados. Yo repetía versículos del Corán todas las tardes con el resto de almocríes y cuando terminaba de leer una sección, colocaba el Corán en la caja reservada para los coranes y salía corriendo para empezar los combates entre los niños. Jugábamos desde el juego del pillla hasta el de la gallinita ciega, hacíamos luchas violentas, tan pronto estaba tranquilo como me convertía en un diablillo. Con el paso del tiempo, dejé de estar tranquilo y me dejaba invadir por la diablura. El primer trabajo diabólico que llevé a cabo

hizo historia en esta nueva etapa de mi vida. Ocurrió durante el mes de Ramadán en una noche bendita, no tengo la menor duda de que se trataba de la Noche del Destino,²⁹ solíamos pasarla en la mezquita como era costumbre, la mayor parte del mundo dormía. De repente, se nos vino a la cabeza hacer algo terrible, nos atrevimos a burlarnos de todos los que dormían y a reírnos de ellos sin piedad. ¿Cómo fue aquello? Preparamos una aguja gruesa y un hilo delgado –éramos tres los niños malhechores– y nos pusimos a coser las chilabas de los que dormían a la esterilla mientras que estos roncaban terriblemente ajenos a lo que hacíamos. Después de terminar de coser, algo que hicimos con suma precisión, nos alejamos un poco y cada uno de nosotros tiró una piedrecita para despertarlos, así disfrutábamos de nuestra fechoría... El pobre que dormía intentaba levantarse sin éxito, se movía a derecha e izquierda, aunque había quien sí podía ponerse en pie con la esterilla pegada a su espalda... Después de esto, nos escondíamos. Detrás, quedaban sus miradas y todo tipo de insultos que se alzaban en aquel lugar santo.

Después de esta travesura, volvíamos al día siguiente, educadamente y como pequeños alfaquíes. Nadie podía sospechar que éramos los mismos que se habían convertido en diablillos por la noche. De vez en cuando, también les robábamos los bastones a los ciegos y no se los devolvíamos hasta que no explotaban en cólera o les dábamos una moneda de mentira para que creyeran que habían recibido una limosna, pero rápidamente se daban cuenta de que era falsa. Entonces, echaban por sus bocas insultos y más insultos, que nosotros no podíamos repetir. Recuerdo que los ciegos de Sidi Belabbás se distinguían por tener

29. Noche del 26 al 27 del mes de Ramadán en la que Mahoma recibió la primera Revelación (N. del T.)

bastante mala leche, podían decir tanto palabras tiernas como groseras y si se peleaban entre ellos, aquello se convertía en una batalla sangrienta. En aquellos momentos, no entendía por qué actuaban así, lo único que hacíamos era mirar aquel espectáculo tan cruel y violento, burlarnos y divertirnos.

El mes de Ramadán era mi preferido, en él hacía lo que me apetecía, comía, jugaba, disfrutaba, era feliz y rezaba.

Nada más tomar la *harira*³⁰ después de que llamaran a la oración del ocaso, salía hacia las casas nuevas para encontrarme con un grupo de compañeros del adarve. Desde aquí, nos íbamos a la explanada de tierra de la plaza y luego a la mezquita, al porche del mausoleo o a Yemaa El Fna directamente.

No regresábamos a casa hasta tarde. El sonido de la gaita se mezclaba con suspiros tristes que salían de lo alto de los minaretes, producían una sensación extraña que no sabría cómo explicar. Yo deseaba que el gaitero continuara tocando toda la noche aquella melodía que todavía resuena en mis oídos, su secreto era como el de la música de la flauta. La gaita es un instrumento musical maravilloso que intenté aprender a tocar después con la ayuda de uno de los que vivían en la explanada de tierra de la plaza de Sidi Belabbás, quien la utilizaba como medio para buscarse la vida. Con ella despertaba los sentimientos de los que pasaban o de aquellos que se ponían en círculo alrededor de él.

Mi relación con el ambiente de Sidi Belabbás fue bastante estrecha, ocupa una parte importante de mis recuerdos. No podía pasar mucho tiempo sin ir allí. Cada vez que he vuelto, he sentido como el niño que fui marchaba y se movía ante mí.

Una vez regresé después de haber estado ausente durante

30. Sopa típica de Marruecos a base de harina, tomate, cebolla, lentejas, garbanzos, fideos, trocitos de carne, huevo, coriandro y perejil principalmente (N. del T.)

quince años y sentí que era como si hubiera estado allí el día anterior, nada había cambiado como se hubiese esperado, todo estaba igual que siempre, hasta el desagüe que había, el cual producía un olor asfixiante que se te quedaba en la nariz, seguía estando allí y con el mismo olor. También seguían los ciegos ocupando sus sitios con los bastones y los pobres de afuera persiguiendo como de costumbre a los visitantes. Yo, esta vez, era un visitante al que perseguían, parecía un verdadero turista de los que vienen a Marrakech, porque llevaba conmigo una cámara fotográfica e iba acompañado de mi hija, que tenía entonces tres años y medio, y de mi esposa, cuya única preocupación era coger un pañuelo para cubrirse la cabeza por respeto al lugar sagrado. Al mirar con atención la maravillosa acequia que estaba rota (últimamente la han restaurado cuando han reformado todo el mausoleo) e inspeccionar todos los lugares y hacerles fotos, todos los residentes, como era de esperar, sintieron curiosidad por lo que estaba haciendo. Nadie se imaginaba que yo fuera aquel niño que guardaba en su memoria todos los detalles del sitio, los sucesos que allí ocurrieron, la historia, las miradas, nadie sabía quién era aquel hombre que descansaba bajo la cúpula verde y por qué estaba realmente allí quieto entre la cantidad ingente de pobres que ocupaban el lugar.

Cuando pasé delante de la tumba que está enfrente del mausoleo, me sumergí nuevamente en mis recuerdos y el niño volvió a sus praderas verdes. Aquello no era una simple tumba, era un campo de batalla para los niños, un lugar en donde se tramaban intrigas y aventuras. Me lo hizo recordar con insistencia, ya que se dio cuenta de que intentaba bajar los ojos ante lo que había ocurrido detrás de los azufafos. Sí, no lo puedo negar, la tumba era un refugio para lo que queríamos ocultar o que quedara en secreto.

Pasábamos las horas cogiendo azufaixas, eran como una especie de aceitunas, mucho más pequeñas que estas. Las vendíamos a un precio razonable que nos proporcionaba unos buenos reales. En el centro de Marrakech, conocían a este árbol como ‘árbol del caramelo’, era una denominación especial que le daban allí. También buscábamos clientes a los alfaquíes para que leyeran el Corán por las almas de sus difuntos o vendíamos las flores de los arrayanes para que las pusieran sobre sus tumbas y cuando se iban, nos dábamos prisa en recogerlas para volver a venderlas a gente nueva que venía, y así una y otra vez.

Marrakech, a comienzos de los años cincuenta, estaba expuesta a plagas de langostas que venían del Sur. No creo que entonces, las autoridades del Protectorado hicieran nada por exterminarlas con pesticidas en las zonas de cultivo.

Cuando las legiones de langostas cubrían el cielo de la ciudad, nosotros, los niños, preparábamos bolsas con la tela de los sacos y nos dirigíamos rápidamente a las colinas que hay en Bab Dukkala o Bab El Jemís con el fin de cogerlas, una a una, y volvíamos cargados por la tarde con esta preciada caza.

Al día siguiente, preparábamos en la explanada de tierra de Sidi Belabbás *tajines*, los llenábamos de agua, encendíamos fuego debajo de ellos para calentarla y después los llenábamos de langostas, le echábamos sal y algunas especias. Y mientras las saboreábamos, oíamos sus crujidos uno detrás del otro.

Una vez que las ‘lucrativas’ langostas estaban bien cocidas, nos disponíamos a venderlas por montones o a comérmolas con un apetito devorador.

Aquellos momentos en la explanada de tierra de Sidi Belabbás eran felices, se llenaba de las langostas de la ciudad después de que lo hicieran en las zonas cultivadas y secas.

Fui en todo momento un ejemplo de seriedad y honestidad, siempre estaba dispuesto a hacer cualquier trabajo que me encomendaran, esto era lo único que ocultaba y cubría todas las cosas malas que hacía.

Miro al niño que fui y, de repente, me susurra al oído:

— Esos, visitante que vienes y que estás atrapado por tu pasado, son asuntos de aquella época y tu familia no tiene por qué saberlos, cuéntales solo las desgracias que ocurrieron.

15

Deseaba saber más sobre mi padre, pero su trabajo impedía que así fuera. Se levantaba temprano y no volvía hasta la hora de cenar, se quedaba sin almorzar con tal de conseguir lo que se necesitaba para cubrir los gastos diarios, lo hacía cansado y extenuado, esperando que llegara el momento de poner la cabeza sobre la almohada. Pasaba la mayor parte del día enfermo por culpa del calor, solía trabajar casi siempre bajo los rayos del sol y por ello me dejaba siempre al cuidado de mi madre.

No fui consciente de ello hasta que no alcancé la pubertad, entonces supe dónde iba, los lugares donde transitaba, su nobleza y la grandeza de los sacrificios y dificultades que soportaba con paciencia. La tragedia fue aún mucho mayor cuando regresé de un largo viaje, hablaré de ello detenidamente.

Mi madre nunca le reprochaba ni le recriminaba nada, tampoco le quitaba valor a su trabajo ni a su rendimiento. Vivía con él, lo amaba de verdad y estaba muy satisfecha con el dinero que traía a casa, ella ponía lo que faltaba con mucho esfuerzo y trabajo para que no nos faltara de nada. Eso es lo que explica que hubiera una máquina de coser y que no parara día y noche de darle vueltas a la manivela.

Recuerdo aquella tarde hermosa y diferente de las otras. Mi padre había regresado pronto del trabajo, su rostro mostraba su alegría, algo había sucedido en la forma de trabajar –Dios así

lo quiso—. Por fin, viviríamos una vida normal sin tanta tensión ni tanto sacrificio.

Le pregunté y él me respondió exultante. Me senté a su lado a escuchar porque él quería —al menos así me pareció— que lo hiciera.

— Se acabó lo que se daba, el rey vuelve al trono con su familia. Hoy ha despegado el avión de Madagascar y aterrizará en Francia.

Entonces mi madre le respondió con su habitual espontaneidad:

— ¿Es verdad lo que dices? ¿Dónde has oído esto?

Y añadía enfurecido:

— ¿Acaso te he contado alguna vez algo que no fuera verdad? Todo el mundo lo sabe, la radio habla de ello y dice que el rey regresa a su país y a su trono.

Y mi madre respondía contenta y segura de lo que el destino le deparaba:

— Ahí lo tienes, vuelve con la cabeza bien alta y victorioso.

A lo que él apostillaba como quien canta victoria:

— Los franceses se han cansado, no pueden con los nacionales, están en las últimas.

Yo escuchaba y sentía miedo por lo que se avecinaba, no sabía ni su sentido ni su repercusión, lo único que saqué en claro más tarde es que el bloqueo, que se había impuesto al barrio, había sido aliviado. El trato de los guardias senegaleses, gummies o el de los hombres del Glau que estaban estacionados en el cruce de la calle en la que vivíamos era diferente a como lo era antes. Un día, sin más, se fueron y la gente entonces respiró tranquila y salió a pasear y a hablar aquella noche oscura mientras que no-

sotros, los niños, nos dedicábamos a romper las farolas. Todos revivían aquellos tiempos pasados, mejor dicho, recobraban la libertad que habían perdido hacía más de dos años. En la boca de todos estaba el nombre de Mohammed V, su regreso, Madagascar, Rabat. Yo escuchaba atentamente lo que se decía por aquí y por allí, iba de un grupo a otro, por todos los adarves, era como si quisiera saber más y así poder comprender mejor lo que iba a suceder en los días venideros.

Pasaron unos pocos días y comenzó desde el barrio una manifestación ensordecedora. Sus ecos llegaban a la habitación en donde estaba. Bajé para salir, pero encontré la puerta perfectamente cerrada con llave. Mi madre, que la había cerrado queriendo, dijo:

— ¡Te lo pido por Dios, no salgas, sube a tu habitación!

Yo le respondí con insistencia y obstinación:

— ¡Que sí, que vamos a salir, no nos quedaremos aquí!

Los gritos de mi hermano, que no tenía más de cuatro años, se hicieron más fuertes, también mis llantos y mis quejidos mientras golpeaba la puerta con toda la fuerza que podía. Viendo que insistía una y otra vez, no tuvo más remedio que abrir la puerta, salí corriendo, disparado como una flecha, y en un periquete me uní a la manifestación en Bab Taghzut. La gente estaba alegre, exultante, hacían albórbolas, tocaban tambores y repetían lemas. Filas de manifestantes marchaban hasta llenar las calles, a lo largo y a lo ancho, las banderas rojas ondeaban entre las manos y la foto de Mohammed V estaba levantada en alto. No recuerdo muy bien, pero cayó entre mis manos una bandera grande, me vino a la mente aquel recuerdo bonito que tuvo lugar en otoño de 1953 en el barrio de la Zauia Abbasía, yo repetía algo cuyo significado no comprendía entonces, sentía una gran

satisfacción, mi voz era firme y se mezclaba con el coro de manifestantes.

— Viva el rey, abajo el Protectorado.

— Viva la libertad, viva la Independencia.

Recorrimos todas las calles, una por una, hasta las más pequeñas, desde Raud El Aarús hasta la Casa del Gobernador, en Rmila, desde el Monte Verde hasta la Kutubía y en dirección a Yemaa El Fna. La muchedumbre aflúa por todos los lados, no había solo una manifestación, sino muchas, cada una llevaba una dirección. Yo, sin dudarlo, seguí a una y me dirigí a Bab Ftuh. Era consciente de que tenía que quedarme en un lugar razonable para volver a nuestra casa en el momento oportuno. La larga cola de manifestantes se paró en el barrio de los barberos, se dirigió a Sidi Abdelaziz y de aquí a Raud El Aarús, luego a Bab Taghzut. Estaba exultante, hasta que me volví ronco y no pude repetir los lemas.

Volví a nuestra casa y encontré a mi madre presa de pánico esperando mi regreso, y eso que sabía que la manifestación era pacífica, los vecinos se lo habían asegurado para tranquilizarla y no temiera por mí.

Mi padre no trabajó aquel día. Expresó su satisfacción con estas palabras:

— Vaya, este día es un día de fiesta, nunca he visto uno igual, todo el mundo ha salido a la calle, nadie puede moverse, ni los taxis ni los coches de caballo se mueven hoy.

Mi madre comentó sus palabras:

— Hombre, se trata de la vuelta del rey.

Luego, mi padre siguió hablando y dando detalles de lo que sabía:

— El avión ha aterrizado bien en Salé y Mohammed V pasa la noche hoy en su palacio con sus hijos. Pásanos aquella radio, vamos a oír lo que dicen.

Mi madre extendió los dedos para encender la radio casi nueva que mi padre había comprado hacía más o menos un mes en el zoco de los perfumes ‘por adelantado y por la cantidad de mil reales’. Era una radio de segunda mano, pero que nosotros teníamos por nueva. Se retransmitía en directo la acogida que una cantidad ingente de personas hacía a la familia real, una gran cantidad de gente que llegaba a Rabat de todas partes. Lo único que recuerdo del discurso del rey en aquella tarde es una aleya bendita (alabado sea Dios que ha alejado de nosotros la tristeza, nuestro Señor es realmente Indulgente y muy Agradecido) que aprendí de memoria.

Conté a mi padre lo que vi aquel día, enseñé la bandera que llevaba en medio de los manifestantes y que conservé durante todo el tiempo, me negué a deshacerme de ella fuera donde fuera. A mi padre se le dibujó entonces en el rostro una sonrisa de satisfacción y mi madre sencillamente dijo:

— Alabado sea Dios que ha hecho bajar su gracia y ha salido todo bien.

El barrio había cambiado por completo, el alboroto y el ruido se apoderó de él por la noche, nosotros también gritábamos. Antes nos estaba prohibido salir, era como si estuviéramos viviendo casi siempre en situación de emergencia. Las conversaciones de la gente se prolongaban hasta media noche y más, aunque en realidad lo que hacían era repetir las noticias de la radio, divulgándolas a bombo y platillo, aquello le daba a Marrakech un aroma especial.

Entre las noticias que corrían, Mojtar, el lavandero, afirma-

ba que el rey Mohammed V había decidido trasladar la capital de su reino a Marrakech. Cuando uno le oyó decirlo, le preguntó por la causa y le contestó:

— Porque, hombre, si hubiera estado reinando desde su palacio en Marrakech, estando como estaban todos sus movimientos controlados por los franceses, y hubiera estado aquí el veinte de agosto,³¹ te juro que los marrakchíes no hubieran dejado que los franceses le sacaran del palacio, los rabatíes no son hombres.

Uno de los que habían entendido lo que decía y que escuchaba con atención argumentó:

— No olvides que Allal Ben Abdallah³² intentó salvar la situación.

Y uno de los oyentes le replicó:

— Pero después de que pasara el momento.

Este era el tipo de conversaciones populares que circulaban por aquel entonces. Oía en silencio algunas de ellas y repetía otras, de forma consciente o inconsciente, según los que estuvieran presentes, la edad que tuvieran y las características de la velada.

Una etapa acabó y empezó otra nueva, eso era lo que la gente y la radio decían, también lo que decían las paredes, las casas, las fotos colgadas y las banderas que ondeaban en todos los lugares.

31. 20 de agosto de 1953, el día en el que Mohammed V fue obligado a exiliarse en Madagascar junto a su familia (N. del T.)

32. Conocido por haber atacado al sultán Mohammed Ben Arafa, puesto por el Protectorado francés mientras que Mohammed V fue enviado a su exilio forzado el 11 de septiembre de 1953, cuando aquel se trasladaba en cortejo a la mezquita el viernes. Su acto fue considerado todo un símbolo para la Resistencia.

El dos de marzo de 1956, las colinas, las montañas, las llanuras, las calles y callejuelas de las ciudades repetían al unísono:

— Marruecos es un país independiente y libre.

Después de que se acabara el bloqueo en el barrio, se volvió a ir de una calle a otra con total libertad, la comunicación entre ellas fue restablecida, desaparecieron las barreras y el miedo dejó de invadirnos allí donde íbamos o nos trasladábamos.



Mientras me paseaba por Bab Taghzut, descubrí por sorpresa a un cuentacuentos que estaba de pie al que rodeaba un grupo de gente. Niños, jóvenes y ancianos oían con atención y en silencio lo que contaba. Después de estar allí un rato parado escuchándolo, comprendí que los cuentos que narraba habían sido sacados de las *Mil y una noches* o de la esclava del rey Saif Ben Di Yazin. Era un cuentacuentos famoso en la ciudad –eso es lo que supe luego– que competía con otro en la plaza de Yemaa El Fna y que para evitar discusiones y peleas, había decidido permanecer en Bab Taghzut.

No exagero si digo que quien escuchaba y seguía a este cuentacuentos se quedaba ensimismado y como paralizado. Su manera de estar era elegante, digna, empleaba mágicamente un bastón, que no soltaba nunca, para señalar. Sus palabras tenían el aroma marrakchí, era elocuente, tenía un poder especial para captar la atención del público, y si movía el bastón al mismo tiempo que hablaba sobre un combate, veías a todo el mundo bajar sus cabezas mientras que comentaba bromeando:

— No tengáis miedo, no voy a cortarle a nadie la cabeza.

Era inimaginable que nadie de los presentes abandonara el círculo antes de que acabara su narración o que alguien se incorporara después de haber empezado. Tenía unos clientes que siempre eran fieles a sus citas, desde el principio hasta el final.

Al acabar, cada uno de los que iba le daba lo que podía y lo que quería de manera generosa, un real o más. Él los recibía de sus manos con educación y orgullo. Se decía que había heredado el arte de contar cuentos y leyendas de su padre y este de su abuelo, era el mejor en su profesión. Había algo que me hacía montar en cólera y que ponía de los nervios a cualquiera, era que siempre terminaba su relato en un momento crucial y me dejaba en suspense. Pero me hacía pensar en lo que iba a suceder y se me venían a la mente todo tipo de imágenes posibles. Al hacerlo así, se garantizaba la asistencia de los que escuchaban y participaban al día siguiente.

Me habitué a estar presente en el círculo de este cuentacuentos mientras contaba esos cuentos maravillosos y extraños después de la oración de la tarde. Yo era un asiduo a estos encuentros, me enseñó a respetar el tiempo, a no llegar tarde para ser víctima de sus mordaces burlas y de su conocida ironía, ya que a quien se presentaba después de que hubiese formado el nuevo círculo, le soltaba de vez en cuando la misma reprimenda:

— ‘Hoy eres como el muerto de la tarde’ o ‘tú hoy, ¿no llevas noticias? o ¿no traes noticias?’ o ‘una de dos, me quedo o me voy.’

Provocaba con todo esto la risa de la gente y hacía que te arrepintieras de haber llegado tarde. Cuántas veces se dirigió a mí y me dijo:

— Tú, ¿acaso tu padre sabe que vienes aquí a este círculo?

Con este estilo, podía crear un ambiente especial para poner a la gente en situación, la preparaba para volcar en ella la tradición popular.

Era un hombre genial a la hora de transmitir hechos, como si estos estuvieran delante de ti sobre el escenario. Todo lo que

contaba lo hacía de memoria, con soltura, de forma agradable, era excitante, y todo al mismo tiempo, iba dando forma a todos los sucesos y los hacía realidad al representarlos. Siempre, al empezar a narrar, contaba la vida del rey Saif Ben Di Yazin y repetía las frases siguientes:

Alabado sea Dios, señor de los mundos, a él pedimos ayuda, que al final obtengan sus recompensas aquellos que temen a Dios, que no haya hostilidad sino para los injustos. Que Dios nos tenga en cuenta, qué gran Protector, nuestro Protector, qué maravilloso es su fiel profeta, grande es el Señor y grande aquel que ha sido elegido, no hay poder ni gloria sino en Dios el Altísimo, alabado y ensalzado sea en todo lugar y por siempre hasta la última de sus virtudes.

Y lo que sigue es la historia del príncipe Saif Di Yazin, exterminador de infieles, de politeístas y de mala gente, en todos los confines de la tierra y en todos los tiempos, aniquilador de magias y seducciones, es una historia extraña, existió, fue ayudado por Dios, ensalzado sea, Único y Alabado, quien ha hecho que la vida de los antiguos sirva de ejemplo a las gentes de ahora, que las noticias de los pueblos antiguos sean tenidas en cuenta por los que quedamos, que ha preferido el islam a cualquier otra religión o comunidad religiosa, que nos ha otorgado su bendición, que ha hecho que todos los profetas y enviados anunciaran su salvación. Pidamos rogando a Dios que nos ayude, nos dé la capacidad y nos guíe en esta tarea. Que Dios esté satisfecho de todos los santos, que sean íntegros y que sigan el camino de la bondad hasta el día del Juicio Final.

Dijo el cuentacuentos: Abu El Maali, quien contaba la vida de Abu El Amsar, barquero en el Nilo desde las tierras de Abisinia hasta esta región. Pidamos la ayuda de Dios. Había, en tiempos de Maricastaña, en una época antiquísima, uno de aquellos

reyes primitivos que gozaba de gran fama por sus dones y cualidades entre la gente de los pueblos, de las ciudades y todos los que vivían en aquella tierra.

Después de llegar aquí, se paraba y decía:

— ¿En dónde estamos, señores?

Y todos respondían al unísono:

— Cuando el rey Qamrun tiró a Saif en el aljibe, cuando Tama quiso casarse con él.

Él comentaba con aire exultante:

— No os pediré nada más, solo me queda terminar.

Y así empezaba una nueva sesión.

Seguí estando presente en las narraciones del cuentacuentos durante meses hasta que volví al colegio, me fascinaba, el eco de los hechos que contaba resonaba en mi interior hasta tal punto que aparecían luego mezclados en mis sueños durante la noche.

Una de aquellas tardes en las que solía regresar a casa, mientras iba recordando aquellos hechos ensordecedores y excitantes, los combates sangrientos y las espléndidas heroicidades, encontré a mi madre diferente a lo habitual, nerviosa y enfadada por algo. Me sorprendieron sus palabras:

— ¿Dónde ha estado este niño todo el día? Ya se acabó. Todos tus compañeros irán a la escuela, han empezado a matricularse y tú, ¿te vas a quedar así, como el solterón del pueblo? ¿Qué pasa, que tu casa es la escuela coránica? Ya no irás más allí.

Le respondí con una voz apagada:

— No quiero ir a la escuela pública.

Todavía llevaba muy adentro el rencor hacia a la escuela, ahora escribía, leía y aprendía de memoria todos los papeles que

caían en mis manos, no necesitaba ir. Es lo que quería y nada me haría cambiar, seguí en mis treces. Me acostumbré a una vida nueva, aprendí a arreglar bicicletas, a comprar y a vender, a vender dulces y verduras en la tienda de nuestro vecino, aprendí a cocer el pan en el horno, a cuidar de los caballos en Bab El Jemís todos los jueves, a deambular por todas las calles de la ciudad, a escuchar al cuentacuentos, a cómo crear la alarma en el barrio con un grupo de gente que nadie conocía, no se sabía ni cuál era su origen ni de dónde procedía, eso era lo que decían. No fue muy inteligente por mi parte formar parte de ese grupo. Esto es lo que explica que el alfaquí me azotara una vez sin que supiera el porqué después de que viniera el padre de un niño que estudiaba con nosotros y le susurrara en el oído algo. Al salir, recibí unos azotes que todavía recuerdo. Aquella fue la última vez que fui a la escuela coránica, ya que aquellos azotes fueron injustos y fuertes por algo que yo no había cometido y en lo que no había participado.

Me puse a pensar en lo que oía y en lo que me había dicho mi madre hacía unos instantes. Ella volvió a sus quehaceres y me repetía, para que me enterara bien, que quería que fuera algo en la vida, maestro o funcionario en la Administración, ya que si quería hacerme alfaquí, algo malo me sucedería, como le pasó a sus hermanos. Así que pensé en ir a la escuela, pero no a la escuela del Estado, como la llamaba mi madre. Vi que todos los niños, especialmente los que tenían mi misma edad, se preparaban para ir a la escuela y esto fue lo único que creó en mí un sentimiento de envidia, así que me dije a mí mismo que aquellos largos meses iban a acabarse. Una parte de ellos, la pasé aprendiendo de memoria lo que pude del Corán, otros sin hacer nada como un gamberro y, al final, en el negocio de la venta de dulces y en cosas parecidas.

Tuve muchas experiencias, de varias clases. Oía las conversaciones de la gente. Oí una vez hablar a mi tío materno con mis padres y eso hizo que recordara una imagen escondida en mi interior... Todos repetían:

— Estudiar lo es todo, quien tiene un hijo, tiene que enseñarle. Los franceses se irán y habrá que reemplazarlos.

En un momento de lucidez en los que evoqué los mejores momentos de la infancia, cuando no tenía más de seis años, recordé todos los primeros meses que pasé en la escuela Abdalauía, en donde repetíamos durante todo el día himnos. Supe más tarde que eran himnos nacionales. Siempre estábamos celebrando algo, se sucedían los discursos y los aplausos. El director, el señor Abdelkebir, iba de clase en clase y se tomaba su tiempo hablando con los maestros en un tono serio. Era un ambiente que me gustaba. Durante unos cuantos meses, sentí el deseo de volver a aquellos instantes e hice saber a todos lo que había decidido con gran entusiasmo. Una sonrisa de satisfacción se dejó ver en el rostro de mi madre y entonces, ella continuó diciendo:

— Tienes que saber que la escuela privada cuesta cien reales al mes y no te será fácil juntarlos.

Al día siguiente, marchaba junto a mi padre en dirección a la escuela Abdalauía después de pasar Bab Taghzut y Raud El Aarús y cuando llegamos a la Casa del Gobernador, doblamos hacia la derecha y nos paramos delante de la escuela Hasanía en cuya puerta se habían reunido un grupo de padres y niños. Entonces, mi padre me sorprendió al afirmar:

— Ven, matricúlate en esta escuela, está cerca y es lo mismo. La Abdalauía lleva el nombre de Muley Abdallah y la Hasanía el de Muley Hasan. Venga, entremos y veamos lo que hay y déjame ganar el pan de hoy.

Me conformé sin más. Lo primero que llamó mi atención fue el gran portón de la escuela, que no se abría si no era necesario, era suficiente con abrir una puerta pequeña. El primero que nos recibió, justo cuando llegamos a la plaza, fue un hombre bajo que llevaba un delantal azul y un fez rojo sobre su cabeza. Yo lo miraba y ardía en deseos de saber quién era. Luego me enteré de que era el señor Belabbés, el portero de la escuela, era un hombre curioso, quería saberlo todo y se entrometía sin más. A la gente le parecía que era autosuficiente en todo momento y que era él el que mandaba en los asuntos de la escuela, el que decidía todo allí. Y era verdad, era difícil negarlo. Mi padre le preguntó por el director de la escuela y él le respondió seriamente:

— Dígame qué quiere.

— Quiero matricular a este niño en la escuela, ¿dónde está la oficina del director?

— Bueno, lo hubiera dicho desde el principio, venga aquí y espere. Sobre lo que le trae aquí, el director será quien le matricule, aunque ese no es su trabajo. Veamos, venga, ¿ha traído algo de dinero con usted?

Mi padre le respondió:

— Sí, señor.

La matrícula se hizo sin que el director estuviera presente. Mi padre deseaba verle y hablar con él, así que se negó a marcharse de la escuela hasta que no le recibiera. Uno de los profesores vino y después de entregarle el resguardo de la matrícula, me miró por un rato y me sentí atraído por él. Era joven, guapo, tranquilo y tímido. Le conocí luego en clase, era un maestro inteligente y aplicado, intentaba siempre traer algo nuevo. Me dijo:

— Vas a hacer un examen esta mañana para que sepamos qué nivel tienes.

Luego habló a mi padre muy amablemente, al contrario de cómo lo había hecho el señor Belabbés, el portero, con nosotros. Luego se fue a su trabajo, satisfecho y con la conciencia tranquila.

El examen fue fácil y sencillo, consistió en la lectura de un texto corto de un libro que se titulaba *Lecturas árabes* y unos ejercicios de cuentas de sumar y restar.

El señor Fahmi me miró admirado y me dijo:

— Muy bien.

Y le respondí con la misma admiración con la que él me habló:

— Pero yo... Él es nuestro Custodio, alabado sea, di 'Él es quien me ha inspirado, bendito sea Dios', el Misericordioso, él es nuestro Custodio.

— Muy bien.

Después de que oyera y aprobara mis jaculatorias, me puso en el segundo módulo de primaria.

El aula estaba llena hasta los topes de alumnos, no cabía ni un alfiler, era larga y de ancho no llegaba a dos metros.

Lo que me llamó más la atención fue la presencia de un número considerable de chicas en el aula, se sentaban en los asientos delanteros. Entre ellas, había quienes llevaban chilabas elegantes sin velo y otras faldas de colores vistosos. El ambiente era agradable. Todo el que entraba en el aula, se dirigía al maestro y le entregaba un recibo, este escribía su nombre en la lista y luego se sentaba en donde encontraba un lugar vacío.

El maestro nos hablaba sobre los deberes y los cuadernos

escolares, de aquello que teníamos que comprar. Yo no llevaba conmigo nada para poder escribir y cuando se dio cuenta de aquello, no sabía dónde meterme. Entonces, se dirigió a mí y me dijo:

— ¿Tú, qué? ¿Te crees que vienes aquí de cháchara?

Moví la cabeza sin decir palabra, no dije ni mu. La observación del maestro provocó la risa entre los alumnos.

La campana sonó y salimos de aquel lugar estrecho, oscuro y hacinado en el que estábamos. Me sentí como liberado al salir de allí. Recuerdo el examen que pasé y la satisfacción que el profesor mostró por ello. Me invadió un pensamiento agradable durante todo el camino, cada paso que daba, sentía que algo en mí iba cambiando, las cosas parecían diferentes. Al llegar a casa, mi madre se puso a hacerme infinidad de preguntas, yo le respondí sobre todo lo que había vivido aquella mañana instante tras instante, hasta que llegamos a la historia de los materiales escolares, entonces ella me dijo:

— No tengas miedo, Dios no lo quiera, nosotros no podemos, pero Él no desatiende nuestros ruegos.

Mi madre sacó una bolsa de debajo de la cama en la que habían cuatrocientos reales y me dijo:

— Estos son cuatrocientos reales, toma cien y vete a comprar un cuaderno y plumas. Los trescientos restantes, guárdalos en tu bolsillo y cuando salgas de la escuela, pásate por el zoco de los artesanos del cobre y compra dos metros de tela roja, díles que sea la misma tela de las banderas, y con lo que te sobre, compra una cinta verde, la venden junto al mercado de los que hacen las zapatillas.

Empecé a pensar con detenimiento en todo lo que mi madre me había dicho, la tela de las banderas, la cinta verde, y re-

cordé mi bandera pequeña, la que enarbolé durante la primera manifestación, la que ponía debajo de la almohada y cuidaba con tanto esmero. Me acordé del soldado francés que registró la habitación y que no reparó en ella. También me acordé de la bandera grande que cayó en mis manos por sorpresa el día de la gran manifestación, el día en el que el rey regresó del exilio... Después de pasar revista a todas estas imágenes hermosas que se habían quedado grabadas en mi interior, me pregunté qué se proponía mi madre al comprar el material para hacer una bandera y terminé comprendiendo que su intención era hacer dos banderas y colgarlas delante de la puerta para celebrar las fiestas venideras, había comenzado los preparativos sin descanso para festejarlas.

Al salir de la escuela, me fui al mercado para hacer todos y cada uno de los recados de mi madre. Volví rápidamente deseando saber qué iba a hacer con ello. Le entregué todo lo que había comprado y empezó en seguida a cortar la tela roja en triángulos pequeños y a coser el dobladillo de cada uno de ellos después de terminar de coser la estrella de cinco puntas con la cinta verde. Hacía el dobléz por un lado del triángulo de la bandera y lo cosía después dejándolo abierto para que pudiera entrar dentro un palo pequeño. Mientras se afanaba en cortar con las tijeras, coser y ajustar, me miraba atentamente para comprobar si entendía algo de lo que estaba preparando y como ella me vio interesado, me preguntó:

— ¿Sabes lo que estoy haciendo aquí sentada o no?

Le respondí sin pensarlo:

— Estás cosiendo banderas para que las colguemos en la puerta de la casa.

— No, no, no.

— Sí, ya sé, las cosas para el maestro.

— No, no, no, escucha, te lo diré, estas banderas que quedarán preciosas, irás a venderlas a Yemaa El Fna, a los propietarios de automóviles, taxis, coches de caballo, por cuarenta reales la unidad y así podrás comprar lo que necesites, no puedo darte otra cosa, tu padre no tiene dinero.

Las palabras de mi madre fueron un plan perfecto para vencer la estrechez económica del momento. Yo estaba totalmente convencido de que podría llevar a cabo aquel trabajo, ya tenía experiencia vendiendo dulces, solo que el nuevo negocio era en un lugar y en un momento diferentes, lo cual requería esfuerzo, habilidad y distintas maneras. El vender suponía además una entrega especial.

Me puse manos a la obra y comencé a vender las banderas que mi madre había cosido en la plaza de Yemaa El Fna después de salir de la escuela. Al principio, vendí pocas, pero pronto empecé a vender muchas. Al llegar el ocaso, me iba directo hacia el mercado de los artesanos del cobre a comprar las materias primas, tela roja, cinta e hilo, también añadía cinta de esas de flecos que le daban a las banderas un toque especial. Lo llevaba todo a la casa. Así llené mis bolsillos de reales, unos reales que ganaba siempre bien y que me hacían estar contento.

Compré cuadernos, plumas, libros, camisas, pantalones, zapatos, compré lo de mejor calidad. El negocio de la venta de las banderas daba dinero, los dueños de los coches no dudaban en comprarlas, ya que estaban muy bien hechas y eran bonitas.

Las ganancias alcanzaron su punto más álgido los días dieciséis, diecisiete y dieciocho de noviembre.³³ Vendí decenas de

33. El 16 de noviembre de 1955, Mohammed V regresaba junto a su familia del exilio (N. del T.)

banderas y como la demanda subía, también lo hizo el precio, hasta sesenta reales. Al terminar las fiestas nacionales, volví a la escuela con una bicicleta preciosa, una camisa, unos pantalones y unos zapatos nuevos. Me sentía exultante y altivo entre las alumnas y los alumnos, y además me libré del complejo que creó en mí una alumna el mes anterior cuando me preguntó:

- ¿No tienes otra camisa para ponerte? La llevas mañana y tarde, todos los días, aunque esté siempre limpia.

Era verdad lo que decía, pero yo no lo admitía, aquello me cayó encima como un jarro de agua fría. Intenté justificarme ante ella mintiendo para salvar mi orgullo y le respondí:

— Tengo dos camisas iguales.

— Pues ya llevas tiempo con ellas.

Las demostraciones para ver quién era mejor eran frecuentes en la escuela, la presencia de chicas entre nosotros las hizo aún mayor en el aula, todos se mostraban de la mejor forma posible, correctos y responsables, tardaban lo menos posible en presentar los deberes.

La experiencia vendiendo banderas fue bastante buena, mi madre acertó con ello, fue una ocasión de oro. Pude, gracias a ella, y durante tiempo, superar aquel complejo. Mi suerte pudo cambiar, aunque después las cosas se complicaron, ya no me atrevía a vender ni dulces ni banderas como hacía antes, por miedo a que, de repente, algún alumno o alumna que conocía, me pillara cuando estuviera por la calle, vendiendo lo que llevaba, y se metiera conmigo. Evitaba por todos los medios que me vieran aquellos que conocía y que me conocían. Fue el comienzo del aburguesamiento de un niño pequeño que encontró reparo en vender lo que cosía su madre con tanto esfuerzo, y eso a pesar de que sus problemas materiales se habían resuelto, pudien-

do comprar con su trabajo una bonita bicicleta que lo llevaba desde su casa a la escuela en menos de diez minutos.

Olvidé contar que compré con todo lo que gané tres libros de ocasión de El Manfaluti.³⁴ Los pagué al contado, sin saber de antemano quién era el escritor. Todavía recuerdo los títulos: Bajo los tilos,³⁵ Pablo y Virginia³⁶ y Cyrano de Bergerac.³⁷ Leí estos libros y los releí no sé cuantas veces más hasta que se desencuadernaron de tanto hacerlo. No sabía qué buscaba, leía y releía, me imaginaba la nariz de Cyrano de Bergerac en mis sueños y lo veía de pie, sumiso, bajo la ventana de su amada. Sentía una gran simpatía hacia él.

Siempre estaba estudiando y leyendo, me alejé de la venta, como ya dije, empecé a tener miedo y a sospechar, hasta que conseguí que dejaran de verme como un vendedor de la calle. Además, dejé de deambular e ir a por mercancía para mostrarla ante la gente, porque me había convertido en un alumno serio que aprendía y que iba con asiduidad a la escuela, tenía compañeros y compañeras, no era conveniente que simultaneara la escuela y los negocios.

Durante dos años, leí muchas cosas. Cada vez que podía conseguir una tarjeta de la biblioteca Ibn Yusef en su sede an-

34. (1872-1924). Escritor y poeta egipcio, conocido sobre todo por las traducciones y adaptaciones que hizo al árabe de ensayos, relatos cortos, poemas y otras obras del francés (N. del T.)

35. *Sous les tilleuls* (1832), obra del escritor francés Alphonse Karr (1808-1890) que El Manfaluti tradujo al árabe con el nombre de *Maydulín* (_____).

36. *Paul et Virginie* (1787), obra del escritor francés Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814) que El Manfaluti tradujo con el nombre de *El Fadila* (_____).

37. (1897), obra del dramaturgo francés Edmond Eugène Alexis Rostand (1868-1918).

tigua, que estaba pegando con la mezquita, cerca de la tumba de El Baadiyn, iba repetidas veces a pedir prestado todo lo que encontraba ante mí, sin tener un objetivo concreto. Entraba en la biblioteca, leía los índices y miraba detenidamente los títulos. La mayoría de las veces, el título era el que me hacía elegir tal o tal libro, escribía el código, lo pedía y esperaba la sorpresa. Tenía miedo de pedir un libro que fuera más grande que yo. Me parecía por la mirada de Muley Ahmed, que era bibliotecario allí, que pedía libros por capricho y al azar. Yo suspiraba profundamente cuando veía entre mis manos un libro pedido que él había traído al lugar en donde yo me sentaba.

Con el mismo tesón con el que leía, también me ponía a escribir cartas de amor para cuyo contenido me inspiraba en lo que leía. Naturalmente, no era el único que estaba locamente enamorado. Todos los alumnos tenían su Leila,³⁸ cada uno sabía cuál era la chica de los sueños del otro, a pesar de que el tema era secreto, pero era un secreto a voces, aunque nadie se pasaba de la raya.

La chica de mis sueños era blanca, de pelos largos, no sé si me está permitido decir su nombre, mejor bastará con que diga solo la primera letra, 'F'.

Nuestras cartas se convirtieron en cartas literarias y en sentimientos pasionales. Empezamos a intercambiarlas de forma muy educada, correcta y seria. Este respeto ha continuado entre nosotros hasta ahora. Revivimos con sumo cariño esta etapa de nuestras vidas, las imágenes, las noticias y las historias.

38. *Maynun y Leila*. Historia de amor árabe entre el poeta Kais Ibn Almulawwah y su prima Leila Alamiriyya cuya relación no era aceptada por sus familiares, ya que pertenecían a clanes diferentes.

Con el tiempo, la familiaridad y la fraternidad entre nosotros ha ido en aumento y nuestra relación se ha convertido en algo importante e inquebrantable, nos ayudamos y somos solidarios entre nosotros, el cariño es mutuo y nos visitamos de vez en cuando.

No había tiempo para dedicarlo a correr o jugar, había que estudiar, leer vocalizando con sus respectivos casos las palabras de las frases e intercambiar las noticias políticas, sí, las noticias políticas. No exagero con ello, ya que estábamos en una escuela pública, su director y algunos maestros eran miembros activos del partido por la Democracia y la Independencia.³⁹ Pudieron atraer la atención de un número de alumnos y yo era uno de ellos. Así que empezamos a leer el periódico, que recibíamos gratuitamente, para conocer la opinión general. Tenía un amigo estimado, a quien quería y sigo queriendo, que se aprendía la editorial de memoria –para no ponerlo en un aprieto, no recordaré su nombre– e íbamos a las reuniones del partido que presidía el señor El Aamili, uno de los maestros, o el señor Abdallah Chalih.

Sufríamos por las víctimas del partido, las cuales ocupaban un espacio importante en nuestro corazón, y nos estremecíamos con las expresiones que empleaba el periódico. Los sucesos nacionales se sucedieron durante un corto período, las preguntas eran cada vez más numerosas, pero no hallaba respuestas convincentes. En esta etapa de mi vida, pensaba que el periódico sí que las tenía, también la verdad, por eso recurría a él mientras estuviera disponible entre mis manos gratuitamente.

39. *Hizb ach-Chawrà wa l-Istiqlal*, fundado en 1946 por Mohamed Hassan El Ouazzani, de tendencia liberal.

Hubo sucesos que me sorprendieron, que viví y sufrí muy de cerca. Todavía guardo el recuerdo de sus protagonistas y sus detalles. Fueron cosas puntuales entre las que estaban:

– La muerte del peregrino Thami El Glai,⁴⁰ el gobernador de la ciudad.

– La venganza de los traidores.

– Los asesinatos y los arreglos de cuentas.

40. Sobre este personaje, véase la nota 5 (N. del T.)

El movimiento de gente delante de la casa del gobernador no era normal. Me preparaba para entrar en la escuela Hasanía aquella mañana cuando vi a grupos de hombres por aquí y por allá susurrando entre ellos. Había policías de pie, coches de todas las clases y tamaños estacionados y un hombre que corría, luego se paraba y hablaba a los que estaban de pie, después emprendía la marcha y otro le seguía.

Yo estaba de pie parado en la acera, miraba sorprendido lo que estaba sucediendo junto a un grupo grande de alumnos de la escuela y de gente que pasaba. De pronto, llegó la noticia de boca en boca, y comprendí el secreto de aquel movimiento poco habitual al oírlo contar:

— Ha muerto el Peregrino Thami El Glaui.

No recuerdo ahora nada de cuál era el sentimiento imperante en aquel momento entre la gente a causa de los comentarios contradictorios que circulaban, unos de satisfacción y otros de aflicción.

— Que Dios tenga misericordia de él.

— Que Dios tenga mucha piedad de él.

— Se fue a donde está Dios.

— Dios es quien juzgará sus actos.

— Dios es el Único que permanece.

Nada más entrar en la clase, el maestro se puso a hablarnos del hombre, de su poder, su fama, su mando y su persona. Nada queda de todo eso, solo el trabajo bien hecho, ‘todo lo terrenal es perecedero, solo es eterno tu Señor, Sublime y Honorado’.

Este maestro nos habló mucho también sobre lo que había hecho pasar a los marrakchíes y a los nacionales, de su mano dura, sus fanfarronerías y las torturas que había infligido y de que el rey había tenido piedad de él cuando perdonó todos sus malos actos.

El gobernador, que había dirigido la ciudad durante muchos años en el patio interior del mausoleo de Sidi Sulaimán, fue enterrado al medio día con sus malas y sus buenas obras.

Recuerdo que a la gente de Marrakech no les gustó que El Glai fuera enterrado en el mausoleo de uno de los siete pilares de la ciudad. Por eso, se extendió rápidamente entre la gente, en aquel momento, la noticia, como si fuera verdad, de que Sidi Sulaimán se había despertado durante la noche, había sacado el cadáver de El Glai de su tumba y lo había arrojado lejos, fuera del mausoleo.

Esta noticia falsa se difundió tanto como las secuelas que el hombre había dejado en los corazones de los habitantes de la ciudad.

Con el paso del tiempo, El Glai ha pasado a ocupar un lugar en la Historia Contemporánea como un gobernante singular del sur de Marruecos. No cabe duda de que fue impopular entre alguna gente, pero dejando a un lado su participación puntual con los extranjeros, se reconoció lo que había hecho localmente, a pesar de su crueldad.

* * *

El otro suceso que me impactó, me hizo sentir bastante mal y por el que enfermé durante semanas, fue la explosión de cólera que vi entre la gente de la ciudad un día agitado y destructivo que nos cogió a todos desprevenidos.

Era un día de finales de invierno, antes de que terminara el mediodía y sin avisar, vi a gente marchando en tropel, siguiendo a un grupo grande invadido por la furia, con un sentimiento violento y con deseos de vengarse de todos los traidores que habían colaborado con el Protectorado.

Lo que vi en aquel día era inimaginable para un niño pacífico que no tenía ni fuerza para mirar a unos hombres que ardían en las calles y eran llevados sobre carros al descubierto, les habían destrozado sus cabezas, abierto sus vientres y cortado sus extremidades en trozos.

El espectáculo era repugnante e infernal, era incapaz de pensar y reflexionar sobre aquello, estaba aturdido mirando a unos hombres que eran conducidos para ser inmolados quemando todas las partes de sus cuerpos. Volví a casa afligido, exhausto, durante días perdí el apetito. Cada vez que recuerdo aquellas imágenes, me entran náuseas.

Al día siguiente, la voz del maestro El Chiadmi se mezcló con comentarios tristes y sus lágrimas le impedían hablar, pero lo que lo afligió mucho más fue que el padre de uno de los alumnos de nuestra clase estaba entre las víctimas del sangriento día anterior, solo era un representante de barrio que fue acusado de ser un traidor.

El hijo estaba en silencio, se había quedado mudo, no podía hablar. Aquello me dejó tocado por mucho tiempo.

El maestro terminó de hablar con una frase que sigue resonando todavía en mí:

— Nadie puede castigar con fuego sino Dios, el Único, el Vencedor.

Después, intenté olvidar este suceso, pero fue en vano, todavía está ahí, sigue presente en mi cabeza como un fantasma que da miedo. Vuelve a mi memoria cuando leo los sucesos que vivió Francia después de la ocupación dolorosa, cómo se vengaron los franceses de manera abominable y horrible de todos aquellos que habían colaborado con los invasores alemanes. No es fácil justificar un acto de venganza popular de este calibre fuera del ámbito de la Justicia, como tampoco es fácil justificar la traición nacional.

Cuando hablé de la presencia de un grupo solidario y que colaboraba dentro de nuestra aula, no me refería a un grupo afín al partido, naturalmente, sino a uno que había desarrollado unos vínculos muy estrechos, un grupo de amigos entre los que estaba El Kandafi, El Chiadmi, El Susi y El Sbai, por estos nombres éramos conocidos antes de que nos los cambiáramos cuando se necesitó un libro de familia y un acta de nacimiento. Se nos pidió que buscáramos un apellido familiar adecuado, así que todos se pusieron a buscar en su memoria, en los documentos que tenían, en sus dibujos o en sus lecturas novelescas un nombre apropiado. A veces estaba ligado a algún escritor árabe al que les unía algún vínculo, ya fuera porque les gustara, ya porque tuvieran una relación íntima con él a través de su obra. Encontraban en su nombre una forma de expresar sus deseos más íntimos. A esta pandilla de amigos, les unía la pasión por la lectura, intercambiaban libros, secretos dulces y amargos, se llevaban muy bien, nadie guardaba rencor por el otro, ninguno sentía la más mínima envidia por el otro. La envidia era entre ellos solo una cuestión de rivalidad inocente, no acostumbraban a guardar las informaciones. Esto es lo que explica que la relación haya durado hasta ahora, más fuerte de lo que aparenta y cada día de forma más sólida.

Al observar con detenimiento este ambiente infantil que viví, me encuentro como atrapado por unos momentos que fue-

ron duros, malos, pero también llenos de inocencia e ingenuidad. Su sombra sigue estando aún presente, me conduce siempre hacia lugares seguros o me transporta hacia desiertos en los que por un instante siento angustia, pero también me hace revivir momentos felices con los seres queridos, me enseña qué es la fidelidad y dónde están las cosas bonitas del día a día, que son muchas, y a saber disfrutarlas lo máximo que se pueda.

Estos momentos de mi vida han vuelto, están muy presentes, todavía siguen saciando la sed del sediento. No lo sé, me pregunto si este amor todavía sigue vivo hoy en día, si la gente se quiere unos a otros, o es un simple capricho, un fruto del azar, algo que solo existía en unos tiempos en los que la pobreza era hermosa y las adversidades hacían crecer. Y si era así, es porque nuestra época estaba llena de luz y esperanza, de deseos por lo que vendría, de espera porque se produjeran los cambios venideros. La esperanza estaba siempre presente en medio de todos los obstáculos, las frustraciones y la pobreza, nada podía aliviarlos sino este sentimiento que latía muy adentro y que era el único que podía vencer las pruebas que el día a día iba trayendo, el que nos zarandeaba y nos forzaba a representarnos una imagen clara de todo lo que llegaría, y esta no podía ser sino hermosa.

Nos sumergíamos en un mar de dudas, nos estimulaba hacerlo, para nosotros era como una vacuna necesaria. Cada vez que subíamos a la superficie, ayudados con nuestros brazos o con ayuda de alguna lancha de salvamento, sentíamos más deseos y volvíamos a jugar a sumergirnos para volver otra vez a la superficie. Así anunciábamos que habíamos ganado, que no nos habíamos ahogado.

Pasaron tres años volando, aunque fueron duros y sucedieron muchas cosas. Estuvieron llenos de imágenes, de escenas y de experiencias. Lo más importante que pasó fue aquel deseo

desbocado por leer sin parar. No fue fortuito que constituyéramos la primera asociación que llevaba por nombre 'los amigos del libro'. Cada uno de nosotros guarda todavía aquella imagen cuadrada. Habíamos colocado un libro sobre la mesa en torno a la cual nos reuníamos para inmortalizar aquella etapa de nuestras vidas. Aquel libro elegantemente encuadernado, que estaba en el centro de la mesa en la que se sentaban los amigos, se titulaba *Le Coran*, era una traducción francesa del venerado Corán, era el libro que llevaba en aquella época nuestro querido amigo Ahmed.

Nació en nosotros una especie de fascinación por el mundo del libro y la lectura. Aquello era exactamente lo que mi madre temía. Ella había observado un gran cambio en mi conducta que se había producido en poco tiempo. No paraba de repetir:

— Si estudias mucho, te volverás loco, ¿qué puedo decirte? Que Dios te guarde y te libere del mal de ojo de la gente.

El recuerdo de sus hermanos estaba muy presente en ella y dirigía sus actos cada vez que veía algo igual o parecido que hiciera que se despertara el mal de ojo por envidia o celos.

No me di cuenta de algunas de sus observaciones sino más tarde, solo cuando vuelvo a sus detalles, pienso en ellos y los comparo. Entonces, descubro lo que querían decir, como lo que significaba para ella un simple 'mal de ojo'. Este asunto no necesita mayor explicación o análisis personal. Es como cuando se disecciona un cuerpo, habla por sí mismo de forma espontánea y abiertamente. Todo está bastante claro, no hay nada que ocultar, aquí los cerrojos no necesitan llaves porque se abren con solo tocarlos.

Recuerdo que cuando llevé el certificado de primaria a casa el verano de 1958, mi madre se negó a colgarlo sobre la pared o

enmarcarlo por miedo al mal de ojo, así que lo escondió para que la gente no lo viera.

Aquí comenzó una etapa nueva, veía a mi madre cosiendo sin parar, la pobreza irrumpió de repente, con toda su crudeza, cuando la primera enfermedad crónica sobrevino a mi padre y le dejó incapacitado para trabajar. Se convirtió en una tarea difícil ahorrar cien reales a finales de cada mes para pagar la escuela. El no poder pagar hizo que tanto yo como algunos alumnos, que vivíamos momentos dolorosos, sufriéramos mucho cuando éramos llamados por nuestros nombres en el aula para que fuéramos al despacho del director que nos recibía con amenazas, nos decía que no podía mantenernos más en la escuela si no pagábamos la mensualidad, insignificante para él, pero enorme para nosotros. No teníamos otra salida sino llevar los cien reales.

En el transcurso de esta nueva etapa, en todas las situaciones que surgieron, surgió una nueva relación entre hijo y padre que fue diferente y mucho más rica. Mi madre, mientras tanto, continuaba con su lucha heroica soportando una carga aún mayor para hacer frente a las dificultades de la vida.

* * *

De vez en cuando, el niño descansa, necesita volver a la cuna de sus sueños y dejar su sitio al adolescente para que recuerde. Coge la antorcha de una memoria que se niega a apagarse, todo en ella se mueve, habla y se explica. Necesita unos instantes para escribir, dar rienda suelta y liberarse de todo aquello que está reprimido.

No deseo que sean momentos en los que descargar y vaciarse de las cosas que pasaron en la infancia, ya que esta no es

un secreto para nadie, pero sí que se conviertan en momentos para escribir, anotar, dialogar, entrelazar el significado de todos los discursos, unir los hechos y sus consecuencias, dejar que ellos hablen por sí mismos y, de esta forma, entender las transformaciones sociales que se han producido, desvelando sus secretos.

Todos sabemos qué ocurre detrás del telón, pero nadie se atreve a hablar y a correrlo, todos conocemos el remedio, pero nadie se atreve a hacer un diagnóstico y hablar llana y simplemente de ello, todos nos sentimos contentos y felices y así lo experimentamos, pero negamos que ello suceda o sea verdad.

La pierna del hombre resbala y es arrastrado hacia el abismo. A todo el mundo se le dice que todo es un sueño, una pesadilla nocturna, imaginan así que todo volverá a su cauce, pero este queda contaminado, aunque se siga viendo el agua pura.



Me senté a mirar fijamente al niño, parecía que él también me miraba. Seguía sus pasos y estaba atento a aquello que me quería decir, nos pusimos juntos a desenterrar el pasado, él sentía que yo quería hacerlo hablar, tanto como él a mí. Se dio cuenta de que algunas cosas del pasado me causaban dolor, y por ello intenté evitarlas o fingir que no me acordaba de ellas, aunque me venían a la mente sin quererlo. También se dio cuenta de que yo seleccionaba lo que creía oportuno y me desentendía de aquello que no creía conveniente. Me habló en más de una ocasión y me dijo convencido que su memoria estaba abierta, pero que se negaba a que yo llevara a cabo un control personal sobre él.

Sentía angustia, yo era parte de él, una prolongación de él. Este control, que decía que practicaba, estaba basado en el parecer de la gente, la sociedad y mi situación actual, en lo que se aceptaba y en lo que no, en lo que no se debía decir y lo que sí. Conseguí que parara de hablar cuando obtuve el certificado de primaria, le convencí para que se mantuviera callado y no recordara nada de lo que le ocurrió durante la etapa de la adolescencia –volveré a ella–, mi intención no era silenciar aquello que viví, pero el niño que fui se negó a ello y me dijo:

— Escucha, querido, sé muy bien que tú fuiste aquel niño y quiero que me hables a través de él, que aceptes las penas del pasado y pongas en orden mi recuerdo, tú me reprimes cada vez que quiero hablar claramente de las cosas que sucedieron

en el pasado, evitas analizar la realidad tal como fue, pero tienes que expresarte, no tienes derecho a seleccionar los hechos como quieras y a dejar vacíos de esta forma, tú sabes que tienes que llenar estos huecos sin cortapisas. Cada vacío deja preguntas sin contestar y eso no se puede consentir.

Yo le respondí:

— Exageras, sé exactamente lo que se ha silenciado. ¿Y qué? Puedo expresar con claridad un suceso silenciado y dejar tu infancia al desnudo.

El niño que fui me dijo entonces:

— La infancia de la que hablas no me pertenece a mí nada más, es tuya también, la has heredado y esto es lo que realmente hace que te saltes algunos sucesos que no reflejarán al final del viaje sino algo pasajero, algo que ha sucedido mil veces pero que no tiene nada que ver con nosotros. Por eso, yo soy el niño que ha abierto su memoria sin tapujos y que ha hablado abiertamente. Te sorprendes de que haya guardado en la memoria todo aquello que me has preguntado, que lo haya recordado y hecho presente. Me niego a que me mates ahora que ya has llegado a una edad madura, quiero seguir viviendo, y no como un simple niño que se esconde detrás de la adolescencia.

El niño de ayer sigue siendo obstinado, malhumorado, insistente en aquello que no se explica bien, le molestan esta cautela y precaución que aparecen cuando se comentan temas sexuales insignificantes, sin valor, simples hechos pasajeros. Está convencido y seguirá estándolo. Quiere que se hable abiertamente de ello. Podría hablar sin tapujos, pero tengo miedo de una sola cosa, que lo necesitaré en la etapa de la adolescencia, no quiero que cierre su memoria y me deje colgado. Ahora está más preparado para contar las cosas.

He seguido observando al niño y no lo he encontrado ni triste ni alegre. Mira en los papeles de su memoria una vez, lo hace otra vez, levanta las cejas e intuyo cuál será el resultado de la complicidad que ha habido entre nosotros desde el principio, cuáles son los papeles rojos en los que se detendrá. Se los he señalado enfadado y de forma obstinada, pero él, al final, quiere liberarse de todos ellos, tira todos los papeles después de leerlos en voz alta. Es inoportuno lo que hace y no tengo más opción que desafiarlo, pero con tiento, ya que deseo olvidar algunas cosas que ocurrieron por sorpresa y sin que fueran pensadas. No voy a ir detrás de ellas, fueran lo que fuesen, no veo ninguna necesidad de dedicarles tiempo.

Estoy convencido de que he borrado de la memoria del niño que fui cosas que no merecen la pena sacar a la luz, las cuales sucedieron en un tiempo y un espacio determinados. Su recuerdo provoca en mí enfado y aversión. ¿Cómo me atrevería a recordar esas malas acciones?

El niño que fui ha vuelto a preguntarme mientras me ve dudar:

— Estoy muy sorprendido de que me hayas dejado hablar con todo lujo de detalles de Rauia y de tu aventura (mi aventura), y de que te niegues a contar una parte de la historia, y no me refiero a lo que ocurrió con Rauia tal como lo has contado, sino a si hubo seducción, si aquello fue buscado, si fue un amor muerto, a cómo era el pezón de su pecho y otras cosas más.

Le interrumpí para que no siguiera con la retahíla y antes de que pudiera seguir haciendo preguntas sobre cosas íntimas, me apresuré a decir:

— Estoy seguro de que querrás que te hable del libro El

Rawd El Aatir⁴¹ que compré, de las reacciones químicas que me provocó su lectura, de cómo se me empujó y cómo no dudé en masturbarme por primera vez y en emplear la calabaza. Hice esto varias veces.

Intentaba con ello ponerle límites a lo más recóndito de la memoria, dejarlo a un lado, hacer que el niño se convenciera de que eran cosas normales entre los chicos de la escuela coránica, pero que nosotros sencillamente evitábamos que ello nos excitara.

El niño me miró con sarcasmo, levantó las cejas sin mediar palabra y comprendí perfectamente lo que quería decir, quería que hablara sobre lo que pensaba de él después de que la relación entre Rauia y yo se cortara, qué sentía hacia él, era como si me susurrara al oído:

— Has borrado adrede la lectura de El Rawd El Aatir de tu memoria, sé que aquello fue cuando leíste el libro Qisas El Anbia.⁴² Lo único que te preocupaba entonces era que dijeran que estabas interesado por los asuntos de la religión, los profetas, sus milagros...

Es cierto que recordé aquellos instantes el día en el que los necesité, pero el niño que fui quería ir más lejos, quería hechos y no pensamientos, así que para poner un límite a este querer ir más allá de lo permitido –él, al final del trayecto, no tenía interés

41. Se trata del libro que lleva por título _____ (El Rawd El Aatir fi Nuzha El Játir 'El jardín perfumado para el deleite del alma') escrito por Muhammad Ibn Muhammad al-Nafzawi en el siglo XV. Es un libro en el que se dan consejos a hombres y mujeres para estar atractivos, curas para problemas de tipo sexual, nombres dados al pene y a la vagina y otras cuestiones relacionadas con el sexo (N. del T.)

42. _____ Historias de los profetas. Se trata de una colección de cuentos inspirados en el Corán (N. del T.)

por nada más, tampoco sé por qué no lo desperté en él mientras iba recordando, aunque viviera en la región del olvido— traje del recuerdo aquel momento.

No recuerdo con precisión el instante del deseo, lo único que sé es que todas las mañanas estaba empalmado y que cada vez que tocaba a la hija de los vecinos tenía una sensación poco habitual, unos cambios en mi estado de ánimo y unos movimientos corporales. Al leer *El Rawd El Aatir*, el esbelto cuerpo de Rauia se erguía en todo su esplendor, es normal que lo primero en lo que pensara era en intentar acercarme a Rauia, ese era mi objetivo, y si lo conseguía —estaba seguro de que ella accedería a mis deseos—, volveríamos a practicar aquello que hacíamos. Esta vez, estaba seguro de ello y no le pediría que me contara un cuento.

Rauia sentía los latidos acelerados en mi pecho y lo que quería cuando puse mis labios sobre su mejilla. Intenté que esta situación se alargara. Esto fue lo que le hizo decir:

— ¿Qué es esto?, señorito, contrólate un poco.

Me di cuenta de que había ido lejos en algo a lo que no era conveniente llegar, pero lo que me angustiaba era por qué se negaba ella ahora a aquello a lo que otras veces me había invitado con tanto cariño. Me pedía que ‘me controlara’ y esto significaba que habíamos perdido el juicio y hacíamos lo que hacíamos. ¿Se había despertado Rauia de su sueño, se había arrepentido?

Me sentí frustrado ante la negativa de Rauia, no encontraba justificación. Aquello me puso de mal humor y, a pesar de que seguí sintiendo este deseo indómito, fui radical, lo corté y pasé página para siempre.

He mirado al niño que fui, mientras que él expresa su satisfacción, y le he dicho:

— Ya ves que no he pasado por alto este asunto importante, el mero hecho de haber expresado el deseo, no significa que se hubiera hecho realidad. Y este deseo no vino de la nada, estaba ligado a una experiencia y a una práctica anterior, ni más ni menos.

El niño permaneció en silencio, estaba escarbando en el pozo de la memoria, allí aparecían rasgos, imágenes y sucesos que el paso del tiempo no había borrado, pero no me interesaron porque no estaban dentro de un contexto apropiado.

El niño paró de escavar y comentó el hecho de que no me hubieran interesado las imágenes y las cosas que ocurrieron por no estar en un contexto apropiado, y entonces apostilló:

— Te recuerdo que, desde un primer momento, he estado de acuerdo en que no paráramos la cinta y lo contáramos todo, pero no lo estuvimos en este tipo de justificaciones, ya que lo que has silenciado ha sido adrede y premeditado.

Sinceramente, no soporté el reproche y no tuve más remedio que reconocer que sí, que habíamos llegado a un acuerdo para narrar lo que ocurrió tal como fue, sin obviar nada, pero no podía imaginar que llegaría tan lejos y que tendría que pensar en cómo recibirían estas cosas los lectores.

Estoy al final y no he tenido miedo de recordar nada.

El niño que me miraba, ha regresado, solo que esta vez mira fijamente y sonríe, como si la frase ‘no he tenido miedo de recordar nada’ le hubiera chocado, así que con toda la inocencia de un niño, ha sacado el libro *Sobre medicina y sabiduría*⁴³ y lo ha puesto sobre la mesa de la memoria.

43. _____ (El *rahma fi el tibt w el hikma*). Obra del Imam Yalal El Din El Suyuti (1445-1505) (N. del T.)

Nada más ver el libro *Sobre medicina y sabiduría*, enrojecí, parecía como si la sangre hirviera en mi rostro, sentí una gran angustia y vi la explanada de tierra de Sidi Belabbés temblando y dando vueltas y yo en medio, atraído por las voces que venían de todos los lados. También me vi transportado a la plaza de Yemaa El Fna entre gente que cantaba de la que recuerdo todos los estribillos.

Traté de reprimir mis sentimientos y miré el libro, uno de los que había leído, pero el niño, para ahondar más en la herida, comenzó a pasar las páginas para que hojeara los gráficos que había en su interior y me vinieron rápidamente imágenes relacionadas con aquello.

La mayoría de las veces, cogía aquel libro y me entregaba a su lectura, aunque no entendiera nada de sus símbolos y enigmas. Quien me veía absorto en la lectura, pensaba que era un sabio. Pasaba el tiempo disfrutando de su lectura en el mausoleo de Sidi Belabbés. De vez en cuando, me detenía en los textos de algunos gráficos que había en hojas estropeadas por el paso del tiempo y todo el que me veía con mi chilaba, creía que era el hijo del maestro de la zauía o el hijo del alfaquí que escribía los textos de los talismanes y que curaba con sus manos.

Solo el hecho de sentarse, tener un libro en las manos, un tintero a la derecha y una pluma de caña metida dentro, provocaba la curiosidad de la gente, especialmente de las mujeres.

En algunas situaciones, no dudaba en escribir los textos de los amuletos de las mujeres. Muchas insistían en que les diera la bendición, alguna de ellas decía abiertamente:

— No sé quién es el que pone el bien sobre tus manos.

El libro *Sobre medicina y sabiduría* era la referencia (para quien no lo sepa, este libro está lleno de descripciones, indica-

ciones y gráficos, su autor es Yalal El Din El Suyuti, un escritor del siglo XVI que escribió sobre jurisprudencia, lengua, exégesis y hadices).

Bastaba con echarle un vistazo al índice o con abrirlo por cualquier página para que quien mirara a quien lo hacía, se imaginara que este estaba buscando algo concreto. Yo, en algunos momentos, gastaba bromas con esto y otras veces, aparentaba estar muy serio, eso era todo.

El niño me hizo señales con su mano dándome a entender algo y me puse a reír. Comprendí qué era y a dónde quería llegar.

Mientras insistía, se responsabilizaba de lo contado. En cuanto a mí, no volví a mirar aquellos hechos sino a través de su prisma y su magnífica capacidad para recordar las cosas con todo lujo de detalles.

Entonces, ¿por qué todas estas dudas?

Recuerdo muy bien a aquella mujer hermosa de ojos dulces como la miel que vivía cerca de nuestra casa con su esposo en el barrio de Sidi Ghanem. También recuerdo el instante, después de la oración de la tarde, en el que me llamó por mi nombre...

— Cariño, ven, ven, que Dios te bendiga, ven, quiero decirte algo.

Me volví en dirección a la voz de la mujer que me llamaba y me quedé de pie. Luego me dirigí a la puerta de su casa y le dije:

— ¿Qué quiere, señora?

Ella me contestó de esta forma:

— Que Dios te bendiga, hijo mío, y te guíe por el buen camino, quiero que me escribas unos amuletos buenos, siempre

que voy a Sidi Belabbés, te encuentro –que Dios te bendiga– leyendo y escribiendo.

Le respondí seguro de lo que le decía:

— Estos amuletos que quiere, ¿de qué son?, ¿qué le ocurre?

La mujer me contó con una voz temblorosa que dejaba ver claramente su preocupación:

— Hijo mío, soy estéril, no doy a luz, mi marido quiere casarse con otra mujer si no le doy descendencia.

Quería satisfacer su deseo y mi respuesta no se hizo esperar:

— Vale, mañana mismo le traigo un amuleto.

Conocía a esta mujer, era mi vecina, la veía mirando siempre hacia la calle tras la ventana y otras veces tras la puerta. Siempre sonreía. Esta mujer me recordaba a Rauia –eso no lo voy a negar– y las aventuras que viví junto a ella. Comencé a imaginar, a evocar momentos pasados y a revivirlos. La verdad sea dicha, esta mujer me atraía, no podía dejar de pensar en ella, con todos los pros y los contras que ello suponía, y en cómo llegar hasta sus brazos.

Al día siguiente, le pedí que me preparara un bol y entonces me hizo señales para que fuera a su casa con un sentimiento de victoria y de sospecha al mismo tiempo.

Buscó rápidamente el bol, saqué la tinta y la pluma de caña y me puse a escribir algo en silencio. De vez en cuando, levantaba la mirada esperando alguna señal, algún movimiento, un gesto o una llamada, pero cada vez que la miraba, veía a una mujer impasible que ardía en deseos de que acabara. Así que me dije que todas las mujeres no eran como Rauia.

Terminé de escribir y como no pasó nada de lo que yo estaba esperando, le dije:

— Llene este bol de agua y haga las abluciones con ella y que Dios le ayude.

El niño que fui rió y se sorprendió de que balbuceara y no encontrara las palabras apropiadas para describir con detalles lo sucedido. Le guiñé de forma que comprendió que había diferentes maneras de contar las cosas, que todo lo que se hacía no se contaba y que entre las ventajas que tenía la memoria estaba su debilidad pero también su agudeza.

El niño se puso a pensar y a pensar en silencio. Su actitud era callada y sin gestos, lo cual me hizo respirar profundamente porque deseaba descansar y retirarme largo tiempo para más tarde acoger al adolescente que fui.

Naturalmente, su sombra continúa con nosotros y seguiremos en contacto. Hay cosas que no olvidaste adrede, volveremos más adelante a ellas, pues el niño continuó estando presente, vigilante, participando y mirando, su papel no había acabado, siguió estando ahí, en la adolescencia. No reprimiré mi voz, tampoco mis deseos, ni siquiera pasaré por alto los instantes de debilidad, dejaré que el enfado, la alegría, el dolor, el entusiasmo y los defectos hablen por sí mismos, me sumergiré lo más profundo que pueda, me dejaré ver sobre la superficie tal como soy, me pondré a mirar todos mis movimientos y mis paradas. No silenciaré mi grito.





Este libro se terminó de imprimir
en el mes de mayo del año 2013,
en los talleres de Gráfica Copy Center,
Santo Domingo 1862, Santiago de Chile.

